

SARA DE DIOS VALDAJOS

# *Destino, ¿en que pensabas?*



*A veces la vida te une con quien  
menos te lo esperas.*

# PROLÓGO

# Bruno

∞∞∞∞

Mi cabeza me daba vueltas y un pinchazo en la sien me oprimía el cerebro. Salí del bar dando tumbos, chocándome con las personas que pasaban por la calle, por suerte no eran muchas. No me acordaba donde tenía el coche, pero sabía que no lo había aparcado demasiado lejos. Rebusqué entre los bolsillos de mis pantalones hasta encontrar la llave del vehículo. Apreté el botón y unas luces amarillas se iluminaron a cuatro coches de distancia. Me dirigí en esa dirección, apoyándome en los vehículos aparcados en la acera, mis piernas no eran capaces de sostener mi cuerpo. Llegué al coche a duras penas y lo rodeé para entrar por la puerta del conductor. Cuando me senté, el mareo se hizo más intenso. Provocando que pequeñas motas de color amarillo se vislumbraran en mis ojos. Cerré los párpados con fuerza y apoyé la cabeza en el respaldo, respirando lentamente, intentando recobrar el poco control que me quedaba. Pocas veces acudía a la bebida para mitigar mi dolor, aunque tan solo me había tomado una copa, no entendía porque me encontraba tan mal. De todas maneras, aquello no me importaba, los últimos acontecimientos eran los que no se me iban de la cabeza. Sacudí la cabeza, no quería seguir pensando en aquello. Metí la llave en el contacto a duras penas, aún con la visión borrosa y las motas amarillas dificultándome la vista. Sabía que no tenía que conducir en aquel estado, pero mi piso se encontraba en la otra punta de la ciudad, y en pleno invierno no había autobuses nocturnos, quizás algún taxi, pero no tenía ganas de subirme ante la mirada recriminatoria de un desconocido.

Salí del aparcamiento y aceleré por la calle Dr. Cazalla, a más velocidad de la permitida. El sol despuntaba ya en el horizonte, no sabía qué hora era, pero probablemente acababa de amanecer y me había pasado toda la noche en el bar. Algunas personas habían salido ya de sus casas, madrugadores para ir a trabajar. Yo tampoco estaba en condiciones de fijarme en que ocurría a mi alrededor, pues un sudor frío empezó a cubrirme la frente mientras giraba de manera brusca hacia la calle Regalado. Había varios contenedores a cada lado de la estrecha carretera, el Ayuntamiento había decidido mejorar el plan de reciclaje de la ciudad, aumentando en contenedores y papeleras, sobre todo en lugares tan céntricos como aquella calle, rodeada de tiendas y de pisos.

De repente, una imagen vino a mi memoria, era yo, un niño de cinco años con su madre, de piel blanquecina y ojos verdes, como los míos, íbamos por

las calles peatonales de la calle Regalado, entrando en las tiendas y mirando los escaparates, a mi madre siempre le había gustado comprarme ropa y a mí no me había importado nunca, lo único que me importaba era estar a su lado. Entonces, la imagen cambió, volvía a estar en el coche, el velocímetro marcaba 80 km por hora, cuando la carretera era a 30 km hora. Intenté frenar, pero mis piernas habían dejado de funcionar, parecía que el dolor de mi cabeza había inutilizado todas mis extremidades. De repente, un pequeño cuerpo cruzó la carretera a escasos metros de distancia. Inesperadamente, mi cerebro pareció reaccionar, pero no hacía mis piernas, si no hacía mis brazos, pegando un volantazo, el pequeño cuerpo se quedó estático, con los ojos inyectados de terror, y yo no fui capaz de vislumbrar nada más, ni tan siquiera de seguir reaccionando, pues mi cuerpo ya no actuaba bajo mi voluntad. Segundos después, todo se volvió negro.

## CAPÍTULO 1.

# Etnia

ooooo

Aquella mañana me había levantado más animada de lo habitual, desde hacía dos meses que mis días se habían vuelto monótonos: trabajar, ir al comedor social, pasarme por el hospital y volver a trabajar. Aquello parecía una ruleta de nunca acabar. Mi tiempo entre una cosa y otra era tan escaso que acababa llevándome bocadillos para comer o comiendo algo en el propio hospital. Pero aquella mañana estaba dispuesta a hacer algo diferente, pues me habían dado fiesta en el trabajo, ya que según mi jefe necesitaba tomarme un descanso urgente, y quizás tuviera razón.

Estaba apoyada en la encimera de la cocina, con un café con leche recién hecho, mientras me comía un par de galletas, cuando Mara irrumpió en la cocina con sus tacones ya puestos.

- ¿Hay café? -- preguntó acelerada.

- Lo tienes preparado en la cafetera -- le indiqué.

Ella fue directa hacía la cafetera y abrió la nevera para coger algo de leche. Mientras observaba sus movimientos, no pude evitar volver a compararnos, Mara y yo éramos polos opuestos en cuanto a físico se refería. Ella era una rubia alta de ojos verdes, con el rostro ovalado y unos labios sensuales, su nariz, pequeña y algo levantada en la punta le daba a su rostro un aire infantil y travieso.

Mara se giró por completo, con el café preparado en la mano y me miró durante unos segundos.

- Hoy te veo diferente -- murmuró pensativa.

- Me he levantado de buen humor -- me encogí de hombros.

- Me alegro, hacía semanas que no te veía así -- dijo con una sonrisa sincera.

Además de vivir juntas, Mara era mi mejor amiga desde el parvulario, siempre nos habíamos mantenido unidas, y cuando fuimos lo suficientemente maduras para independizarnos no dudamos en que lo haríamos juntas. Encontrar aquel piso de dos habitaciones en el centro de Valladolid no había sido difícil, muchos estudiantes venían a aquella zona desde otros lugares de la provincia y los pisos de alquiler estaban a la orden del día.

- ¿Qué vamos hacer hoy? -- me preguntó Mara dando su último sorbo al café.

- Pensaba que ibas a ir a aquel desfile de moda -- le dije algo

extrañada por la pregunta.

- El desfile se repetirá el próximo año -- dijo haciendo un gesto con la mano restándole importancia -- que tú tengas un día de fiesta vete a saber cuándo se produce -- bromeó.

- No hace falta que te quedes -- dije casi en un susurro, arrepentida porque fuera a quedarse sin ver el desfile.

Mara era una apasionada de la moda, y desde niña siempre había querido ser diseñadora, por lo que después de acabar el bachillerato hizo algunos cursos para cumplir su sueño. La verdad es que se le daba bien y su habitación estaba empapelada con sus propios bocetos. Pero de momento, no había conseguido formar su propia línea de ropa, aunque no dudaba que lo conseguiría tarde o temprano.

- Y tanto que hace falta -- dijo con énfasis -- Hoy mismo nos vamos a ir de compras y así te animas un poco.

- ¿De compras? -- pregunté con un grito.

¡No me gustaba ir de compras! Mara y Muño eran los apasionados de la moda, yo era más de ropa de mercadillo. Eso no quería decir que fuera como una pordiosera a todas partes, de tanto en tanto también me gustaba ponerme mona, pero desde luego, lo que no soportaba era ir a comprar y mirar tienda por tienda, probarme miles de prendas, una por una... Buff, solo de pensarlo se me hacía un mundo.

- No me hagas ir de compras, por favor -- dije con puchero, a ver si así la convencía.

- ¡Ni hablar! Vamos a ir de compras y te vas a comprar un modelito chulo para esta noche, porque ni loca te vas a quedar aquí, ¡vamos a salir de fiesta!

- ¿Y no puedo salir de fiesta con lo que ya tengo? -- pregunté, colocando la taza en el fregadero.

Mara se cruzó de brazos y me miró con una ceja alzada, ni tan siquiera se molestó en contestarme, ella lo tenía clarísimo: tenía que ir de compras y no repetir modelito. Suspiré, no había nada que hacer, si se le metía algo en la cabeza no había quién se lo quitara.

- Está bien, vamos de compras.

Mara descruzó sus brazos y sonrió de oreja a oreja, dando pequeños saltitos hasta llegar a mí y darme un abrazo, después de eso se fue para su habitación mientras gritaba:

- Vístete que nos vamos, voy a por el bolso.

Me miré de arriba abajo, ya estaba vestida, llevaba unos pantalones de chándal y unas bambas, junto a un jersey rosa con capucha. Supongo que aquello no era suficiente para ella, sacudí la cabeza y me dirigí hacia mi habitación, si no me cambiaba se pondría hecha una fiera.

Llegamos al centro comercial una hora después. El recibidor era enorme, la gente paseaba de un lado a otro como si se tratara de un fin de semana, aunque estábamos a martes por la mañana.

El hall estaba presidido por una enorme figura de árbol de Navidad, con varios cables de un lado para el otro y obreros que empezaban a colocar las luces de Navidad, las fechas más señaladas de Valladolid estaban a punto de llegar, un mes nada más. Todos los años había disfrutado de aquellas fechas, rodeada de mi familia y amigos, pero este año las fechas no tenían el mismo color. Desvié la mirada de el gran árbol y sus obreros para observar como Mara había avanzado sin percatarse de que no la seguía. Aceleré el paso para llegar a su altura justo cuando entraba al C.I.A.

- Aquí a lo mejor encontramos algo económico -- me comentó sin tan siquiera girarse.

- No creo que aquí haya nada de fiesta -- le contesté.

- Bueno, si no siempre podemos cambiarte el vestuario -- dijo encogiéndose de hombros.

Estaba claro que disfrutaba de ir de compras, fuese a lo que fuese. Suspiré y sonreí, Mara nunca cambiaba.

- Deberías haber venido con Muño -- le comenté.

- Muño no necesita un cambio de vestuario -- me dijo inquisitiva.

- No, lo que Muño necesita es distraerse y salir del hospital -- contesté.

Muño era nuestro mejor amigo, y trabajaba como enfermero en el Hospital Universitario Rio Hortega desde hacía un año, justo cuando acabó la Universidad. Él era el único de los tres que había conseguido trabajar de lo que le gustaba, pues yo, con una titulación en Psicología y Mara con varios cursos de moda ya realizados, seguíamos trabajando de camareras en el Minuto, aquel que nos había recibido con tan solo dieciséis años.

- Le podríamos decir que viniera esta noche con nosotras de fiesta -- dijo mientras llegábamos a la sección de adultos.

- Creo que tiene turno de noche -- contesté pensativa.

- Que fastidio -- gruñó -- Voy a hablar seriamente con él, tiene que empezar a pedir días de fiesta.

Me reí, pues Muño no pediría ningún día de fiesta, y si le pedían que se quedara más horas, lo haría, sobre todo desde hacía dos meses. Después del accidente de mi hermana, en el que un capullo borracho hasta las cejas había atropellado a Celia, un viernes por la mañana, Muño había estado cuidando de ella en el hospital, mientras mi padre y mi madrastra no dejaban a su hija ni a sol ni a sombra. Yo había estado yendo al hospital todas las mañanas antes de ir a trabajar, pero aquel día Mara había decidido que era hora de desconectar un poco.

Celia tan solo tenía siete años y llevaba dos meses en coma, al igual que el chico que la atropelló, yo solo esperaba que el chico no despertara, no se merecía sobrevivir si Celia no lo hacía. Sacudí la cabeza, intentando quitarme esos pensamientos negativos que no ayudaban a nadie, pero, aunque los médicos habían dado buenas señales para su recuperación, la realidad era que en dos meses no había surgido ningún avance.

- Oye, ¿estás aquí? -- me dijo Mara sacudiendo sus dedos ante mis ojos.

Volví a la realidad de repente y observé a mi amiga, que ahora se había cruzado de brazos ante mí, tapándome varias camisetas de oferta.

- ¿Se puede saber en qué pensabas? -- me preguntó con una ceja alzada.

- En mi hermana -- murmuré.

El rostro de mi amiga cambió en una décima de segundo, para transformarse en un rostro triste, dejó caer sus brazos a cada lado de su cuerpo y sin previo aviso me abrazó con fuerza. Mara había aguantado mis lágrimas en los últimos dos meses y siempre me había apoyado en todo, si no fuera por ella, no sé qué habría hecho. Cuando se separó de mí intentó mostrar una sonrisa, aunque no la llegó a los ojos.

- Tú hermana está cuidada por el mejor médico de todo Valladolid -- dijo refiriéndose a nuestro amigo Muño -- No dejará que le pase nada, y tú te mereces un día de desconexión, así que vamos a salir de esta tienda y vamos a ir directas a mirar vestidos para esta noche.

Asentí, pues, aunque no tenía ganas de salir de fiesta sabía que Mara lo hacía para ayudarme y no quería que se lo tomara mal, y quizás tuviera razón, quedarme en el hospital no solucionaba nada.

Salimos del C.I.A y empezamos a caminar a paso ligero hacia la tienda preferida de Mara. Pasamos por varias tiendas de moda, donde la gente entraba y salía con bolsas o sin ellas, la mayoría mujeres. Los hombres



estaban sentados en los sillones del centro del pasillo, algunos con bolsas por el suelo, otros con algunos niños que correteaban a su alrededor, aburridos de esperar a sus madres. Cuando llegamos a la tienda, su cartel luminoso me deslumbró. Entramos y la música inundó mis oídos, habían conectado los 40 principales y la música resonaba por los altavoces. Había varias personas y tenía que ir esquivando para no chocarme y poder seguir el ritmo de Mara que pasaba por los pasillos a grandes zancadas. Pasamos la zona de los trajes de hombre para dirigirnos hacia la zona de mujeres. Aquella zona estaba algo más despejada, por raro que pareciera. La sección estaba ordenada por colores, desde el negro hasta los más llamativos.

- El rojo siempre te ha quedado muy bien -- empezó a murmurar Mara -- Aunque el negro también.

Me acerqué hasta la zona de color rojo y empecé a rebuscar entre las piezas. A parte de vestidos, tanto cortos como largos, también había trajes de pantalón. Entre tantos me estaba volviendo algo loca.

- Mira este -- escuché que me decía Mara a mi espalda.

Me giré y vi que sostenía un vestido negro, de escote recto y falda corta, tenía un lazo del mismo color que el vestido y parecía ajustarse a la cintura. Me acerqué a ella y le arrebaté el vestido de un tirón con una sonrisa, era precioso. Me dirigí a los vestidores para probármelo. Se me ajustaba a la perfección. Me miré en el espejo y di una vuelta para observarme completamente. Me encantaba. Sonreí a mi imagen y salí para que Mara lo viera.

- Es perfecto -- dijo dando saltitos y palmadas.

Varias mujeres que estaban por la zona se giraron para mirarla, pero a ella no parecía importarle, yo le sonreí y sacudí la cabeza, siempre había sido así de impulsiva.

- Me lo llevo -- le dije sacándole la lengua.

- Así me gusta -- me contestó emocionada.

Cuando salimos de la tienda algunos de los hombres que estaban sentados en los sofás del centro habían desaparecido, para dar lugar a otros con la misma apariencia: cara de aburridos y aguardando a que sus mujeres o novias salieran de donde se encontraran. Sonreí, contenta de haber encontrado el vestido con bastante rapidez.

- Vamos a tomarnos un café arriba -- me dijo Mara cogiéndome del brazo y tirándome ligeramente en dirección a las escaleras mecánicas.

La seguí a trompicones. Siempre me asombraba la gran rapidez con la que

caminaba con tacones, yo era incapaz de moverme con esa soltura. Al llegar a las escaleras mecánicas pude observar como el árbol de Navidad ya estaba completamente alzado, los obreros habían quitado algunos de los cables y parecía que estaban recogiendo, seguramente para tomarse un descanso para comer.

De repente mi móvil empezó a sonar. Rebusqué entre mi teléfono sin encontrarlo. Siempre tenía demasiada porquería. Habíamos llegado al final de la escalera mecánica y tuve que saltar en el último segundo para no tropezarme. Mara me observaba con preocupación, cada vez me estaba poniendo más nerviosa y la música no dejaba de sonar. Pocas veces recibía llamadas, y en los últimos meses tan solo habían sido para temas de hospital, por lo que su sonido solía significar que algo pasaba. Cuando por fin di con el teléfono suspiré aliviada y el corazón se me disparó al ver el nombre de quien me llamaba: Muño.

- Dime Muño -- dije al descolgar, con la respiración aún acelerada.

- Hola Etnia -- me contestó desde el otro lado y noté cierto nerviosismo en su voz.

- ¿Hay novedades? -- pregunté con el corazón latiendo con intensidad.

- Sí, pero no con tu hermana.

- Dime que pasa, me estás poniendo nerviosa -- le insté.

Mara me observaba atentamente, también nerviosa.

- Es Bruno, el chico que atropelló a tu hermana, ha despertado.

Apreté el móvil inconscientemente, una rabia que pocas veces había sentido se apoderó de mí y apreté los dientes con fuerza. No fui capaz de contestar nada durante varios segundos, pues la garganta se me había cerrado por completo. Mara me miraba cada vez más inquieta y sabía que Muño me estaba hablando, aunque no estaba entendiendo nada. Al final Mara me arrancó el teléfono de la mano para hablar ella con Muño. Tampoco escuché que dijeron hasta que Mara me devolvió el teléfono con la llamada ya cortada.

- ¿Estás bien? -- me preguntó suavemente.

- ¿Puedes llevarme al hospital? -- le pregunté en un impulso.

- ¿Estás segura? -- dijo con el rostro plagado de preocupación.

Asentí, necesitaba mirar al chico que había atropellado a Celia a la cara y poder decirle lo despreciable que me parecía y el daño que nos había hecho.

## CAPÍTULO 2.

# Bruno

ooooo

Un pinchazo en el cerebro me atenazaba la cabeza. El peso de los párpados era tal que no podía abrir los ojos. Me pesaba todo el cuerpo. Intenté mover las manos, pero me era imposible. ¿Qué había pasado? Insistí para intentar moverme. Las piernas no me respondían y los párpados seguían sin poder abrirse. Un pitido insistente se escuchaba en la habitación. ¿De dónde salía? Un último intento por moverme hizo que consiguiera mover los dedos de las manos. Poco a poco conseguí abrir los ojos. El dolor de cabeza no desaparecía y la luz que se filtró por mi visión no ayudó a mitigarlo. Entrecerré los ojos para poder soportar la luminosidad, hasta que poco a poco mi vista se fue acostumbrando a lo que me rodeaba. Giré la cabeza para poder observar donde me encontraba. No estaba en mi dormitorio, ni mucho menos en mi casa. A mi derecha una cortina tapaba la pared de al lado y a mi izquierda una mesita de cerezo con una butaca negra vacía. El pitido de los aparatos médicos no cesaba. Me miré. Tenía varios cables conectados a mi cuerpo, con una intravenosa en el brazo. ¿Qué hacía en el hospital? No entendía nada.

De repente, la puerta de la habitación se abrió. De ella entró un chico moreno con el pelo corto y vestido con una bata y unos pantalones blancos. Iba mirando una carpeta que tenía en las manos, y tardó un par de segundos en levantar la vista y mirarme a los ojos.

- Hola Bruno, mi nombre es Muño -- me dijo el chico cuando llegó a la altura de la camilla -- Ahora voy a mirar tus constantes y a comprobar que todo esté en orden, intenta no estresarte demasiado, has estado dos meses en coma y te lo tienes que tomar con calma.

Mi corazón se disparó al escuchar lo del coma. ¿Dos meses? Pero ¿de qué hablaba? Mi cerebro empezó a trabajar deprisa, intentando acordarme de los últimos minutos. El pitido de la habitación empezó a ir más rápidamente, al mismo momento que mi respiración empezó a agitarse. Imágenes de los últimos días se visualizaban en mi cabeza: yo tomándome unas cervezas en el piso con mis colegas, yo yendo a la empresa a trabajar, yo ligando con alguna chica... Mi último recuerdo era haberme ido a la cama a dormir un martes por la noche. ¿En qué momento me había quedado en coma?

- Ey Bruno -- me llamó el enfermero, haciendo que cortara mis recuerdos -- tienes que tranquilizarte.

- ¿Qué ha pasado? -- logré preguntar con la boca totalmente seca, mi voz había salido ronca y rasposa y tuve que tragar saliva.

- Tuviste un accidente de coche, conducías borracho y... - se cortó cuando la puerta volvió a abrirse y entró un hombre algo mayor.

- Muño, ya me encargo yo -- le dijo el otro doctor.

El tal Muño me miró un momento y dio media vuelta sin despedirse. El doctor se acercó a la camilla y volvió a mirar todos los aparatos, exactamente igual que lo había hecho el otro enfermero.

- Todo está en orden -- dijo después de revisar los aparatos - ¿Cómo te sientes?

- Confundido -- logré pronunciar -- no entiendo que ha pasado.

- Como mi compañero te estaba diciendo, tuviste un accidente y llevas dos meses en coma, pero eso no debe de importarte ahora, tienes que descansar y recuperarte.

- Tú compañero ha dicho que iba borracho -- carraspeé para poder seguir hablando, me dolía la garganta -- Yo casi nunca bebo, no lo entiendo.

- Los análisis indicaron que sobrepasabas en varias décimas el límite permitido, pero solo tú puedes saber porque bebiste.

- No lo recuerdo -- dije cerrando los ojos, el dolor de cabeza me impedía pensar con claridad -- solo recuerdo irme a la cama en mi piso...

- Las pérdidas de memoria son normales en estos casos, a veces la memoria vuelve y en otras puede que no.

El doctor repasó algunas cosas más, me miró la tensión y salió de la habitación, dejándome a solas con el sonido de la máquina. Durante unos segundos mi mente voló a mis últimos recuerdos, sin encontrar ninguna explicación para lo que había pasado. Me pregunté si mi padre se habría preocupado lo suficiente para venir a verme, o si había estado más ocupado con los quehaceres de su empresa. También pensé en mi mejor amigo, David. ¿Qué habría estado haciendo esos dos meses? Suspiré frustrado. El dolor de cabeza había empezado a mitigar después de que el doctor inyectara algo a las intravenosas que tenía colocadas, probablemente eran calmantes. Empecé a sentirme demasiado cansado como para seguir despierto, y aunque tenía algo de miedo por si me volvía a quedar en coma y no despertaba, al final me dejé invadir por el sueño.

Unos golpes en la puerta me despertaron, abrí los ojos algo confundido, y miré a mi alrededor para comprender que aún seguía en el hospital. Los golpes

en la puerta aún seguían sonando.

- Adelante -- dije.

La puerta se abrió de par en par dejando ver a un David con una sonrisa de oreja a oreja, no pude evitar sonreír en respuesta. David se acercó en dos zancadas a la cama y levantó el puño para que se lo chocará, lo hice entre risotadas de felicidad. Mi amigo no me había defraudado, estaba aquí.

- Ya era hora de que despertaras, has descansado tanto que más vale que no te quejes cuando nos vayamos de fiesta -- dijo animado.

- ¿No puedes pensar en otra cosa? -- dije riéndome.

- No, no he salido desde hace dos meses y mi cuerpo lo necesita -- se quejó.

Sacudí la cabeza con una sonrisa plantada en el rostro. David siempre había sido despreocupado y fiestero, o eso es lo que mostraba al resto del mundo, yo sabía que en el fondo su pasado aún le atormentaba, aunque ambos intentábamos no pensar en ello la mayor parte del tiempo.

- ¿Sabes algo de mi padre? -- pregunté al poco rato.

David se puso serio de golpe y aunque sabía que no soportaba las miradas compasivas, sus ojos lo mostraron durante una milésima de segundo, agachó la cabeza y negó sin pronunciar palabra. Mis temores habían sido reales, no se había dignado a venir a visitarme.

- ¿Sabes cuándo te darán el alta? -- me preguntó cambiando de tema.

Me encogí de hombros. No había venido ningún médico más a verme, así que no tenía ni idea, pero esperaba no tener que quedarme mucho tiempo, tenía ganas de estirar las piernas y ver la luz del sol. Nunca me había gustado estar encerrado entre cuatro paredes.

Como si aquellos pensamientos fueran el detonante, el enfermero que me había atendido primero apareció por la puerta. Esta vez no llevaba ninguna carpeta en las manos. Cuando vio que estaba acompañado se paró en seco y observó a mi amigo con una mirada que no pude descifrar. Arrugué el ceño sin comprender, pero antes de que pudiera pensar en qué había sido aquello, Muño se repuso y me miró con una sonrisa amable. David ni siquiera se inmutó. Se había apartado de la camilla para apoyarse en el marco de la ventana y cruzarse de brazos. Muño se acercó a mí intentando evitar mirar a David deliberadamente.

- El doctor me ha dicho que estás mucho mejor, seguramente mañana puedas marcharte a casa -- me informó.

- ¿Sobre qué hora será eso? -- preguntó David.

Muño alzó la vista para mirarle y se enderezó en sí mismo como para infundirse ánimo.

- No tengo ni idea, pero supongo que antes de comer estará fuera.

- Podrías ser un poco más específico -- le espetó David, no parecía estar de muy buen humor.

- No, no puedo, depende de cómo se levante mañana, soy enfermero, no adivino.

David dio un paso al frente, descruzando los brazos y levantando la barbilla, sabía que venía a continuación. Nadie había hablado de esas maneras a mi amigo y éste estaba a punto de lanzarse a su yugular.

- No pasa nada -- dije alzando un poco la voz para parar el intento de ataque de mi amigo.

- En ese caso, iré a ver a mi siguiente paciente -- dijo Muño mirando de reojo a David y dando media vuelta para salir de la habitación.

Cuando Muño desapareció, miré a mi amigo que se había quedado mirando la puerta con el ceño fruncido.

- ¿Qué ha sido eso? -- pregunté.

- Nada -- murmuró.

- No me digas que nada, vosotros dos os conocíais de algo. ¿Qué ha pasado?

- Llevo viniendo a verte dos meses, y él se encargaba de ti, claro que nos conocemos -- bufó.

- No se trata de eso -- le miré entrecerrando los ojos.

David cabeceó y volvió a bufar. Lo que fuera que había pasado entre ambos no quería contármelo y eso me hacía sospechar aún más.

El silencio nos invadió y David no tardó en irse a casa, alegando que tenía muchas cosas que hacer en el trabajo. No le creí, pero tampoco iba a presionarle.

Miré el reloj que descansaba en la pared de mi derecha, eran las cuatro de la tarde, aún quedaba todo el día y yo no tenía nada que hacer, tampoco podía levantarme de la camilla, pues no me habían quitado las intravenosas.

El aburrimiento estaba haciendo mella en mí, hasta que la puerta volvió a abrirse. De ella apareció una muchacha de estatura media, con una melena larga y castaña oscura, tan lisa que mi primer pensamiento fue saber cómo sería ver ese pelo deslizarse por entre mis dedos. Pero solo fue un pensamiento de un segundo, pues cuando me fijé en su rostro supe que nada bueno iba a salir de aquello. Sus ojos, de un verde intenso, me miraban

cargada de rencor y furia, sentí un pinchazo en el corazón. No había visto a aquella muchacha en mi vida, y ella parecía haberme condenado. La chica se acercó en dos zancadas justo delante de mi camilla y apoyó sus manos apretando con fuerza el cabezal de la cama. Los nudillos se le pusieron blancos y sus ojos no dejaban de mirarme en profundidad.

- No deberías estar respirando -- soltó con los dientes apretados.

- ¿Cómo dices? -- pregunté anonadado.

El estupor por la belleza de aquella chica se esfumó durante un segundo, dejándome claro que fuera quien fuera, no estaba nada contenta con mi presencia.

- Tú deberías seguir en coma y no ella -- repitió -- no te mereces estar aquí despierto mientras mi hermana aún no abre los ojos.

Tal afirmación me dejó en shock, ¿de qué estaba hablando? Entonces recordé que había estado borracho durante el supuesto accidente y que por eso había estado en coma. ¿Había otra víctima?

No supe que contestar, me quedé observando a la muchacha que me perforaba con sus enormes ojos verdes sin saber que decir.

- Etnia -- le llamó Muño entrando en la habitación a toda prisa -- deberías salir de aquí -- le dijo colocando una mano en su hombro.

Etnia se zafó de su agarre con un fuerte movimiento del hombro y sin apartar la mirada de la mía dijo:

- Voy a hacer que te pudras en la cárcel.

- Lo dudo mucho -- dije con una sonrisa de suficiencia.

Si algo tenía claro era que el dinero podía sacarte de cualquier aprieto y mi padre tenía el dinero suficiente como para cubrir todas las pruebas que me vinculaban con una borrachera y el atropello de su hermana. Mi padre podría no haber venido a verme y estaba seguro de que le importaba bien poco si había despertado o no, pero desde luego no iba a dejar que ese pequeño "percance" manchara el nombre de su empresa, en la cual, además, trabajaba.

Etnia, intentó acercarse a mí, enfurecida. Aquella muchacha tenía carácter y eso me gustaba. Muño la cogió por la muñeca.

- Aquí no Etnia, confía en mí -- le dijo para tranquilizarla.

Ella pareció entenderlo, porque se relajó mínimamente y dejó que Muño la envolviera en un brazo protector y la sacara de allí. Cuando la pareja salió noté como mi corazón latía más rápido de lo normal.

Me quedé mirando el pasillo por donde varias personas pasaban de un lado para otro. Se habían dejado la puerta abierta al salir y pude ver como

Etnia era abrazada por una chica rubia que estaba esperando fuera y después de despedirse de Muño desaparecían por el lado izquierdo del pasillo sin volver a mirar hacia la habitación. Muño se había girado un momento a mirarme, pero había desviado la vista y había desaparecido por el lado contrario antes de que pudiera pensar en que quería decir todo aquello.

La noche se había cernido sobre Valladolid. Hacía una hora que me habían traído la cena, pero no había sido capaz de comer nada. El estómago se me había cerrado y no dejaba de pensar en aquella chica que sufría por su hermana. Yo la había atropellado y ni tan siquiera era capaz de acordarme. Cerré los ojos con fuerza y suspiré. Seguir insistiendo con mis recuerdos no iba a solucionar nada. El doctor había asegurado que por mucho que lo intentara solo volverían si tenían que hacerlo, cuando mi cerebro estuviera preparado, si es que llegaba a estarlo. Aquello no ayudaba demasiado. Cerré los ojos para intentar dormir y poder desconectar de todo lo que había ocurrido, pero justo cuando estaba a punto de sumergirme en los brazos de Morfeo, la puerta de mi habitación se abrió. Abrí los ojos a duras penas, extrañado por la repentina entrada, era demasiado tarde para visitas. Entonces le vi, mi padre. Apreté los labios en una fina línea y mi rostro se endureció por instinto. Esperé a que llegara a la altura de la camilla. Los dos guardaespaldas que le seguían se quedaron en la puerta, ambos con las manos juntadas delante de sus torsos, con el mismo gesto serio que procesaba mi padre.

- Te veo bien -- dijo con un intento de sonrisa que le salió más a una mueca.

Sabía que no lo había dicho como un cumplido. Él nunca los hacía. Jaime Rojas era un hombre alto y delgado, siempre iba trajeado e impoluto, como en ese mismo instante. Sus facciones estaban endurecidas por los años, con pequeñas arrugas que marcaba más su dureza. Sus labios siempre marcaban una fina línea, como si fuera incapaz de sonreír. En realidad, nunca le había visto hacerlo. Su pelo, engominado hacía atrás estaba surcado por las canas, aunque algunos mechones oscuros se traslucían dándole un toque grisáceo.

- El doctor me ha dicho que mañana te dará el alta, tengo trabajo para ti en la empresa por la tarde, no llegues tarde -- me dijo ante mi silencio.

- Nunca lo hago -- le aseguré.

- Eso es discutible -- dijo con desdén.

- ¿Solo has venido para eso? -- atacó.

Mi padre hizo un gesto a sus guardaespaldas para que cerraran la puerta de



la habitación. Ambos guardaespaldas se quedaron en el interior del habitáculo. Sus ojos, marrones pero pequeños se habían vuelto de una furia temible. Nunca había tenido un carácter muy apacible.

- ¿Para qué más querías que viniera? -- me preguntó, aunque él no esperaba a que yo contestara a eso -- Tú estado ya se me es informado, no necesito hacer visitas que no merecen la pena. Tengo cosas más importantes que hacer en la empresa que darme una vuelta por un hospital.

Apreté los puños con fuerza por debajo de las sábanas. Jaime siempre tenía una respuesta para todo, como si nada pudiera perturbarle. La realidad era que nunca me había puesto una mano encima, pero si lo había hecho en innumerables ocasiones a mi madre. Cuando era pequeño estaba acostumbrado a ver como la maltrataba día sí y día también, sin poder hacer absolutamente nada. Nunca tuve tiempo de protegerla, pues en cuanto tuvo la oportunidad se marchó de casa con otro hombre para no volver, dejándome a mí solo con el monstruo. La echaba de menos, pero me había abandonado y eso no podía perdonarlo.

- No te preocupes que estaré allí puntual a las cuatro de la tarde -- dije con la mandíbula apretada.

- Así me gusta -- me dijo dándome un golpecito en el hombro, con más fuerza de la normal.

Jaime ordenó a sus secuaces que abrieran la puerta de la habitación. El pasillo del hospital estaba oscuro, tan solo iluminado por las luces de emergencia. No vi a ninguna enfermera por los alrededores. No quise saber que chantajes habría realizado mi padre para que le dejaran pasar a esas horas de la noche. Uno de los guardaespaldas cerró la puerta sin ningún sigilo sumiéndome de nuevo en la soledad.

Al día siguiente me despertó una enfermera que no había visto anteriormente. Venía junto a una bandeja con el desayuno. Me la colocó al lado de la cama con una sonrisa coqueta y salió de la habitación sin decir una palabra mientras contoneaba sus caderas. Tenía un buen culo. Sonreí ante la vista antes de que saliera de la habitación cerrando la puerta tras de sí y guiñándome un ojo. Sacudí la cabeza, animado. Siempre tenía ese efecto en las féminas.

Al poco rato la puerta se volvió a abrir. Por ella entró el doctor que parecía el jefe de la planta con una carpeta en mano. Me incorporé con los antebrazos sobre la cama. El doctor miró un par de cosas de los papeles antes

de tenderme uno de ellos junto a un boli.

- Ya puedes firmar tu alta. Si sientes alguna molestia o dolor de cabeza, ven inmediatamente, pero en un principio, prefiero no volver a verte -- dijo con una sonrisa amable.

Sonreí de vuelta, alegre. No podía esperar a salir de aquellas cuatro paredes. Firmé el documento sin tan siquiera leerlo. Me incorporé en la cama y me levanté de un salto.

- Ves con cuidado los primeros momentos, podrías marearte -- me advirtió el doctor.

Pero yo no tenía intención de ir poco a poco, tenía ganas de correr como todas las mañanas por el Campo Grande e irme a tomar un café con David antes de entrar a la oficina. Quería mi vida de vuelta.

Cuando el doctor salió de la habitación salí tras él. Nos despedimos con un apretón de manos y miré a ambos lados del pasillo. La recepción de aquella zona se encontraba justo enfrente de mi puerta, el resto del pasillo eran puertas del mismo color, con sus respectivos números al lado. Me quedé un momento allí parado, meditando mi siguiente movimiento. No había dejado de pensar en aquella niña que había atropellado. ¿Cómo sería? Un nudo se instaló en mi garganta y tragué saliva para hacerlo pasar. No sabía si era buena idea, pero si no la veía no me lo perdonaría, necesitaba disculparme, aunque sabía que no lo escucharía.

Me acerqué a la recepción, donde una señora mayor tecleaba en su ordenador. Carraspeé para que notara mi presencia y levantó la vista sin dejar de teclear. Frunció el ceño un segundo para después usar el ratón y volver a levantar la vista con una sonrisa amable.

- Me gustaría saber cuál es la habitación de la niña que...mm... atropellé.

La mujer se me quedó mirando durante unos segundos. Parecía que procesaba la información que acabara de decirle, como si se preguntara si aquello era una buena idea. Al final volvió la vista al ordenador, miró un par de cosas y volvió a levantar la mirada.

- Habitación doscientos cuatro, en la segunda planta, en pediatría -- me dijo -- Espero no arrepentirme -- murmuró.

- Muchas gracias -- dije con una sonrisa.

Cuando llegué a la planta de pediatría me sorprendió ver tanto movimiento. Los médicos y personas adultas, seguramente los padres de los niños estaban en los pasillos, hablando o caminando de un lado al otro. Miré

los números de las habitaciones hasta encontrar la de la niña. Justo debajo del número había un nombre: Celia Blázquez. Agarré el pomo con decisión, pero me quedé parado un momento. ¿Y si había alguien dentro? Sacudí la cabeza, no había escuchado a nadie. Me convencí nuevamente de que necesitaba hacer aquello para tener la conciencia tranquila y abrí la puerta.

La habitación era prácticamente igual que la mía, con la diferencia de que las estanterías y las paredes estaban adornadas con dibujos y algunas fotos. Observé detenidamente aquellas imágenes con nostalgia, se notaba que era una niña querida por su familia, pues la habitación estaba decorada con mimo. Miré hacia la cama y mi corazón se saltó un latido al observar el pequeño cuerpo. Tenía pequeñas cicatrices en el rostro, producto del choque. El pelo rubio de la pequeña estaba desparramado por la almohada, tenía el rostro pequeño y la piel blanquecina, pero sus labios, finos, estaban rosados. Me acerqué lentamente a ella. Aquella niña no sería mayor de ocho años y esa idea solo me producía un tremendo peso en el pecho. Ella no se merecía estar en esa situación.

Al llegar a su altura saqué el valor para rozar la mano de la pequeña, estaba caliente, pero completamente inmóvil. La niña no se inmutó, pero yo rocé sus pequeños dedos como si quisiera transmitirle todo mi pesar.

- Lo siento mucho pequeña -- le susurré -- solo espero que despiertes pronto y que, si lo haces, algún día puedas perdonarme.

La imagen de su hermana entrando a mi habitación como un vendaval vino a mi mente y no pude evitar sonreír. Aquella mujer había provocado algo en mí.

- Dudo que tu hermana me perdone -- acabé susurrando con una sonrisa -- nos vemos pronto Celia.

Salí de la habitación y aunque creía que me habría quitado un peso de encima, no fue así como me sentí. En realidad, dudaba que se me quitara de la cabeza la cara de aquella niña, igual que no se me había olvidado la de su hermana.

## CAPÍTULO 3.

# Etnia

ooooo

Habían pasado tres semanas desde que el chico que atropelló a mi hermana salió del hospital. Celia, en cambio, aún seguía con los ojos cerrados, como si durmiera. La rabia porque el culpable de nuestra desgracia familiar hubiera salido ileso no se me iba del cuerpo. Bruno, así se llamaba el desgraciado, que además de haber atropellado a mi hermana no se me iba de la cabeza. Cuando entré en la habitación hacía tres semanas no me imaginé encontrar a un chico como él. En realidad, nunca había pensado en cómo sería la persona culpable del estado de Celia. Pero desde luego, no me lo habría imaginado así. Bruno tenía el pelo rizado y castaño, su torso, que se me presentó desnudo estaba cincelado a la perfección y sus ojos, de un azul intenso me dejaron muda por unos segundos. Mi respiración se cortó al impactar con aquella imagen, pero por suerte, pude reponerme antes de que fuera demasiado tarde. Aún ahora, su rostro no se me había borrado de la mente, y aquello me enfurecía.

<<Es un capullo arrogante Etnia, deja de pensar en él>>

Eso era lo que me repetía día tras día, cuando su imagen venía a mi mente sin pretenderlo. Esa sonrisa de suficiencia cuando me dijo que dudaba que le condenaran solo me producían ganas de pegarle un guantazo. ¿Quién era ese chico? No me había esforzado en preguntarle a mi padre si se había informado sobre él, y en realidad no quería saber nada, solo quería que pagara por sus actos y que Celia abriera los ojos.

Aquel mediodía había salido del trabajo puntual. Miré el reloj y caminé varias calles hasta llegar a la parada de autobús. Mara no había venido a trabajar aquella mañana, normalmente hacía el turno de tarde, pues por la mañana había decidido que lo dedicaría a sus diseños de moda. Manolo, nuestro jefe, le había permitido cogerse la media jornada para así conseguir su sueño. También había insistido en que me cogiera varios días más de vacaciones para estar con mi familia, pero me había negado. Estar en el hospital día y noche no iba a hacer que Celia despertara.

Llegué al hospital veinte minutos después y me dirigí a su habitación saludando por el camino a varias enfermeras. No sabía dónde se encontraba Muño a aquellas horas, seguramente estaría atendiendo a algún enfermo, así que pensé en buscarle antes de marcharme.

A pocos metros de llegar a la habitación de mi hermana, escuché varias

voces en el interior del habitáculo. Las reconocí al instante. Mis padres debían de haberse pasado todo el día en el hospital. Entré a la habitación saludando justo en el momento en que una enfermera se retiraba despidiéndose con una sonrisa.

- Hola cariño, ¿cómo estás? -- me saludó mi padre acercándose para darme un abrazo.

- Algo cansada del bar, pero bien -- dije con un intento de sonrisa.

Me giré para saludar a mi madrastra, Teresa. Mi padre se había vuelto a casar un par de años después de que mi madre falleciera de cáncer de colon. Teresa me sonrió amablemente y me dio dos besos. Celia era igual que ella. Teresa tenía el cabello corto, teñido de caoba, aunque su color original era el rubio. Sus ojos, verde claro, junto a su piel blanca le daban un aire nórdico. Y Celia había heredado su pelo y sus ojos. Observé la camilla donde mi hermana estaba tumbada. Me acerqué a ella en silencio y le di un beso en la mejilla.

- Buenos días pequeñaja -- le dije al oído.

Siempre la llamaba de esa manera, aunque a ella no le gustaba. Sonreí ante ese pensamiento. Cada vez que venía al hospital y la saludaba de esa manera deseaba que abriera los ojos y me contestara <<yo no soy pequeñaja, soy una mujer mayorcita>> como siempre hacía. Suspiré al ver que eso no ocurría, hoy no al menos.

Me giré de nuevo hacia mis padres, que se habían quedado observando la escena con aire nostálgico. Pedro, mi padre, tenía la mirada perdida en el rostro de su hija pequeña, sus ojos azules habían perdido parte del brillo que le caracterizaba. Su mandíbula, cincelada a la perfección estaba rodeada de una barba mal cuidada, al igual que su pelo, con varias canas por los años. Mi padre había perdido su brillo, y Teresa intentaba aplacar esa falta con sonrisas que no llegaban a los ojos.

- ¿Se sabe algo del proceso judicial? -- pregunté por curiosidad.

Mi padre apretó los puños con fuerza a sus costados, saliendo del estupor en el que se había sumergido con la visión de sus dos hijas juntas.

- Ese desgraciado se ha librado - dijo entre dientes -- su padre ha resultado ser el jefe de Transportes Rojas. Tienen dinero.

- Hijo de... - pronuncié sin poder terminar.

- Por lo menos le han obligado a hacer servicios a la comunidad, no creo que esté muy contento con ello, algo es algo -- dijo Teresa intentando apaciguar la tensión que se respiraba.

- Eso no es suficiente -- dije yo cabreada.

¡La justicia de este país era un asco! Con un poco de dinero y los contactos necesarios, ya podías librarte sin problemas. ¡Ojalá y en el servicio a la comunidad le trataran de la peor manera! Empecé a caminar de un lado para otro, como un animal enjaulado. Su sonrisa arrogante al decirme que se libraría vino a mi mente, haciendo que tuviera muchas ganas de golpear la pared. ¡Desgraciado!

- No te preocupes -- me dijo Teresa llegando a mi lado y colocándome una mano sobre mi hombro -- todo se devuelve en esta vida, tarde o temprano pagará por sus actos.

La bondad de esa mujer a veces me desquiciaba. No tenía ningún problema con Teresa, era buena y nunca le había importado que papá fuera al cementerio de vez en cuando a llorar a su antigua mujer, lo mismo que tampoco quiso nunca suplantar a mi madre, y se lo agradezco por ello. Pero ese optimismo que desprendía a veces podía conmigo.

Una enfermera volvió a entrar en la habitación, saludándonos cordialmente y desviando mis pensamientos en el acto. Los tres nos quedamos en silencio observando como la enfermera le cambiaba el suero a mi hermana y hacía algunas comprobaciones para a los pocos minutos volver a salir con un asentimiento de la cabeza.

- Nosotros nos tenemos que marchar -- dijo mi padre -- entro a trabajar en veinte minutos -- suspiró.

- Tranquilo, me quedaré un rato con ella hasta que entre al comedor social.

- ¿Vendrás a cenar en nochebuena? -- me preguntó Teresa.

- Claro -- dije, no muy convencida.

Sería el primer año en que Celia no estaría con nosotros, pero no podía hacerles el feo, suficiente era no tener a una hija con ellos, como para que encima, me desprendiera de la situación.

Teresa me sonrió con cautela y me dio dos besos de despedida. Mi padre me dio un abrazo susurrándome que cuidara de mi hermana y que dejara de trabajar tanto. Asentí con la cabeza, sabiendo que lo primero lo haría encantada, pero que lo segundo no sería posible. Él también lo sabía.

Cuando mis padres se fueron y me quedé a solas en la habitación, acerqué una silla al lado de la cama de mi hermana. Me senté en ella y cogí su pequeña mano entre las mías. Su piel estaba tibia, no tenía ese calor que solía caracterizarla.

- Bueno, volvemos a estar solas pequeñaja -- empecé a decirle -- hoy

no te he podido traer un cuento, pero te contaré mejor como me ha ido la semana. Ayer Mara y yo vimos una película que, seguro que te hubiera gustado, en cuanto despiertes prometo que la veré contigo. Trataba de una pareja que se conocen gracias a sus respectivas mascotas, él con un perro y ella con su gata. Ambos eran vecinos, aunque sus mascotas nunca habían coincidido, hasta que un día la gata de ella decide hacer una visita a la terraza del vecino. Por casualidad, la ventana estaba abierta, así que la gata, que era muy curiosa, decidió entrar a ver que había. Lo que no se esperaba, es que el perro apareciera de repente al haber olido su presencia y empezara a ladrarla con insistencia. La gata, que además de curiosa también era un poco orgullosa, se bufó y le plantó cara sin amedrentarse. El perro, en cambio, al escuchar los bufidos de la gata dio media vuelta asustado -- empiezo a reírme al recordar la escena -- con tan mala pata que chocó con su dueño que venía con una bandeja hacia el salón para poder cenar con tranquilidad, y ambos se fueron al suelo ante la mirada curiosa de la gata -- observé el rostro de Celia, que no había reaccionado en ningún momento y suspiré -- Te prometo que la veremos pronto y sabrás como continúa.

- A mí también me gustaría verla -- interrumpió una voz.

Me giré hacia la puerta sobresaltada, no había escuchado a nadie acercarse. Muño estaba apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa cariñosa en el rostro y los brazos cruzados. Se acercó hacia mí al mismo momento en que yo me levantaba para darle un abrazo.

- Tenía pensado ir a buscarte cuando me fuera -- le comenté deshaciendo el abrazo.

- Me he encontrado a tus padres por el camino y me han dicho que ya habías llegado, como tenía cinco minutos he decidido pasarme a saludarte. ¿Cómo está tu hermana hoy? -- me preguntó desviando la vista hacia la camilla.

Agaché la mirada apenada y observé a mi hermana de reojo. Los aparatos que la mantenían monitorizada habían hecho el mismo ruido desde que había ingresado, sin ningún cambio.

- No hay ninguna novedad -- dije encogiéndome de hombros, resignada.

- Tu hermana es fuerte, acabará despertándose -- me dijo optimista.

Decidí no contestar, aquella conversación ya la habíamos mantenido demasiadas veces.

- Mañana saldremos con Mara a tomar unas copas -- cambié de conversación y se señalé con el dedo -- Sé que tienes el día libre, así que no pongas excusas. ¿Vienes?

- No me dejas otra opción, ¿no? -- dijo con una ceja levantada y sonriendo burlescamente.

- En efecto, no te dejo opción -- dije cruzándome de brazos y alzando el mentón con seguridad.

Muño contuvo una carcajada y yo no pude evitar empezar a reír. Cuando dejamos nuestra broma, nos despedimos asegurando que nos veríamos al día siguiente. Me despedí de Celia al poco rato y salí de la habitación cerrando la puerta con cuidado. Tenía poco tiempo para volver al bar a mi segundo turno, así que tendría que correr para llegar al autobús a tiempo.

Bajé del autobús y corrí las dos calles que me separaban de la parada y el bar. Al llegar, prácticamente jadeando, vi que, por suerte, el bar estaba prácticamente vacío. Tan solo había dos mesas ocupadas, una por una pareja de ancianos que venían siempre a merendar y otra por un empresario con su ordenador. Pasé por detrás de la barra saludando a mi compañera Laura y me dirigí al almacén para ponerme el delantal con el logo del bar. Mientras me ataba el delantal un ruido procedente del exterior hizo que diera un bote en mi sitio. Me giré y allí estaba mi jefe, agachándose para recoger una copa que se le había caído.

- ¿Estás bien Manolo? -- le pregunté preocupada.

- Tranquila, últimamente no sé qué me pasa que se me resbala todo de las manos -- me dijo recogiendo los pequeños cristales que se habían caído con las manos.

- Ves con cuidado, que todavía te cortarás -- le advertí.

Manolo era un hombre de baja estatura, algo regordete y con varias entradas en la cabeza. Su rostro, redondo y con mofletes le daban un aire de bonachón, que concordaba a la perfección con su personalidad.

- No te preocupes chiquilla, son gajes del oficio -- me contestó.

Sacudí la cabeza, pues con él no había manera de razonar. Salí del almacén para dirigirme a mi puesto de trabajo y allí me encontré con Mara y Laura charlando animadamente. Al llegar a su altura Mara se calló de golpe para venir hacia mí a abrazarme efusivamente.

- ¿Cómo estás? -- me dijo más alegre que de costumbre.

- Bien -- contesté un poco preocupada por su efusividad.

Iba a preguntarle a que se debía esa alegría tan desmedida, pero no me dio



tiempo, Mara empezó a hablar casi sin respirar.

- Hoy me han llamado de aquel local que vi que alquilaban en la calle Gabilondo, el hombre, bastante simpático he de decir, me ha dicho que me lo alquila por doscientos euros. ¡Doscientos euros! -- dijo enfatizando la última frase -- Dice que nadie se lo quería alquilar por cuatrocientos y que por eso lo pone a mitad de precio, así que le he dicho que estaré encantada de ser la inquilina de su local. Mañana mismo iré a firmar los papeles. ¡Ya tengo mi local! -- empezó a dar saltitos sobre sí misma.

- Me alegro mucho Mara -- le dije sinceramente - ¿Pero estás segura de que es de fiar? -- le pregunté algo preocupada.

- ¡Qué va! Si era majísimo -- me aseguró.

- ¿Has visto el local? -- pregunté.

- Mm... No, pero lo veré mañana.

- Asegúrate de verlo antes de firmar nada -- le insistí.

- Qué sí -- me dijo con voz cansina.

Mara siempre había sido muy impulsiva y cuando se trataba de sus sueños a veces podía tirarse en plancha sin pensar bien las cosas. Solo esperaba que el local estuviera en condiciones aceptables para que ella pudiera poner el taller de costura y su propia tienda.

Después de que entraran varias personas más al bar y de que otros se marcharan, la tarde pintaba a tranquilidad. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y en Valladolid los diciembres eran fríos y húmedos. La gente solía quedarse en casa. Cuando más faena teníamos era por las mañanas, cuando los trabajadores venían a desayunar o a su descanso del mediodía.

Eran las seis de la tarde y el cielo ya se había oscurecido. En el bar tan solo quedaban tres mesas que ya habían sido servidas. Mara, Laura y yo estábamos dando vueltas de un lado a otro, limpiando la encimera que ya estaba limpia, simplemente para mantenernos activas.

Nuestra compañera Laura era una adolescente que venía a ayudarnos algunas tardes y los fines de semana. Aquel había sido su primer trabajo, y aunque era algo tímida, se le daba bien el trato con el cliente. Era una chica morena de ojos marrones y pequeños, llevaba gafas de pasta y su piel estaba salpicada por algunos granitos propios de la edad. Aquel día, llevaba su pelo recogido en una cola de caballo, aunque normalmente solía llevar una diadema.

- Creo que podrías marcharte Laura, no creo que vaya haber mucha faena esta tarde -- le comenté.

Manolo me había puesto a cargo de Laura, quería que la enseñara el oficio de camarera y que fuera como su encargada, así que también podía decidir si se podía ir o no.

- No hace falta -- dijo encogiéndose de hombros -- a lo mejor luego viene más gente y no podéis solas.

- Etnia tiene razón, aunque sea un viernes, fuera hace un frío de muerte, esto a las ocho estará desierto -- me apoyó Mara.

- ¿Estáis seguras? -- nos preguntó indecisa.

- Sí, hoy no vendrá nadie más. Nosotras nos encargamos de cerrar.

Manolo se había marchado al poco de llegar yo. Normalmente las tardes se las pasaba en su casa con su mujer, por eso había decidido contratar a Laura para que nos diera una mano.

Laura asintió con la cabeza y se marchó a cambiarse. Al poco rato salió sin el delantal y se despidió de nosotras.

- Va a ser una tarde aburrida -- suspiró Mara melodramática.

Por fin era sábado. La noche anterior al cerrar el bar Mara y yo habíamos llegado al piso agotadas. Estar paradas detrás de la barra sin saber que hacer nos había dejado molidas, así que Mara había decidido hacer pizzas para cenar. Habíamos cenado las pizzas mientras mirábamos una película romántica que echaban en la televisión y a las doce nos habíamos ido a la cama como buenas chicas.

Ahora, me encontraba despidiéndome de Manolo, pues mi turno de la mañana ya había terminado. Cuando había salido de casa, Mara aún dormía la mona. La noche anterior me había dicho que había quedado con su futuro propietario de local en que por la tarde se llamarían para firmar los papeles. Yo le había hecho asegurarme de que me llamaría antes de ir, pues tenía la esperanza de poder acompañarla después de mi jornada como voluntaria en el comedor social.

Caminar hasta el comedor social no me molestaba. Aunque hacía un frío invernal que calaba en los huesos, la distancia entre el bar y el comedor era mínima. Me arrebujé mejor en mi cazadora y aceleré el paso entre la gente de la avenida para llegar con más rapidez. Estaba deseando entrar por la puerta y sentir el calor de la calefacción.

Llegué al comedor diez minutos después. Desde la calle ya se escuchaba el ajetreo de voces de la gente que iba a diario a que le dieran un plato de comer y la gente que trabajaba como voluntaria. Entré al comedor sintiendo el calor darme en el rostro. Me desabroché la chaqueta rápidamente y caminé

saludando a todos los del interior con una sonrisa. Carmina, la jefa de equipo, daba órdenes a las voluntarias y voluntarios a voces. Se la podía escuchar desde cualquier parte de la sala. Nuestra jefa era una mujer mayor, experimentada en la cocina de toda la vida, que después de jubilarse había decidido que no podía dejar de trabajar en lo que le gustaba, por lo que en su tiempo libre venía a organizar el comedor social de la ciudad.

- ¡Etnia! -- me llamó a voces - ¡Casi llegas tarde! ¡Deprisa, que se nos acumula la faena!

- Ahora mismo voy -- le contesté con voz un poco más sosegada.

Aunque la conocía desde hacía varios años, aún me costaba acostumbrarme a sus exigencias y sus voceríos. Aun así, intentaba ignorar aquello, pues el trabajo de ayudar a los demás me gustaba.

- Y el chico ese que no llega... - la escuché murmurar mientras cogía una bandeja con varios platos.

No hice mucho caso a sus susurros y cogí la bandeja para dirigirme a la mesa de cuatro hombres que esperaba su primer plato de comida.

Mientras le ponía el plato a cada comensal, escuché como la puerta del comedor se abría. De repente, se hizo el silencio en la sala y con el ceño fruncido me giré para mirar quien había entrado. Todos mis músculos se tensaron al ver su figura en la entrada del comedor. Bruno.

## CAPÍTULO 4.

# Bruno

ooooo

Estaba en mi oficina. Una sala grande con una ventana que daba a una pequeña terraza circular con el Teatro Calderón justo delante. Mi oficina no era nada especial, no tenía ninguna foto familiar, tan solo varios diplomas colgados. La mesa con mi ordenador portátil y la impresora estaba en el centro de la sala, rodeada de cables que llevaban hasta los enchufes de las paredes. Las estanterías, colocadas a cada lado de la oficina estaban repletas de libros sobre empresariales, economía y algunos de mecánica. No tenía nada personal que me atara aquel lugar.

Me eché para atrás en la silla, estirando mis brazos y haciendo crujir mi espalda. Llevaba toda la mañana repasando las nóminas de los trabajadores. En la empresa teníamos unos sesenta empleados, entre conductores y personal repartido por diferentes países. Transportes Rojas se dedicaba a mover palés por todo el país y también de manera internacional. Mi padre era el que se dedicaba a controlar la economía de la empresa y también los transportes internacionales. Yo era el que controlaba que los trabajadores hicieran su trabajo y que recibieran las nóminas a su debido tiempo.

Miré el reloj que estaba colocado sobre la puerta, quedaban quince minutos para que mi horario terminara. Cualquier otro día me iría directamente a casa, pero hoy y el resto del mes tendría que ir al comedor social para pagar mi deuda con la justicia. Suspiré frustrado. Me alegraba de no tener que pisar la cárcel, aunque sabía que eso sería imposible mientras mi padre fuera un empresario con tanto renombre. El dinero siempre pagaba cualquier cosa, incluso la libertad. Aun así, para que el resto de la población no sospechara, el abogado de mi padre, Eusebio, había tenido la fantástica idea de pedir servicios a la comunidad y así intentar limpiar mi imagen que había quedado "comprometida". Aquel hombre nunca me había caído bien, siempre caminaba con la cabeza alta, iba vestido implacable con su traje de Armani y me hablaba con una mueca pegada en el rostro. Por suerte no tenía que tratar demasiado con él.

Cuando el segundero estaba a punto de marcar las doce, la puerta de mi despacho se abrió sin haber sonado con anterioridad. Levanté la cabeza de la nómina que tenía delante con el ceño fruncido. Lo único que deseaba era acabar cuanto antes, no que me interrumpieran en el último momento. Iba a mandar a la mierda a la persona que había osado perturbar mi trabajo cuando

vi que se trataba de mi padre. Tras de él, como era de esperar, su fiel perro faldero, alias guardaespaldas.

- ¿A qué debo el honor de tú visita? -- pregunté sarcástico.

- Deja tus soeces para otra persona Bruno -- contestó.

- Está bien -- murmuré.

- He venido a advertirte que no quiero ninguna tontería en el comedor social -- dijo acercándose a la mesa, observé las sillas que estaban colocadas justo delante de esta, Jaime ni tan siquiera las miró -- Tú actitud va a estar vigilada de cerca, no quiero que comprometas a esta empresa con tus chiquilladas, ¿me has entendido?

- Soy suficientemente mayor como para hacerme responsable de mis actos -- gruñí.

- Si ese fuera el caso no habrías acabado en coma -- apreté los puños con fuerza.

- ¿Algo más?

- No, nada más -- dio media para salir de la oficina.

Cuando creía que por fin se largaría y yo podría hacer lo mismo, se dio media vuelta para dar su última palabra.

- Ni se te ocurra llegar tarde -- me advirtió.

Jaime cerró la puerta tras de sí y me quedé estático mirando el manillar de esta mientras escuchaba los pasos alejarse. Elevé la vista para observar el reloj que me indicaba que ya pasaban de la una. ¡Mierda! Iba a llegar tarde. Cogí mi chaqueta del respaldo de la silla y salí de la oficina a toda prisa. Estaba seguro de que mi padre había venido para hacerme perder el tiempo y así luego poder echarme en cara que no había llegado a tiempo. ¡Me sacaba de quicio!

Aparqué mi Audi delante del comedor social. Observé el reloj de mi muñeca y comprobé que llegaba tarde. Quince minutos para ser exactos. Bufé con frustración. De nada servía que saliera corriendo del coche para entrar por la puerta, al fin y al cabo, un minuto más no iba a marcar la diferencia. Las calles de Valladolid estaban colapsadas a aquella hora, los niños saliendo de los colegios, las madres histéricas por llegar pronto a casa a hacer la comida... Tan solo esperaba acabar pronto con aquello y poder irme a mi casa a calentarme una pizza. Después, seguramente llamaría a David para ir a tomar alguna copa por la noche. Me estiré en el asiento de mi coche para desentumecer los músculos y cogí la chaqueta que reposaba en el asiento contiguo. Cerré el coche en la distancia, justo antes de llegar a la puerta. Justo

cuando estaba a punto de abrirla, un chico joven de más o menos mi edad salió por una puerta contigua arrastrando un cubo de basura.

- Perdona, soy el chico de los servicios comunitarios... - empecé a decir.

- Ya era hora -- me dijo dejando el cubo al lado del contenedor -- aquí está todo a rebosar, te estábamos esperando, entra por la puerta que no tenemos todo el día.

Tras decir esto se giró y se metió por donde había salido, cerrando la puerta tras de sí sin tan siquiera presentarse. Me quedé ahí parado durante unos segundos, procesando el hecho de que un niño acabara de hablarme de esa manera. ¿Desde cuándo se creían con el derecho de tratarme así?

Cuando conseguí reaccionar, abrí la puerta del comedor algo malhumorado. Si tenía que aguantar a ese imbécil mucho rato no creía que aguantara demasiado antes de estamparle el puño en la boca.

El ajetreo del comedor se silenció en el acto con mi entrada. Todos los allí presentes me observaron, deteniendo sus quehaceres durante un instante. Barrí con la mirada a todos, comensales y camareros. Allí había gente de todo tipo. Hasta que mi vista se posó en una muchacha de pelo liso. Sus ojos verdes se quedaron fijos en mí durante unos segundos, completamente parada. Etnia. No pude evitar sonreír ante mi suerte. Una sonrisa canalla que me salió del alma. Esto iba a ser más divertido de lo que pensaba.

- Al fin llegas, que sea la última vez que llegas tarde-- me dijo una voz de repente -- toma, lleva esta bandeja a los hombres de allí -- señaló a un grupo a dos mesas a mi derecha.

Me quedé parado durante unos segundos con la bandeja en la mano observando aquella mujer mayor, bastante más baja que yo y algo regordeta que me miraba por encima de sus anteojos.

- ¡Vamos! -- me exigió - ¡Espabila! Que no tenemos todo el día -- repitió girando sobre sus talones.

Aquí todo el mundo se tomaba demasiado en serio aquello para mi gusto. ¡Por el amor de Dios! Que eso era un comedor social, un trabajo voluntario y no remunerado, no la Guerra Civil. Con los ánimos algo bajados me dirigí hacia donde me habían ordenado, saludé a los comensales que me miraban con algo de recelo. Me giré para ver donde estaba Etnia y vi que había desaparecido. La busqué con la mirada por toda la sala, pero no la hallé en ningún rincón. A quien sí vi fue a la mujer que me había ordenado lo que tenía que hacer mirándome con cara de pocos amigos e indicándome con la mano

que me acercara a la barra.

Llevaba diez minutos repartiendo comidas y agua por el comedor y Etnia no había vuelto a aparecer. Me preguntaba donde se habría metido cuando la vi saliendo de la cocina junto al chico que me había encontrado tirando la basura. Ambos hablaban muy animados y ella sonreía y reía las gracias del muchacho. Por una extraña razón aquello no me gustó ni un pelo, algo en mi interior se agitó como un rugido de lo más primitivo. Desvié la vista cuando Etnia se giró hacia mí. No quería que me pillara mirándola.

Terminé de repartir aquella comanda y me dispuse a recoger lo de una mesa que ya habían terminado cuando alguien pasó por detrás de mí y me empujó. Di un pequeño traspie y los platos que sostenía se me resbalaron, cayéndose al suelo con los restos de comida que habían dejado. El estruendo se escuchó por todo el comedor. Me giré para ver quien había sido el idiota que me había empujado y vi al chico de las basuras sonriendo de manera chulesca. La rabia se apoderó de mí. Di un paso en dirección a él, dispuesto a partirle la cara hasta que no le reconociera ni su madre, pero la voz de la jefa, que había descubierto que se llamaba Carmina me paró en el acto.

- ¡Mequetrefe! -- vociferó la señora -- Ves a por el recogedor y arregla este estropicio antes de que alguien se haga daño, ¡ahora!

Cerré los puños con fuerza y contraje la mandíbula. El chico seguía mirándome con los brazos cruzados, retándome. Durante unos segundos me planteé pasar de Carmina e ir a partirle la cara igualmente, pero al final respiré hondo un par de veces y me di media vuelta en dirección a la cocina. Por el camino vi a Etnia que me observaba con detenimiento, ni tan siquiera me molesté en descifrar aquella mirada.

Después de recoger el estropicio que había formado por culpa del capullo ese, me dispuse a recoger el resto de mesas. La mayoría de comensales ya se habían marchado y la hora de cerrar el comedor se acercaba. Los voluntarios estaban recogiendo la cocina, algunos se habían puesto a barrer la estancia y otros limpiaban las mesas. Todos actuaban de manera coordinada. Observé a todos los voluntarios buscando a Etnia entre ellos, pero había desaparecido. Durante toda la hora del comedor parecía que había estado evitando cruzarse conmigo, pues cuando lograba ver su cabellera entre la multitud se escabullía y desaparecía. En el fondo no la culpaba, estaba claro que no me iba a tener en mucha estima.

- Me marchó Carmina, nos vemos el lunes -- escuché de repente la voz de Etnia.

Levanté el rostro de la mesa que estaba recogiendo para ver a Etnia ponerse la chaqueta y la bufanda. Como si notara mi presencia se giró y me miró. Instintivamente sonreí socarrón, me había pillado mirándola, pero no me importaba. Ella como respuesta frunció el ceño y se giró tan bruscamente que su pelo voló por los aires chocando con su rostro. No volvió a girarse, aceleró el paso como si de una apisonadora se tratara y salió del comedor como un vendaval. El viento gélido del exterior entró en la sala provocando varios escalofríos en los pocos que quedábamos. Seguí observando cómo se marchaba, caminando hasta que desapareció de mi vista.

Cuando por fin salí de aquel infierno me fui directo a mi coche. Una vez en el interior conseguí relajarme y suspiré cansado. Habían sido unas horas extrañas. Mi estómago rugió en ese instante, indicándome que, aunque me había olvidado de la hora que era, necesitaba comer. Arranqué el motor, dispuesto a irme hacia el piso y salí de aquella calle. Al poco rato mi móvil empezó a sonar por los altavoces del vehículo, le di al botón de aceptar llamada del navegador y la voz de David se escuchó por todo el cubículo.

- Tío, ¡que me muerdo de hambre! -- soltó sin tan siquiera saludar -- He comprado unas pizzas y unas cervezas y se me están congelando las pelotas en tu portal.

- Estoy de camino, acabo de salir del comedor social, cinco minutos y estoy allí.

Un semáforo se puso en rojo y tuve que pararme para no atropellar a los viandantes. Aquello sería lo último que necesitaba. Esperé unos largos segundos a que todos pasaran mientras David seguía quejándose del frío que hacía y de que no podría volver a usar su miembro si seguía expuesto a esas temperaturas. No pude evitar empezar a reírme. Si alguien me veía riéndome sentado en el coche, solo, seguro que pensaba que estaba mal de la cabeza.

- Relájate hombre, que tu polla va a seguir igual de activa. Es más, si quieres lo probamos esta noche, nos vamos de fiesta y te ligas a alguna -- le propuse, más animado.

Hablar con David siempre conseguía subirme el ánimo, ya que parecía que para él nada era lo suficientemente importante como para preocuparse, aparte de su polla claro.

- Te doy dos minutos para hacer acto de presencia Rojas -- me regañó.

Volví a reírme, al momento que el semáforo se ponía en verde y me permitía seguir con mi camino. La llamada se cortó al poco rato y yo tardé un



par de minutos más en llegar al parquin que tenía alquilado, ya que vivía en una de las calles principales, la mayoría peatonales. Tuve que caminar unas cuadras hasta llegar a mi edificio. Al girar, pude ver a David tiritando, abrazado a las pizzas que le daban calor. Me acerqué a él riéndome de la estampa que representaba: un hombre alto de veintiséis años con un cuerpo bien formado por el trabajo en el gimnasio estaba acurrucado a unas pizzas muerto de frío.

- Pareces un vagabundo -- le solté cuando llegué a su altura.

- ¡Ya era hora! -- me dijo.

Seguí riéndome del atuendo que llevaba. No había una sola parte de su cuerpo que no estuviera tapada, aparte de los ojos. Llevaba una bufanda azul con un gorro y unos guantes a conjunto. David siempre intentaba compagnar toda su ropa con mimo. Yo siempre le decía que era un "pijo de mierda", y tenía razón, él siempre se preocupaba demasiado de su aspecto y de que todo lo que llevara fuera de "calidad": Yo, en cambio, aunque también cuidaba mi aspecto, solía ir más desaliñado, con camisetas sencillas y pantalones desgastados.

Entramos a casa. David se fue directo hasta la cocina como si estuviera en su casa y apoyó todo lo que había comprado sobre la encimera. Me quité la chaqueta y la colgué en el perchero que había en la entrada y me dirigí hacia donde estaba David que se frotaba las manos sin quitarse todo su atuendo.

- Como no te quites lo que llevas encima te va a dar algo -- le dije.

En casa la calefacción estaba a tope y yo ya tenía calor de tan solo entrar en el piso, pero David seguía tiritando y gruñendo que estaba congelado.

Después de colocar las pizzas y las bebidas en la mesa del centro nos sentamos en el sofá y encendí la televisión para ver que echaban. David ya se había quitado la chaqueta y la había colgado en el ropero de la entrada. Estaba haciendo zapping por las diferentes cadenas cuando el suspiro de mi amigo me puso en alerta. Fruncí el ceño y le miré preocupado.

- ¿Qué pasa? -- le pregunté - ¿A sido tu padre?

- Siempre es mi padre -- dijo con una risa forzada.

- ¿Qué ha hecho esta vez?

- Gastarse todo el dinero de la semana en las tragaperras y el alcohol -- bufó -- No nos queda nada.

- Sabes que... - empecé a decir, dispuesto a ofrecerle mi dinero.

- ¡No! -- me gritó interrumpiéndome -- No dejaré que nos prestes nada y menos a un mamonazo como mi viejo.

- No se lo dejo a él, te lo dejo a ti -- le insistí.

- No, solucionaré esto por mi cuenta -- aseguró, tozudo.

No era la primera vez que manteníamos esta conversación. Cada vez que su padre volvía a caer en sus vicios la cagaba y David sufría, y el muy tozudo no quería que le ayudara. David trabajaba en el taller mecánico de su padre, que desde que empezó a beber alcohol había disminuido en clientes, y aunque David se esforzaba en mantener a la clientela, solo unos pocos se atrevían a dejar sus vehículos en aquel taller familiar.

- Hoy nos vamos a ir de fiesta y te vas a olvidar de tu viejo y de todo lo demás, lo necesitas -- le dije animado.

- No tengo dinero -- me repitió.

- Me da lo mismo, no quiero ninguna excusa -- le señalé acusatorio -- tengo dinero suficiente para invitarte a unas copas. Y yo también necesito distraerme -- murmuré al fin.

David se giró frunciendo el ceño ante mi último comentario, preguntándome con la mirada a qué me refería. Sabía que debía contarle que Etnia también estaba en el comedor social, pero aún no había sido capaz de hacerlo y no sabía por qué. Quizás temía que se riera de mí. Sí, seguramente era eso. David iba a partirse de risa ante mi mala suerte. Así que decidí encogerme de hombros e ignorar ese hecho.

- Está bien -- dijo al cabo de un rato -- Nos vamos de fiesta.

Asentí sonriendo, alegre. Tenía ganas de beber unas pocas copas y ligarme alguna tía, necesitaba volver a ser yo. Desde que había salido del hospital solo había ido a trabajar, a casa y al juzgado. Tenía que volver a encauzar mi vida.

- Pero me vas a contar por qué necesitas distraerte -- añadió David, borrando mi sonrisa de golpe -- Sé que me ocultas algo.

# CAPÍTULO 5.

# Etnia

ooooo

Salí del comedor lo más rápido que pude. Mi corazón no había dejado de latir deprisa desde que Bruno había cruzado esa puerta. Había intentado por todos los medios evitarle y pasar desapercibida, estaba segura de que si me dirigía la palabra montaría un follón en mitad del comedor y no tenía ganas de discutir delante de tanta gente. Por suerte no había intentado mantener ninguna conversación, aunque sí que le había visto en varias ocasiones buscándome. Daba gracias a Dios por haber pasado aquellas horas de una vez por todas.

El frío del invierno me azotaba el rostro, que era la única parte del cuerpo que llevaba al descubierto. Notaba como mi pobre nariz se iba poniendo roja a cada minuto que pasaba. Me acurruqué en mi chaqueta y caminé más deprisa, tenía ganas de llegar a casa y hacerme algo para comer.

Estaba a punto de llegar al portal cuando mi móvil empezó a sonar. Rebusqué en mi pequeño bolso como una posesa. Los guantes hacían que se me resbalaran las cosas y de tanta porquería que llevaba no había manera de dar con el móvil. Me quité uno de los guantes enfadada conmigo misma y con prisa seguí rebuscando hasta que palmé el dichoso aparato. Vi que era Mara en la pantalla y lo cogí rápidamente.

- ¿Mara? -- pregunté.

Escuché un sollozo en la otra línea y mi estómago se contrajo. La preocupación vino a mí al instante y me resguardé en el portal sin llegar a abrirlo. Se me estaba quedando la mano heleada. Intenté tranquilizar a Mara, que era incapaz de pronunciar una sola palabra coherente.

- ¿Dónde estás? -- le pregunté.

Me indicó la calle, todavía llorando y colgó. No lo dudé, tenía que acudir a su encuentro. Hoy era el día que iba a ver el local para firmar los papeles y algo me decía que su estado se debía a que no había salido bien. Con el corazón en un puño me puse el guante y empecé a caminar deprisa hacía donde me había indicado.

Tardé diez minutos en llegar, pues el local estaba casi en el centro y nosotras vivíamos más a las afueras. Al girar la bocacalle que daba a la dirección pude ver a Mara sentada en el suelo del escaparate con las piernas replegadas a su cuerpo y escondiendo su rostro en ellas. El corazón se me contrajo y me acerqué a ella con decisión. Cuando llegué a su altura no necesité decir nada para que me notara. Levantó la vista con los ojos anegados

en lágrimas y se levantó de un salto para abrazarme. No tardó en volver a llorar desconsolada mientras yo intentaba contener mis lágrimas también. No soportaba verla sufrir. Después de varios segundos en silencio, Mara por fin se repuso. Se secó las pocas lágrimas que quedaban en su rostro y se giró para mirar el escaparate.

Me fijé en el local. El cristal estaba empolvado y cubierto con cartones para que no se pudiera ver el interior. La puerta de entrada estaba entreabierta y la oscuridad se filtraba por ella. Por inercia me acerqué hasta la puerta y la abrí un poco. Mara ni tan siquiera se movió del sitio, pues no escuché sus pasos tras de mí. Entré en el local, el suelo tenía varias baldosas rotas, había un pilón de polvo de obra en una esquina, junto a varios cartones y latas esparcidas por el suelo. Las paredes estaban pintadas con grafitis y algunas incluso con manchas de líquido esparcido. Al fondo de la estancia había dos puertas, ambas cerradas, pero aun así me dirigí hacia ellas para ver que contenían. Abrí la puerta de la izquierda y ante mí había una sala más pequeña que la anterior, pero con el mismo aspecto, el suelo sin baldosas y las paredes llenas de humedad y manchas. Salí y me metí en la última puerta que resultó ser un baño, aunque lo único que había era una taza llena de mugre incrustada. Cerré la puerta sin poder evitar poner cara de asco y salí del local.

Mara no se había movido. Tenía la mirada perdida en el escaparate. Entonces me fijé que en la mano tenía un manojo de llaves y unos folios. Temblé. Aquellas llaves no eran las del piso. Sin necesidad de preguntárselo supe que había firmado el contrato y que ahora ese antro era suyo, con todo lo que conllevaba.

- ¿Por cuánto? -- pregunté.

- Seiscientos al mes -- contestó en un susurró.

- ¿No eran doscientos? -- le pregunté extrañada.

- Sí, pero como también está la fianza y el seguro... -- empezó a enumerar, pero se quedó callada, tampoco hacía falta que continuara, se la habían jugado.

Tragué saliva. En el bar nos pagaban novecientos euros, y el alquiler del piso ya eran cuatrocientos. ¿Cómo iba a pagar todo? Mi cerebro empezó a funcionar de manera acelerada, pensando en las posibilidades, pero en tan solo dos segundos me sentí agotada. No tenía ni idea de qué podíamos hacer.

- Lo solucionaremos -- le aseguré, aunque no estaba del todo convencida.

Mara asintió y volvió a perder la mirada en el escaparate. Ambas nos

quedamos en silencio y yo suspiré.

- Hoy iremos de fiesta con Muño, dejaremos de pensar en nuestros problemas y mañana miraremos como arreglamos esto -- le dije, intentando animarla.

Me miró forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos y volvió a asentir. Que estuviera tan callada era algo de lo que preocuparse, pocas veces la veía tan sumida en sus pensamientos. Mara era demasiado parlanchina, jovial y despreocupada.

- Vamos a casa a comer algo, vemos una película de risa y nos preparamos para la noche. Mañana será otro día -- le dije sonriendo, intentando animarla.

- Tienes razón -- dijo de pronto -- Esta noche nos desfasamos, dejo de pensar en este desastre y mañana pensaré en alguna solución, no está todo perdido -- dijo intentando convencerse.

- Nunca está todo perdido.

Después de pasar toda la tarde entre palomitas, risas y películas, la noche se cernió sobre el cielo de la ciudad. Una hora antes de la hora en que habíamos quedado, Muño apareció por el piso, enfundado en unos vaqueros desgastados y una camiseta de los Beatles, de quien era fan, que se le ceñía a su torso. Yo le había enviado un mensaje a Muño, a escondidas de Mara, explicándole lo que había pasado. Por eso, había aparecido una hora antes en el piso, dispuesto a animar a nuestra amiga en conjunto. Por supuesto, no le dijo nada de que yo se lo había explicado, pero no hizo falta, Mara se lo contó en cuanto cruzó por la puerta. Por suerte, esta vez no se puso a llorar, si no que sonrió y aseguró que ese local destartalado iba a convertirse en una joya.

- Nosotros te ayudaremos a conseguir que brille -- le dijo Muño para animarla.

- Por supuesto -- añadí -- No tengo ni idea de cómo, pero lo haremos.

- Gracias -- sonrió sincera.

Mara se dio media vuelta moviendo sus caderas, alegre, y dijo con un grito de euforia que se iba a poner sexy para arrasar en la pista. O lo que es lo mismo, para arrasar con los chicos. Reí y sacudí la cabeza, con ella no había remedio.

- Yo también iré a cambiarme, no tardo nada -- le dije a Muño -- coge algo de beber, ya sabes dónde está todo.

Minutos después salía enfundada en unas mayas negras y una camiseta larga azul brillante y con unos tacones también azules. Me había maquillado un

poco, pero sin excederme, sobre todo me gustada maquillarme los ojos para profundizar el verde de estos. Mara, como yo ya me imaginaba, aún no había salido de su habitación. Muño estaba sentado en el sofá con una cerveza en la mano. Me senté a su lado pegando un bote y alcé las piernas para estirarlas sobre la mesa central. Le cogí la cerveza de las manos, justo cuando iba a pegar otro sorbo y con una sonrisa de oreja a oreja di un trago largo. Muño me miró con el ceño fruncido, intentando poner su peor cara, pero sin éxito. Le tendí nuevamente la cerveza y con una sonrisa cabeceó. No era la primera vez que le hacía eso, me encantaba hacerlo rabiar, aunque ahora ya no surtiera el mismo efecto que cuando éramos niños. En aquel entonces, Muño hubiera berreado, me hubiera gritado y muy probablemente me hubiera empujado hasta quitarme aquello que le había robado. Cuando quería, Muño tenía mucho carácter. Pero con el paso de los años optó por ignorar aquello y cruzarse de brazos con una mirada de odio a esperar a que se lo devolviera. Aun así, nunca se me había quitado esa manía.

Mara salió a los pocos minutos enfundada en un vestido dorado largo con una obertura en la parte izquierda de su pierna y con unos tacones, mucho más altos que los míos, de color negro. Inconscientemente palpé mi bolso en busca de las bailarinas que me había guardado para cuando no pudiera más, que sería a los pocos minutos de haber entrado en la discoteca. Mara, en cambio, nunca se llevaba zapatos de repuesto. Aun hoy en día, no entendía cómo podía aguantar toda la noche enfundada en esas alturas.

- Ya estoy lista, ¡vamos a arrasar! -- dijo pegando un salto de júbilo.
- Tú seguro -- solté, observando embelesada su figura.
- ¡Y tú también! -- me dijo señalándome con el dedo.

Me encogí de hombros, no quería empezar una discusión sobre mi pesimismo. Sabía que tenía mis encantos y sabía sacar provecho de ellos, como era el caso de mis ojos o de mi nariz pequeña, pero mi estatura y mis curvas de más siempre me habían aconplejado un poco. Aun así, estaba contenta conmigo misma, aunque no fuera saltando de alegría como Mara.

La zona de fiesta de la ciudad eran tres calles en paralelo, repletas de todo tipo de bares musicales. Algunos para personas mayores de treinta años y otros para aquellos jóvenes con ganas de desmadrarse. En cada local había un ambiente diferente, tanto en estilo de música como en personas. A nosotros nos solía gustar dar una vuelta por cada bar, pero aquel día hacía más frío de lo habitual. El termómetro de la calle marcaba menos diez grados, así que no teníamos muchas ganas de darnos una vuelta por las callejuelas.

- Voto por El Desierto Rojo -- dijo Mara.

- De acuerdo, pero vamos rápido que me estoy congelando -- dije mientras mis dientes chirriaban.

El Desierto Rojo era un bar de copas con encanto, diferente a los típicos bares nocturnos. En el centro de la pista había una escultura de una mujer desnuda rodeada de una mesa circular donde apoyar tus copas. En varios rincones de la estancia, esculturas a tamaño real de un tigre, de un barco incrustado en el techo, entre otras cosas. La barra del bar imitaba el pelaje de un tigre, que era su emblema principal. Lo que más me gustaba de aquel lugar eran las diferentes estancias, podías estar en la zona de baile con unos buenos sofás para sentarte o bien pasar a la zona de bar más tranquila, donde el lugar era tan estrecho que no tendrías que esquivar a borrachos bailando, tan solo sentarte en una de las mesas y charlar tranquilamente, yo lo llamaba la zona VIP.

En cuanto entramos en el bar, la música invadió mis sentidos, aquel día se habían decidido por música de los 70s, de tanto en tanto el local se decidía por un ambiente en concreto y si seguías su página de Facebook podías enterarte de las novedades. El lugar ya estaba repleto cuando llegamos, varias personas tenían su copa en la mano y en los sillones de la pista estaban los más tranquilos, la mayoría parejas dándose el lote. Desvié la vista y nos dirigimos hacia la barra para pedir nuestra primera consumición. Mara ya iba bailando al son de la música, llevaba la fiesta en las venas, yo aún necesitaba mi copa en la mano para empezar a sentir el ritmo.

- Tres Gin-Tonics -- pidió Mara en cuanto llegó a la barra.

Una chica de más o menos nuestra edad, vestida con unas mayas rotas y un top verde se puso a preparar nuestras bebidas mientras Mara, con una sonrisa en el rostro echaba un vistazo a la gente del local. Yo estaba observando como la camarera vertía la tónica cuando un pellizco en el brazo me hizo soltar un gritito y observar a Mara con el ceño fruncido. Su rostro era indescriptible mientras observaba a un punto fijo al otro lado de la sala. Me giré lentamente a mirar que era lo que había cambiado su humor, cuando mi corazón se disparó al observar a Bruno con un grupo de chicos y chicas. Apreté los puños sobre la barra inconscientemente.

- Aquí tenéis -- nos dijo la camarera haciendo que me girara hacia ella.

La camarera dio media vuelta y yo cogí el Gin-Tonic y empecé a beber como si no hubiera un mañana.



- Deberías beber con más calma -- me dijo Muño, el más sensato de los tres en cuanto a beber se refería.

Respiré y dejé la bebida. Me había tragado más de la mitad de la copa mientras observaba como Bruno se reía con su compañero ignorando completamente mi presencia.

- Vamos a bailar -- les dije dejando la copa en la barra -- no voy a dejar que ese me amargue la noche.

Sin esperar una respuesta les cogí a los dos de los brazos y tiré de ellos al centro de la pista. Mara y yo empezamos a mover nuestras caderas al son de *Un rayo de sol de Los Diablos*. Nuestros movimientos no eran precisamente sensuales, la cuestión era divertirse. Yo movía mis caderas y mis pies de un lado a otro mientras reía de las gracias de Muño, que tarareaba la canción con su mano delante de los labios, como si tuviera un micrófono. Durante los minutos que duró la canción me olvidé de la presencia de Bruno. El alcohol ayudó bastante a conseguirlo. Bailamos las siguientes canciones y me acabé mi Gin-Tonic mientras Mara se pedía el segundo. A mí, haberme bebido el cóctel tan rápido me había afectado, pues sentía la cabeza embutida y que me daba vueltas, así que decidí salir un momento al exterior a que me diera el aire. Dejé a una Mara contentilla y a un Muño risueño en el interior y salí a respirar aire puro. El frío me azotó el rostro al instante y me arrepentí de haber salido sin la chaqueta y la bufanda. Me crucé de brazos para entrar en calor y me apoyé en la pared. Mi cabeza daba vueltas.

- ¿Ni tan siquiera me vas a dedicar un saludo? -- escuché una voz a mi lado.

Abrí los ojos de golpe y me separé de la pared como un resorte, observando a Bruno que acababa de salir del pub y me miraba con una sonrisa canalla. Su mirada era segura, tanto que me dieron ganas de quitársela de un puñetazo. Aquel hombre sacaba lo peor de mí.

- No te mereces ningún saludo -- escupí.

- Eso no es lo que hacen las personas educadas -- replicó.

- Soy educada -- me defendí -- pero no falsa, y tú no me provocas ninguna simpatía, todo lo contrario, así que contra más lejos esté de ti, mejor.

Intenté bordearle para pasar de nuevo al interior, pero él no parecía tener intención de acabar con la charla, pues me cortó el paso con su imponente cuerpo. La camisa de manga larga que llevaba se cernía a sus músculos con precisión, dejándome ver sus bíceps y sus pectorales bien marcados, los

pantalones, algo caídos, dejaban entrever la línea de los calzoncillos de la marca Calvin Klein. *¿Se puede saber qué haces?* Me amonesté al percatarme de lo que estaba haciendo. *¡Le estaba dando un repaso!* Alcé el rostro para enfrentarme a él.

- ¿Te gusta lo que ves? -- me preguntó cruzándose de brazos y con una sonrisa torcida -- Aunque ya me has visto sin camiseta...

- Puedes estar muy bueno y ser muy guapo, pero eres un completo gilipollas -- le solté, enfadada con él y conmigo misma.

- ¿Es eso lo que piensas? -- me preguntó sin dejar de sonreír - ¿Qué estoy bueno y soy guapo?

- Y que eres gilipollas -- aclaré a la defensiva.

Se encogió de hombros, como si aquello le diera igual. Bufé, estaba cansada, tenía frío y Bruno era la última persona con la que quería hablar. Volví a intentar rodearle y esta vez me dejó pasar, pero cuando estaba a punto de volver a entrar en el bar una mano me detuvo. Me giré dispuesta a decirle cuatro barbaridades, pero su rostro había cambiado por completo y me quedé muda. Su sonrisa había desaparecido y ya no tenía esa mirada segura de antes, ahora sus ojos reflejaban tristeza y culpa.

- Lo siento, sé que no me lo merezco, pero me gustaría tener tu perdón.

- ¿Para qué quieres mi perdón? -- les escupí.

- Vamos a vernos todos los días en el comedor social, sería mejor que nos lleváramos bien, ¿no crees?

- Lo mejor sería que nos ignoráramos, que es lo que pienso hacer yo -  
- le dije.

Bruno para mi sorpresa se llevó una mano hacia el pelo tirándoselo para atrás, parecía nervioso y frustrado, y aquel cambio me descolocó.

- Mira, no sé por qué bebí aquella noche, yo no suelo beber alcohol y no recuerdo tampoco la semana anterior, sé que es una putada...

- ¡Qué sabrás tú! -- le escupí con los puños apretados a mis costados. Todo mi cuerpo se había tensado en cuanto había nombrado aquella noche.

- No tengo hermanos, pero... - volvió a intentar.

- Déjalo -- le dije con una mano en alto.

No soportaba que siguiera hablando. Los recuerdos de aquella noche volvieron a mi mente. La llamada de mi madrastra llorando desesperada, el correr hacia el hospital sin cambiarme de ropa, el olor a antiséptico, su rostro magullado...

Sin mediar una palabra me giré como un resorte y entré al bar a grandes zancadas, no me giré en ningún momento para ver si me había seguido, solo esperaba que me dejara en paz. ¿Qué le perdonara? ¿Cómo iba a hacerlo si hasta mirarle a los ojos me enfurecía? ¡El no debería estar ahí! Pero luego recordé esa mirada perdida, triste... Cuando me había pedido perdón no parecía él mismo y realmente parecía arrepentido. Suspiré. Quizás algún día podría perdonarle... Quizás.

## CAPÍTULO 6.

# Bruno

ooooo

Un nuevo lunes a la vista sin pinta de ser diferente a los demás. Mi oficina estaba en silencio, llevaba toda la mañana intentando cuadrar unas cuentas que no tenían sentido para mí. Había mercancía que no llegaba a su destino o algunas facturas en las que el dinero era desorbitado. La verdad es que nunca me había fijado tanto en las cuentas hasta ese momento. Tampoco había podido centrarme mucho en encontrar una solución, pues en mi mente no dejaban de aparecer los sucesos del sábado por la noche. La rabia con la que me miró Etnia y sus palabras aún hacían mella en mí. Supongo que era la culpa lo que hacía que me afectara tanto, nunca me había importado lo que pensaban de mí y mucho menos una chica, pero con ella era diferente. Después de entrar al bar nuevamente la seguí con la mirada un par de veces, se juntó de nuevo con sus amigos y evitó el contacto visual en todo momento. No tardó en marcharse y aunque me hubiera gustado asegurarme de que llegaba bien a casa, no me moví del lugar. David, que había estado todo el rato conmigo, a excepción de una media hora que se fue a los baños a enrollarse con una tía, no comentó nada de mis miradas furtivas hacía Etnia, y lo agradecí, pues tampoco tenía muy claro por qué no podía evitarlo.

Me froté los ojos, intentando alejar de mi mente aquella noche y volviendo a centrarme en los papeles que inundaban mi mesa. Había estudiado contabilidad en la Universidad, sabía que los resultados que estaba encontrando no eran un simple error, detrás de todo aquello había algo más. Así que había sacado todos los documentos de los últimos años y uno por uno, había decidido mirármelos con detenimiento. En su momento probablemente dejé pasar algo por alto, pero ahora, con aquellos resultados, estaba claro que algo pasaba. Lo único que temía es que mi propio padre tuviera algo que ver. ¿Pero qué ganaba él con perder dinero? ¿O con no hacer llegar la mercancía a tiempo? Lo más lógico es que tuviéramos a alguien dentro que se beneficiara a nuestra costa, pero algo en mi interior me indicaba que aquella no era la respuesta correcta. Por eso, había decidido mirar todos los años anteriores en busca de algo que me orientara.

Llevaba toda la mañana, metido entre papeleo, había encontrado algunas cuentas erróneas en los últimos años, pequeños detalles que a simple vista y como datos sueltos, pasaban desapercibidos, pero aún no conseguía encajar todas las piezas. Cuando me quise dar cuenta ya era hora de salir de la oficina

e ir al comedor social. Tendría que ir rápido si quería llegar a tiempo.

Cuando aparqué en el comedor, llegaba cinco minutos tarde. Me había encontrado un atasco en pleno centro y después a un imbécil demasiado "prudente" que no superaba los treinta kilómetros por hora.

- ¡Llegas cinco minutos tarde! La siguiente vez te reportaré al juez, ¡ahora espabila! -- ese fue el adorable recibimiento de Carmina.

Bufé y busqué con la mirada a Etnia. La encontré en el otro lado del salón, repartiendo comidas mientras me ignoraba deliberadamente. Me quité la chaqueta y me dispuse a hacer mi reparto. El comedor se organizaba siempre de la misma manera, cada uno tenía las mismas mesas a repartir, así congeniábamos con las personas que venían al servicio. En mi caso, eran cuatro mesas. En una de ellas, dos hombres mayores, encorvados, con barbas de varios días y que hablaban poco; claramente eran personas sin techo. En otra, tenía a una mujer con su hija, la niña normalmente llevaba la ropa manchada de chocolate o cualquier otro condimento. En la tercera mesa tenía a una pareja de mediana edad, también parecían sin techos. Y, por último, una familia entera, musulmanes, la mujer siempre llevaba la cabeza tapada con un pañuelo y los dos niños iban con la ropa rota o sucia, el hombre nunca miraba a los ojos, siempre con la cabeza gacha y comiendo su plato como si no hubiera un mañana.

- ¿Me puedes traer más pan? -- me preguntó el niño de la última mesa.

Le sonreí con afecto. Era moreno de piel y parecía tener unos seis años, no me miraba a los ojos, como si temiera que aquello pudiera ofenderme. Su hermano mayor, de unos ocho años, se había quedado mirando a su hermano serio, como si le reprochara pedir más comida.

- Por supuesto, ahora te lo traigo. ¿Tú quieres más? -- le pregunté al hermano.

- No -- contestó seco.

Asentí sin contestar y me dirigí a la cocina. En el interior varias personas se movían de un lado a otro rellorando platos y calentando otros. Me fui a la despensa bajo la ignorancia de los allí congregados. Cuando estaba cogiendo un trozo de pan, una mano fue colocada en mi hombro, deteniéndome. Me giré con el ceño fruncido, y vi al chico que el sábado me había empujado. Inconscientemente apreté el trozo de pan con fuerza.

- No puedes coger nada más -- me soltó.

- Es para un chico de la mesa... - empecé.

- Me da igual para quien sea, cada uno tiene su ración, son las normas.

Miré hacia la despensa, donde dos estantes estaban repletos de pan, la mayoría sería pan duro, todo aquello sobraba, pues las mesas ya habían sido repartidas con su ración.

- Aquí hay pan de sobra para repartir dos veces a cada mesa -- solté.

- Las normas no las dictas tú.

- Estas normas son una mierda -- escupí.

- Diego, ¿algún problema? -- escuché que le llamaba Carmina.

Diego se giró para mirar a nuestra jefa y yo aproveché para esconderme el pan debajo de mi sudadera.

- Ningún problema Carmina -- dije -- Diego solo estaba aclarándome las normas del lugar.

Diego se volteó nuevamente hacia mí con confusión. Le sonreí forzosamente y me giré para salir hacia el comedor, dejándole con la palabra en la boca. Me dirigí sin más miramientos hacia la mesa de los niños. Observé a mi alrededor antes de sacarme el pan de mi escondite y entregárselo al pequeño.

- Esto es un secreto entre tú y yo, ¿me lo guardarás? -- le susurré con confianza.

El pequeño asintió con efusividad y escondió el pan debajo de la mesa con una sonrisa cómplice. Se la devolví y me giré para seguir atendiendo a las otras mesas.

Ya empezábamos a recoger. La mayoría de los usuarios se habían marchado o estaban a punto de hacerlo. Cada camarero se encargaba de dejar recogida su zona, así que en eso estaba cuando el sonido de unos cristales romperse me hizo girarme sobre mí mismo. Etnia se apretaba la mano con un gesto de dolor mientras miraba el destrozo del suelo. Dos platos y dos vasos estaban hechos añicos, pero eso no fue lo que llamo mi atención. De la mano que apretaba varias gotas de sangre se resbalaban. No me lo pensé ni un segundo y me acerqué ella, eludiendo el hecho que probablemente me mandara a la mierda.

- ¿Estás bien? -- le pregunté preocupado.

Me miró con el ceño fruncido, pero ignoré ese gesto y suavemente coloqué mis manos sobre las suyas he hice que apartara la mano que presionaba la herida. El corte era profundo y no dejaba de sangrar. No era médico, pero estaba seguro de que eso necesitaría puntos.

- Deberías ir al hospital -- le comenté.
- ¿No jodas? -- me preguntó sarcástica -- Ahora iré, pero primero tengo que recoger esto.
- De eso nada -- insistí -- Irás ahora mismo, y yo te llevaré -- solté en un impulso.
- No voy a ir a ningún sitio contigo -- me dijo alzando el mentón.
- Y tanto que lo harás -- sonreí con suficiencia.
- Bruno tiene razón -- se escuchó a Carmina justo detrás de nosotros -
- deberías ir al hospital y deja que te lleve.

Etnia hizo una mueca, pero no dijo nada. No me podía creer que lo hubiera conseguido. Salimos del comedor dejando a nuestros compañeros recogiendo lo que quedaba. Etnia seguía apretando la herida con un pañuelo que le había dejado Carmina y temblaba de frío. Hoy se había levantado un día de viento y niebla, por lo que la humedad no ayudaba a entrar en calor. Le abrí la puerta de mi coche como todo un galán y entró como un resorte, olvidándose por completo de su odio, aunque no se dignó a mirarme. Sonreí y cerré la puerta con cuidado.

Cuando entré y enchufé la calefacción, Etnia volvió a tener un escalofrío. Salí del aparcamiento y la observé de reojo. Tenía la nariz y las mejillas sonrosadas y aunque sabía que era por el frío no pude evitar desear haberlo provocado yo. Aquel pensamiento me perturbó y sacudí la cabeza para evitar esos pensamientos. Lo único que quería era que me perdonara y así poder tener la conciencia tranquila. *Solo quiero la conciencia tranquila*, me repetí, intentando convencerme. Quizás ayudándola con lo de su mano, mitigara un poco el peso de la culpa.

Hicimos todo el camino en absoluto silencio. De vez en cuando observaba a mi copiloto que tenía la mirada perdida por la ventanilla, evitando concienzudamente mirarme. Cuando llegamos, aparqué como pude en un concurrido aparcamiento y Etnia se bajó sin esperar a que apagara el motor.

La seguí a trompicones. Se había adelantado varios metros, pero aun así no la perdí de vista. Se dirigió a la recepción y después de saludar como si se conocieran de toda la vida le comentó lo que había pasado. Cuando llegué a su altura, Etnia ya se dirigía a la sala de espera. Le seguí los pasos sin que se girara y observé su figura con detenimiento. Era bajita, pero sus proporciones eran perfectas, tenía las caderas anchas y la cintura estrecha, su culo, que se movía de un lado a otro, era pequeño y respingón.

- No me mires el culo -- soltó de pronto.

Me obligué a alzar la cabeza, para mi sorpresa, Etnia ni siquiera se giró. Dio la vuelta a la esquina y se paró en seco, encarándome.

- A partir de aquí puedo hacerlo sola, ya puedes tener la conciencia tranquila.

Fruncí el ceño. *¡Qué mujer más testaruda!* Pero no sabía que a cabeza dura no me ganaba nadie, me iba a quedar aquí hasta que saliera y después la iba a llevar a casa, quisiera o no.

- ¿A caso piensas ir caminando con el frío que hace? -- le pregunté para que recapacitara.

- No tienes ni idea de donde vivo, estoy a dos calles, no me congelaré a mitad de camino.

- Mientes -- solté.

Etnia se quedó callada sin saber cómo contestar y sonreí con suficiencia. Me había fijado que cuando mentía desviaba la vista a la izquierda evitando el contacto visual durante unos segundos precisos. La había visto hacer lo mismo en algunas ocasiones, cuando eludía a Diego para quedar a la salida del comedor.

- No me cuesta nada llevarte, es lo mínimo que puedo hacer -- seguí argumentando.

- Ese es el problema -- me dijo alzando la mirada para unirlos con la mía -- Que haces todo esto para sentirte mejor contigo mismo, por haber... - se calló -- Da igual, no lo haces porque quieres, lo haces para que tu conciencia este tranquila y si eso es lo que quieres, de acuerdo, te perdono, no tienes nada más que hacer, vete.

Fruncí los labios, sin saber que contestar a eso. Intenté formular algún otro argumento, pero tenía razón, me estaba intentando acercar a ella para compensarla, ¿qué tenía de malo? No lo entendía, pero por alguna extraña razón eso a ella le molestaba todavía más. Etnia se giró para dirigirse hacia la sala de espera, sin que me diera tiempo a rebatir lo que había dicho. Gruñí por lo bajo. Me sentía frustrado. *¡Joder! Podía ponerme las cosas fáciles, bien, si no quiere que le lleve pues que se quede aquí sola.* Di media vuelta para dirigirme a la salida, cansado de que pasara de mí, pero justo antes de llegar a la puerta visualicé el cartel de pediatría. Me frené en seco y recordé la niña de cabello rubio. Sin saber muy bien por qué, me dirigí hacia la habitación en la que había estado hacía unas semanas.

Cuando llegué al lugar entré algo indeciso. La puerta se encontraba abierta y pude ver que no había nadie. Tan solo se escuchaba la respiración de la



pequeña y el pi-pi-pi constante de la máquina que la mantenía con vida. Como la vez anterior, mi estómago se contrajo y algo en mi pecho me hizo sentirme miserable. Me acerqué a la camilla y sin saber muy bien que hacer me quedé durante unos segundos parado observando esa cara tan dulce.

Al final decidí sentarme a su lado. Arrastré la butaca hacia su costado y le cogí la mano con cuidado.

- Tu hermana está a bajo y está decidida a irse sola en un día tan frío como hoy. ¿A qué tú también piensas que está un poco loca? Está empeñada en distanciarse de mí a toda cosa -- suspiré y sonreí -- Cuando despiertes espero que le digas que soy un buen chico, y muy guapo, y que no hace falta estar de morros todo el día. Estoy seguro de que tú tampoco estás de morros, tienes que tener una sonrisa preciosa, espero poder verla algún día.

- ¿Se puede saber qué haces? -- escuché de repente.

Me levanté de la silla de un salto, con el corazón a mil. ¡Joder! Estaba tan sumido en mis pensamientos que no me había percatado de que Etnia había entrado a la habitación. Su mirada era indescriptible, no sabría decir si iba a saltar a morderme o a besarme. Su mirada, profunda, me estaba penetrando, pero no era capaz de apartar mis ojos de los suyos. Ella desvió la vista antes que yo, mirando a su hermana en la camilla y después apretó los puños con fuerza. Ví que tenía una venda en la mano, así que supuse que ya le habían puesto los puntos.

- Yo... - empecé a decir, sin saber muy bien como tenía que seguir -  
¿Cuánto tiempo llevas aquí?

- Lo suficiente -- me dijo sin mirarme.

Se giró en dirección a su hermana y le dio un beso en la frente, evitando deliberadamente mirarme. Decidí que aquel momento ya era demasiado incómodo así que salí de la habitación en silencio, dejando a ambas un momento de intimidad.

Me apoyé en la pared del lado de la puerta y metí las manos en los bolsillos. Observé como el personal del hospital deambulaba de un lado a otro. Por el pasillo pasaron un par de enfermeras con una camilla que transportaba a un niño con una pierna enyesada, le saludé con una sonrisa y él me contestó al instante. Desparecieron dos puertas más adelante.

Minutos después escuché la puerta cerrarse y observé a Etnia que se había quedado parada mirando hacia el suelo. Sus ojos representaban la más pura preocupación y tristeza. Quise abrazarla para consolarla, pero me contuve

antes de cometer semejante locura, probablemente me llevaría una patada en los huevos.

- ¿Vas a aceptar que te llevé a casa? -- pregunté.

- ¿Tengo opción? -- atacó alzando la vista para mirarme.

- No -- sonreí socarrón.

Bufó y rodó los ojos, pero no contestó. Comenzó a andar sin mirar atrás y yo no pude evitar seguir con una sonrisa en el rostro. Lo había conseguido.

Durante el trayecto en coche Etnia se limitó a hablar solo para indicarme el camino hasta su piso. Por lo menos pude jurar que sabría donde vivía, pues cada vez que me indicaba una dirección me miraba a los ojos, estaba diciendo la verdad. Yo intenté no apartar los ojos de la carretera, pero de tanto en tanto, no podía evitar observarla de reojo. Cuando no me daba ninguna indicación, observaba las calles pasar por la ventanilla, con el codo apoyado en la puerta y la mano sosteniendo su cabeza.

- Aquí es -- me dijo despertándome de mis pensamientos.

Habíamos llegado a un edificio de cuatro alturas, no demasiado lejos del centro, quizás diez minutos a pie. En realidad, estábamos a pocas calles el uno del otro, pero no quise decirlo. Cuando paré el motor, Etnia no dudó en abrir la puerta del copiloto y bajar. Estaba seguro de que cerraría la puerta y se marcharía, pero antes de hacerlo, para mi sorpresa se giró.

- Gracias -- murmuró bajito.

Sonreí. Estaba seguro que le había costado parte de su orgullo agradecerme el haberla acercado.

- De nada encanto -- le contesté.

Pero no estaba seguro de que me hubiera escuchado, pues cerró la puerta a toda prisa y se dirigió directamente al portal. Esperé unos segundos a que abriera y entrara, para asegurarme de que no le ocurría nada en el último segundo, y también, para que engañarnos, contemplar unos minutos su trasero. Etnia cerró tras de sí sin echar un último vistazo y yo arranqué con una sonrisa bobalicona en el rostro. No estaba seguro de que la provocaba, pero tampoco quería pensarlo demasiado.

## CAPÍTULO 7.

# Etnia

ooooo

El veinticuatro de diciembre había llegado. Hasta aquel momento no me había fijado en las calles iluminadas. Eran las cinco de la tarde y aunque todavía no era del todo de noche, las luces ya alumbraban las calles. Desde la ventana del salón podía apreciar los renos que habían colgado en las farolas e incluso veía la punta de un árbol de navidad de la calle contigua.

Siempre me habían gustado esas fechas, la alegría de los niños e incluso de los mayores. En casa de mis padres teníamos por costumbre decorar la casa los cuatro juntos, pero aquel año, mi madrastra había optado por solo poner el árbol, y lo había hecho alegando que era lo que a Celia le hubiera gustado, por eso se había esforzado en aparentar que por lo menos, algo seguía igual que siempre.

Aquella noche, mis padres habían decidido celebrarlo igual que todos los años, invitando a mis abuelos paternos y añadiendo a Mara a los comensales de la mesa. Mara nunca comía con su familia, pues no tenía una familia unida, ni tan siquiera había recibido una llamada por ninguno de sus progenitores para felicitarle las fechas. La madre de Mara estaba más preocupada por conseguir el dinero suficiente para comprarse una botella de whisky y su padre había desaparecido hacía un par de años sin dar ninguna explicación, seguramente intentando huir de la vida que tenía, pero había dejado a Mara a su suerte, sin ningún mensaje ni llamada en todos esos años. Mara no solía hablar del tema, y yo, aunque creía que lo mejor era que se desahogara, respetaba su decisión.

- ¿Ya tienes decidido que te vas a poner esta noche? -- me preguntó Mara entrando en el salón.

Me giré hacia ella, despertando de mis pensamientos. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y una bata de color crema con sus zapatillas rosas con una cara de osito.

- Aún no lo he pensado, pero seguramente me ponga el vestido negro de lentejuelas.

- Ese te queda bien, buena elección. ¿Y de zapatos?

- Dejaré que los escojas tú -- le dije con una sonrisa.

- ¡Yuju! -- gritó pegando un saltito.

Me reí y sacudí la cabeza. Sabía que mi contestación le gustaría. En realidad, no había pensado demasiado en mi atuendo. Mara y yo teníamos

pensado salir después de la cena a tomar algo como cada año. Este, en cambio, no nos acompañaría Muño, pues tenía guardia nocturna en el hospital.

- Pues en cuanto me cambie miraré tu zapatero para encontrar el par perfecto -- dijo con entusiasmo.

Dio media vuelta sobre si misma entrando de nuevo a su habitación. Cuando me quedé sola de nuevo, mi mente, sin pretenderlo, volvió a viajar por los lugares más recónditos. En esta ocasión, recordé el día del hospital con Bruno. Desde el primer momento solo había deseado que me dejara en paz, y cuando creía que lo había conseguido, me lo encontré en la habitación de Celia. Al principio tuve ganas de lanzarme a su cuello para arrastrarlo hacia el pasillo, pero entonces escuché la conversación, como hablaba con mi hermana de una manera tan dulce que no parecía él mismo. No pude evitar quedarme un rato escuchando y observando la escena que se presentaba ante mí, y me pregunté, quien era realmente aquel chico. ¿El chico que había bebido y atropellado a una niña inocente? ¿O el chico que se preocupaba y que hablaba de manera tan dulce con Celia?

Después de aquel día le había visto los días siguientes en el comedor. Venía, hacía su trabajo con una sonrisa en los labios hacía los usuarios, me observaba de tanto en tanto y me sonreía de lado, y yo no había podido evitar devolverle la sonrisa en alguna ocasión, pues desde aquel día del hospital le había empezado a ver de manera diferente. Quizás solo era la curiosidad que me había producido conocer sus dos facetas.

- Ya los he encontrado -- dijo Mara volviendo a entrar en el salón.

Mis pensamientos fueron interrumpidos y me giré para mirarla. Llevaba un vestido rojo de tirantes finos y una chaqueta de satén negra colgada de la mano. Dejó la chaqueta en una de las sillas del comedor y me plantó los zapatos blancos delante de mis narices. Eran unos zapatos de tacón medio, con tiras altas que se entrelazaban por encima de mi tobillo.

- Bueno, entraré yo en la ducha a prepararme, que la has monopolizado -- bromeé.

Hizo un puchero por la pulla, pero no contestó, sabía que en parte tenía razón. Me reí de camino al baño y antes de cerrar la puerta escuché:

- Perra -- murmuró Mara con una sonrisa.

- ¡Te he oído! -- grité.

A las ocho de la noche, Mara y yo nos encontrábamos puntuales en la puerta de casa de mis padres. En el interior, se escuchaban los murmullos de las conversaciones. En la calle había el coche de mis abuelos aparcado, por lo

que sabía que ya habían llegado. Hacía un año que no veía a mis abuelos. Ellos vivían en Salamanca y aunque no estaba demasiado lejos, esparcíamos las visitas. Normalmente solíamos vernos un poco más, pero con el accidente de Celia la cosa había cambiado. Ellos solo habían venido dos veces a ver a su nieta, y las otras solo se habían interesado por teléfono. Comprendía que no se acercaran cada semana, al fin y al cabo, ya eran mayores para conducir y a mi abuelo no le gustaba la carretera, lo hacía únicamente para una emergencia.

Mara se acercó al timbre y llamó, despertándome de mis pensamientos, me había quedado plantada dos escalones por debajo de la entrada. Mi amiga se giró y me instó con la mirada a subir los dos peldaños que faltaban. Sabía que estas fechas serían duras para mí, y para toda la familia.

La puerta de la entrada se abrió y Teresa hizo acto de presencia. Llevaba puestas unas mallas y un vestido de lana de colores. Se había vestido para la ocasión, aunque no se había quitado las zapatillas de estar por casa. Nos recibió con una sonrisa y dos besos para ambas, aunque yo sabía que le estaba costando mostrarse alegre. En otras ocasiones Teresa solía vestirse al milímetro, le gustaba sentirse guapa y joven, aunque los años pasaran, como bien decía ella en ocasiones. Pero esta vez, había optado por ponerse las zapatillas de estar por casa y no unos tacones de infarto, señal inequívoca de que algo iba mal.

- Pasar -- nos dijo dándonos paso -- los abuelos están en el comedor con tu padre -- me informó.

Asentí con la cabeza. Se escuchaban las voces en el comedor. Hablaban tranquilamente con la televisión más alta de lo normal de fondo. Entramos a la estancia y los tres se callaron para girarse. Mi abuela fue la primera en levantarse. Era una mujer delgada con el pelo corto y completamente blanco, las arrugas de su cara estaban más pronunciadas en las comisuras de los labios y los ojos, producto de que siempre sonreía. Se acercó a mí y me dio un abrazo cariñoso, mientras me decía lo guapa que estaba. Le di un beso en la mejilla con cariño y sonreí con sinceridad. Aunque nos viéramos poco, siempre les había tenido un cariño especial. Mis abuelos de parte materna se habían desentendido por completo de nosotros al morir mi madre, como si lo único que les hubiera unido a mí hubiera sido eso, desde su marcha, no les había vuelto a ver.

Mi abuelo, se apoyó en su bastón para levantarse y yo me apresuré a acercarme al sofá para que no tuviera que hacerlo. Aun así, consiguió ponerse en pie con una sonrisa y darme dos besos. Le ayudé a sentarse nuevamente y

me giré para dar dos besos a mi padre.

Mara había saludado a todos con dos besos y se había mantenido a una distancia prudencial, dejándonos un poco de intimidad.

- La comida estará hecha en breve, podemos ir sentándonos en la mesa -- propuso mi padre.

- Y dime querida, ¿ya tienes novio? -- me preguntó mi abuela en un susurro confidencial.

Me reí y sacudí la cabeza negativamente. Por una extraña razón, el rostro de Bruno apareció en mi mente e hice una mueca ante ese ataque de mi subconsciente.

- ¿A qué se debe ese gesto? Hay alguna cosa que no me cuentas -- dijo sentándose en su lugar habitual en la mesa.

Me senté a su lado y negué frenéticamente con la cabeza.

- No, te puedo asegurar que no hay nadie abuela -- insistí.

- ¿Y qué me dices de Diego? -- soltó Mara -- Ese chico siempre ha ido detrás de ti.

Me encogí de hombros, indiferente. Mara siempre me había dicho que Diego quería algo conmigo. Sí que era verdad que estaba muy pendiente de mí en el comedor, pero lo achacaba más a un cariño especial que no a un enamoramiento juvenil, como aseguraba Mara. Al fin y al cabo, Diego era un par de años más joven que yo y llevaba más tiempo en el comedor. La mayoría de los voluntarios eran personas mayores, a excepción de Bruno claro, nosotros dos habíamos sido los más jóvenes.

- Diego solo es un amigo Mara.

- ¿Un amigo con derechos? -- insistió mi abuela pícaro.

- Sin derecho -- deseché la idea en el instante en el que me vino a la mente.

Podía ser que por parte de Diego hubiera alguna intención, pero desde luego no por la mía. No era mi tipo.

- Bueno, pues ya llegará alguien con quien puedas tener un revolcón.

- ¡Mamá! -- chilló mi padre escandalizado.

- ¿Qué? Hijo, no pensarás que Etnia es virgen todavía, ¿no?

Enrojecí sin remedio, mientras Mara no había podido aguantarse la risa y se carcajeaba de lo lindo ante el comentario. Mi padre, no sabía dónde meterse. No era un hombre anticuado, así que seguro que se imaginaba que mi virginidad se había esfumado hacía tiempo, pero no creía que fuera una conversación para llevar a cabo.

Teresa apareció en ese momento para salvar la situación. Llevaba una cazuela grande en las manos y la colocó en el centro de la mesa. Se sentó al lado de mi padre y cada uno nos servimos en silencio. En la televisión, el programa navideño de antena 3 anunciaba el siguiente grupo musical que actuaría aquella noche. Una música movida y alegre empezó a escucharse y si de por sí ya había silencio, en ese momento se hizo denso. Teresa dejó caer el tenedor encima de la mesa con un estruendo estridente.

- Perdón, ahora vengo -- dijo con los ojos llorosos.

Se levantó y salió del comedor mientras el cantante empezaba a utilizar su voz. Aquella canción era una de las favoritas de Celia. La solía poner todas las mañanas mientras bailaba encima de la cama. Decía que cuando fuera mayor se casaría con el cantante.

Mi padre tardó unos segundos en reaccionar, pero al final, pidiendo disculpas, se levantó y salió por donde había ido Teresa. Seguramente necesitarían un poco de intimidad. Mi abuela, sin mediar palabra, alargó el brazo hasta alcanzar el mando de la televisión y dio al botón de apagado, sumiéndonos en un silencio sepulcral que solo se rompía por el sonido de nuestras respiraciones.

Suspiré.

- Vamos a seguir cenando, Teresa necesitará un tiempo, pero si no la comida se quedará fría -- propuso mi abuela.

A mí se me había cerrado el estómago, pero aun así intenté comer algo.

Mi padre y Teresa tardaron más de veinte minutos en volver. Nosotros ya habíamos acabado nuestros platos, aunque yo no había comido demasiado. Teresa tenía los ojos rojos de haber llorado y mi padre tenía un rictus más triste que anteriormente.

- Bueno, quizás deberíamos seguir con los postres -- propuso Teresa, intentando parecer más animada.

- Primero tenéis que comer -- dijo mi abuela levantándose -- Sentaos y yo me encargaré de los postres.

- No es necesario -- intentó persuadirla Teresa.

- Y tanto que sí -- insistió mi abuela -- Espero que os comáis todo como buenos chicos o no comeréis el postre -- se giró sobre sus talones y antes de desaparecer me miró y me señaló con el dedo -- Y eso también va por ti, quiero ese plato como los chorros del oro.

Hice una mueca ante la reprimenda. Todavía me quedaba más de la mitad. Mi abuelo se intentaba aguantar la risa mientras arrebañaba la salsa con el

pan. Y Mara acababa su plato en completo silencio, pero con una sonrisa en el rostro. Mi abuela siempre conseguía calmar las aguas. Mis padres se pusieron a comer resignados y yo miré el plato deseando que se vaciara por sí mismo. Evidentemente, no iba a ocurrir.

Minutos después apareció mi abuela con un brazo de gitano relleno de nata y varios platos con sus cucharas. Yo aún seguía peleándome con el plato. Por lo menos había conseguido vaciarlo.

Mis abuelos y Mara empezaron con el postre, mientras mis padres y yo terminábamos de comer. La cena acabó transcurriendo con tranquilidad, con las barrigas a reventar y alguna risa por los comentarios de mi abuela. Teresa había sonreído más veces de las que esperaba y Mara había perdido la rigidez e incomodidad del principio.

Pasadas las once de la noche, Mara y yo nos despedimos de mi familia para irnos a tomar esas copas que tanto deseábamos. Íbamos a ir caminando hasta la zona de ocio, pero mi padre había insistido en pedirnos un taxi para que no nos congeláramos. Aunque al principio me hice la remolona, ahora, dentro del vehículo con la calefacción puesta, se lo agradecía. Fuera hacía menos nueve grados, y aunque no hacía ni un poco de viento, todo mi cuerpo se quedaba petrificado con tan solo pisar la calle.

Llegamos a la zona de ocio. El taxi tuvo que pararnos antes de girar en la bocacalle del lugar que le habíamos indicado, pues la cola de vehículos le impedía pasar. Las personas caminaban en mitad de la carretera, haciendo corrillos de jóvenes con vasos de plástico en la mano y riéndose unos con otros. Pagamos al taxista con el dinero que me había dado mi padre y nos dirigimos al local que tanto nos gustaba. Tuvimos que sortear algunos grupos de borrachos, que se empujaban unos a otros sin ningún control. Cuando por fin conseguimos llegar a la puerta, nos encontramos con una cola de varias personas, y entre ellas, Bruno. Me quedé parada en mitad de la calle cuando reconocí su porte, su espalda y su pelo rubio eran inconfundibles, pero, sobre todo, esos hoyuelos que se le marcaban al sonreír. Mi corazón dio un vuelco y sentí como mi estómago se encogía. No estaba solo. Agarrada de su brazo iba una chica, casi tan alta como él, rubia de pelo largo y liso, con unos tacones de infarto y una minifalda que no dejaba nada a la imaginación, estaba seguro de que se tenía que estar congelando, aunque no parecía importarle, pues se acurrucaba en Bruno con una sonrisa. Y él parecía encantado, hablaba con otra pareja, un chico con el que ya le había visto varias veces y otra chica, del mismo talante que su acompañante.



Mara había seguido caminando sin percatarse de que no la seguía. Cuando estaba a punto de llegar a la cola, se paró en seco a mirar a su alrededor y se giró con el ceño fruncido. Tragué saliva. No quería que montara un escándalo por haber ido hablando sola, así que empecé a caminar en su dirección. No podía apartar la mirada de Bruno y la chica. Bruno le estaba rodeando la cintura y posando su mano más debajo de lo estrictamente necesario. Algo dentro de mí empezó a rugir. ¿Qué me ocurría? Cuando llegué a la altura de Mara esta empezó su ataque verbal.

- ¡Me has dejado hablando sola! -- vociferó más de la cuenta.

Eché un vistazo al cuarteto, que por suerte no se estaba percatando de nada y puse una mano en la boca a Mara para que cerrara el pico, cuando se ponía en plan verborrea, no había quien la parara.

- Bruno está aquí, no montes un escándalo por favor -- le supliqué.

Mara se giró para buscar al susodicho y cuando le localizó le hizo un repaso de arriba abajo, como las anteriores veces que se había cruzado con él.

- ¿Quién es esa tipa? -- preguntó.

- Eso me gustaría saber a mí -- solté.

Mara se giró para mirarme asombrada. Había sonado como una psicópata celosa. No comprendía que me ocurría, pero verle con otra, estaba acabando con mi autocontrol. Algo dentro de mí rugía y me estaba poniendo de muy mal humor. Aquellos sentimientos solo los había sentido una vez, en mi adolescencia, con un chico que me gustaba y que pasaba completamente de mí. Sabía que sentimiento era, y no me gustaba un pelo. ¿Por qué tenía que estar celosa? ¡Si no le soportaba!

Cogí a Mara por el brazo y la insté a caminar hacia la cola. Nos separaban cuatro parejas, así que podíamos ocultarnos de su vista entre los cuerpos de las personas.

- Tú estás celosa -- me susurró mi amiga al oído.

- No tengo porqué -- contesté.

Y era cierto, no tenía por qué estar celosa. No tenía ningún sentido. Y en cambio, ahí seguía ese sentimiento oprimiéndome el pecho y el estómago.

- Pero lo estás -- aseguró Mara, y yo no fui capaz de rebatirlo -- Por cierto, su amigo también está como un tren -- dijo observando a la otra pareja a la distancia.

- A ver si te vas a enamorar -- la chinché.

- Si es por la vista ya lo estoy -- bromeó.

Me reí y sacudí la cabeza. La cola se fue reduciendo hasta que los

susodichos desaparecieron en la oscuridad del local.

## CAPÍTULO 8.

# Bruno

ooooo

La noche no estaba yendo como esperaba. Como cada año, mi padre había organizado una fiesta de noche buena, donde habían asistido los altos rangos de varias empresas de transportes internacionales e incluso algunos políticos. La casa donde me había criado era una casa a las afueras de la capital. Estaba rodada de un gran jardín y custodiada por varios guardaespaldas. En el interior, el hall era la parte más impactante, pues representaba el siglo dieciocho, con dos escaleras a cada lado que subían a la parte superior del edificio. El hall y el comedor eran las estancias principales, donde mi padre solía reunir a los invitados, aunque no era donde solía estar él cuando el lugar estaba tranquilo. Él solía estar en la parte de arriba, justo al final del pasillo, en su despacho, del cual no salía a no ser que tuviera que ir a la empresa.

Aquella noche, la casa había estado más llena que otros años. Cuando David y yo llegamos a mi "hogar" la gente salía por el jardín y los vigilantes que custodiaban la puerta principal parecían no dar abasto para identificar a todos los asistentes.

En el hall la cosa no pintaba mejor. La música de fondo era tranquila, pero el bullicio hacía que me empezara a agobiar en cuanto había pisado el lugar. David miraba a todos lados maravillado. No era la primera vez que venía, pero siempre parecía igual de asombrado. Hice un repaso a la multitud para identificar a mi padre y le encontré con un hombre y una mujer, charlando con una copa en la mano, al lado de la pareja había una chica rubia, enfundada en un mini vestido que no dejaba nada a la imaginación y en unos tacones que ponían a prueba el equilibrio. Me acerqué hacía ellos para indicar a mi padre que ya habíamos llegado, pero no tenía intención de mantener una conversación. En realidad, solo deseaba pasar desapercibido y que las horas hasta que pudiera marcharme pasaran lo más rápido posible. Odiaba tener que aparentar que entre mi padre y yo había una relación estrecha, porque en realidad la poca relación que teníamos era de jefe -- empleado. Y ya era decir mucho.

- Hola hijo -- me saludó mi padre cordialmente al verme llegar.
- Hola padre -- le saludé.
- Os presento a mi hijo, Bruno -- dijo mi padre a las personas que le acompañaban.

- Encantado -- dije tendiéndole la mano al hombre, que me la estrechó con gusto.

Le di dos besos a la mujer y a la chica que les acompañaba. David se había quedado rezagado detrás de nosotros, mi padre ni tan siquiera se molestó en saludarle y mucho menos en presentarle. Por suerte, mi amigo ya estaba acostumbrado a ser ignorado por mi familia. Sabía que a mi padre no le gustaba que David apareciera en las fiestas, y por más motivo me encantaba invitarle. A él no parecía importarle lo que pensara mi padre y se dispuso a coger algún aperitivo de la mesa mientras esperaba a que yo acabara con las formalidades.

- Mi hijo irá después a tomarse una copa con unos amigos, Brenda podría acompañarle -- sugirió mi padre.

En ese instante me tensé. Ya sabía lo que pretendía. Quería engatusarme a la tal Brenda, que tuviera una "buena relación" con la hija de esas personas. A saber, que tratos estaría maquinando en su cabeza.

- Por supuesto, Brenda no conoce a nadie por aquí y estoy seguro que estará encantada de distraerse un poco -- agradeció el hombre.

Brenda me miró y aleteó sus pestañas excesivamente. No me gustaba esto.

Por suerte, durante toda la noche, Brenda estuvo más tiempo con sus padres que conmigo, pero a la hora de irnos de copas se cogió de mi brazo y no me había soltado hasta ahora, en realidad, aún no lo había hecho.

Entramos al bar y nos dirigimos a la barra para pedirnos unas copas. Yo definitivamente necesitaba un *whisky* con hielo y deseaba que con eso fuera suficiente para pasar la noche, no quería emborracharme.

- ¿Quieres algo dulzura? -- le pregunté a Brenda.

- Claro cariño, un Martini con piña -- me contestó acariciándome el brazo.

Si seguía tocándome al final iba a gastarme. Ya podía empezar a sentir el cosquilleo molesto en la piel. Forcé una sonrisa y me giré para pedir al camarero lo que quería mi compañera. David, a diferencia de mí, estaba encantado con su nueva conquista. La chica tenía el mismo estilo que Brenda, alta, delgada y pija a rabiar. Por eso se habían hecho amigas en la fiesta y había acabado aprovechándose del momento para acercarse a David. Eché un vistazo al local mientras el camarero acababa de preparar las bebidas. El local tenía una pista de baile inmensa, sobre el techo colgaban bolas de luces que proporcionaban a la sala un ambiente discotequero de los años setenta. Varias columnas aguantaban los tabiques del edificio, pero no entorpecían a

los bailarines que decidían mover su cuerpo. En los laterales del local se encontraban varias mesas con sillones a su alrededor. En aquel momento, tan solo dos de las diez mesas estaban cogidas. Pensé en proponer ir a sentarnos, pero luego temí que aquello fuera un incentivo para que Brenda se pensara que yo quería enrollarme con ella, así que descarté la idea. Prefería ponerme a bailar, aunque no tenía ni idea, que llevarla a una parte apartada para "sentarnos".

- ¿Quieres bailar? -- me preguntó Brenda en el oído.

Su aliento rozó la mejilla y me hizo cosquillas, aunque no lo demostré. Le sonreí y pegué un trago al *whisky* que me habían preparado dejándolo completamente vacío. Esperaba que con eso fuera suficiente.

Nos acercamos a la pista de baile y cogí su cintura mientras ella subía sus brazos para rodearme el cuello, empecé a moverme con lentitud, al ritmo de la canción mientras Brenda movía sus caderas de manera sensual. No iba a negar que la chica estaba tremenda, sus pechos rozaban mis pectorales y su culo respingón se movía de tal manera que me estaba costando contenerme las ganas de apretárselo. Pero lo que no me gustaba eran sus coqueteos descarados y sobre todo el hecho de que mi padre me la hubiera engatusado. Quizás si no se hubiera metido yo mismo me hubiera acercado para tirármela aquella noche. Al fin y al cabo, un polvo rápido no hace daño a nadie, y yo hacía mucho que no follaba.

Mientras seguía moviéndome al ritmo de la música observé nuevamente la estancia. En los últimos minutos se había llenado más de la cuenta. Miré el rostro de las personas que nos rodeaban hasta que una cabellera larga llamó mi atención. Centré la mirada en la muchacha y me topé con unos ojos verdes que me miraban. Etnia estaba al otro lado de la pista, observándome fijamente mientras apretaba la copa con demasiada fuerza, cuando se dio cuenta de que la había pillado, giró la cabeza con un movimiento brusco y se puso a hablar con el chico que tenía al lado, evitando deliberadamente volver a mirar hacia donde estaba.

- Oye preciosa, ¿quieres ir a sentarte en uno de los reservados? -- le susurré al oído.

Brenda, como era de esperar, aceptó entusiasmada. Y yo, sin pensar demasiado en las consecuencias la cogí de la mano y nos dirigí hacía la mesa de al lado de Etnia. Que ahora estaba sentada con ese chico y su amiga estaba a su lado con otro chico. No vi a mi enfermero por ninguna parte.

En cuanto nos sentamos, Brenda no dudó en poner sus piernas por encima

de las mías y yo mantuve mi brazo rodeándole la cintura. Como si el simple hecho de haberla pedido que nos viniéramos al reservado fuera una clara invitación al manoseo empezó a darme besos por el cuello lentamente. Unas cosquillas me invadieron por sus caricias, pero no le presté la debida atención, pues mis ojos se desviaron a la mesa de Etnia. La volví a pillar mirándome y con cara de pocos amigos, a lo que sonreí orgulloso de mi hazaña. Desde esta distancia podía oler sus celos, sus ojos rabiaban. En realidad, no debería alegrarme tanto que estuviera celosa, ni ella debería estarlo después de haber decidido que me odiaba, pero por alguna extraña razón, la situación me parecía de lo más cómica, por lo que seguí el juego de Brenda acariciándole la pierna descubierta y subiendo mi mano por su pantorrilla lentamente sin dejar de mirar el rostro desencajado de Etnia.

Por un momento creí que se levantaría y me apartaría de Brenda de un empujón. Y en parte, estaba deseando que lo hiciera. Pero, para mi sorpresa, se giró para sonreír al chico que la acompañaba, que llevaba todo el rato intentando llamar su atención, y antes de que pudiera reaccionar, Etnia le plantó un beso en los labios. Por un segundo todo mi cuerpo se puso rígido. Creí que se apartaría, pero el chico la rodeó con sus manos para profundizar el beso, y ella subió las suyas para rodearle el cuello. Me aparté de Brenda más brusco de lo que pretendía. David, que estaba a mi lado frunció el ceño ante mi rostro de cabreo.

- ¿Qué te pasa tío? -- me preguntó.

- Nada, he olvidado algo en el coche, ahora vengo -- solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

- ¡Te acompaño! -- dijo Brenda con ímpetu levantándose del asiento.

- No -- la corté -- vengo en un momento.

Y salí de aquel lugar como alma que lleva al diablo. No soportaba estar más rato mirando como Etnia le metía la lengua hasta la campanilla al subnormal ese.

Cuando salí del local me apoyé en la pared dispuesto a relajarme un poco. ¡Qué narices me ocurría! ¡Debería importarme una mierda con quien se besara! No debería haber empezado con aquel juego, al final se me había vuelto en contra y el que había acabado cabreado era yo.

- Pareces muy bien acompañado esta noche -- escuché que alguien me hablaba a mi izquierda.

Me erguí para encontrarme a Etnia con su chaqueta puesta y cruzada de brazos. Temblaba ligeramente a causa del frío.

- Tú también -- repliqué.

- No te lo voy a negar -- contestó con una sonrisa.

Apreté los puños a mis costados, intentando contener las ganas que tenía de cogerla en volandas y llevármela de allí. Concretamente a mi apartamento, a mi cama, y follármela hasta que perdiera el sentido. ¡Por Dios! ¿Qué me ocurría?

- ¿Qué haces aquí fuera Etnia? ¿Tu compañero no te calienta lo suficiente? -- sonreí.

Su rostro se crispó, pero se mantuvo firme. Alzó el mentón, insolente y me preparé para una reprimenda.

- Ahora mismo no me calienta lo suficiente, pero cuando lleguemos a su piso seguro que sí.

Gruñí para mis adentros. ¡Ni de coña se iba a ir al piso de ese gilipollas! Ella pareció comprender mi mirada furiosa porque sonrió con suficiencia. Me acerqué a ella lentamente, midiendo su reacción. No se movió ni un centímetro y alzó la vista para conectarla con la mía. Cuando estaba a unos centímetros de su rostro pude oler el alcohol que había ingerido. Probablemente estaba soltando todo aquello a causa del alcohol, dudaba que la Etnia que conocía se atreviera a hablarme de aquella manera. Aunque había que admitir que me ponían sus contestaciones.

- ¿De qué conoces a ese tío? -- pregunté al fin, arqueando una ceja.

Si mi intuición era cierta, estaba seguro de que le acababa de conocer aquella noche y que el alcohol estaba hablando por ella. Si era así, de ninguna manera iba a permitir que se marchara con él.

- Le acabo de conocer -- dijo encogiéndose de hombros.

- En ese caso, ni sueñes con irte con él -- solté.

- ¿Perdona? -- dijo sorprendida y subiendo varios tonos su voz.

- Lo que has oído -- insistí -- Estás borracha, no sabes lo que dices, y si te vas con él, mañana te arrepentirás.

- ¡Tú que sabrás! -- me atacó señalándome con el dedo -- No sabes absolutamente nada de mí.

- Sé lo suficiente para saber que no eres de las que se folla al primero que se le pase por delante, no cometas una gilipollez por tus celos.

- ¿Celos? Eres un puto egocéntrico -- gritó -- Y yo me voy a ir con quien me plazca, no eres mi dueño.

¡Dios! Esa mujer estaba acabando con mi paciencia. Justo en ese momento el gilipollas salió del local y miró a ambos lados buscando a Etnia, en cuanto

la vio, se acercó a nosotros y tubo la desfachatez de rodearle la cintura con su asqueroso brazo. Apreté la mandíbula, para contenerme. Mis ojos no podían apartarse de esa mano que estaba a punto de rozar la cadera de Etnia. Estaba a punto de saltar a su yugular, pero Brenda salió justo en ese momento y cuando me vio se acercó pegando saltitos y antes de que pudiera reaccionar me plantó un beso en los labios que fui incapaz de retener. Cuando se apartó vi como Etnia se giraba furiosa seguida por el gilipollas que intentaba seguirle el paso. Me quedé estático viendo cómo se marchaba. Creí que se metería de nuevo en el local, pero para mi sorpresa siguió calle arriba y el gilipollas ya la había alcanzado y la rodeaba por la cintura acompañándola.

Gruñí. Como si fuera un animal. Aquello no podía estar pasando. No iba a dejar que se marchara con ese impresentable. Empecé a caminar, pero Brenda se sujetó a mi brazo. Me había olvidado por completo de ella.

- ¿Volvemos dentro amor? -- me preguntó melosa.

- No -- me solté de manera brusca -- Para empezar, no soy tu amor, y segundo tengo otras cosas mejores que hacer. Entra dentro con tu amiga y dile a David que os lleve a casa.

- ¡Eres un cretino! -- me gritó mientras me alejaba.

Siguió insultándome mientras la gente me miraba alejarme. No me giré. Tenía que alcanzar a Etnia antes de que desapareciera del todo. Cuando giré por donde se había marchado pude ver como Etnia hablaba por teléfono mientras se tapaba una oreja. Intentaba escuchar al interlocutor, pero el gilipollas seguía insistiendo en abrazarla, y los borrachos que había por la calle hacían demasiado ruido. Me acerqué a grandes zancadas hacía ellos y aparté de un empujón a su acompañante.

- ¿Quieres dejar de atosigarla? -- le espeté.

Para mi sorpresa, Etnia no protesto y se alejó de nosotros obviando el hecho de que pudiéramos llegar a las manos. Quien fuera el que la había llamado debía de ser algo importante.

- ¿Qué coño te pasa? ¡Búscate a otra para follar! -- soltó el muy imbécil.

No me lo pensé más veces y estampé mi puño en su rostro. Se tambaleó y chocó contra la pared. Le cogí por la solapa de su camisa de *Lacoste* y acerqué mi rostro al suyo.

- Etnia no es un juguete al que uno se folla sin más -- le solté -- Aléjate de ella si no quieres que te destroce tanto la cara que no te conozca ni tu madre. ¿Queda claro?



El tipo era tan gallina que tan solo acertó a asentir con el rostro. Cuando le solté corrió sin mirar atrás. Etnia le vio pasar con el ceño fruncido, aunque en ningún momento dejó de hablar por teléfono. Parecía agitada, pero contenta. Así que no me preocupé demasiado y esperé a que acabara la llamada.

- Ahora mismo iré para allí -- dijo -- Nos vemos ahora.

Fruncí el ceño y un pequeño retortijón se produjo en mi estómago al imaginarme a un tipo al otro lado del interlocutor y a donde pensaba ir a estas horas. Si tenía intención de ir a follarse a otro lo llevaba claro.

Cuando acabó de hablar me miró, parecía debatirse entre algo.

- ¿Podrías llevarme al hospital? -- soltó para mi sorpresa.

- ¿Al hospital? -- pregunté confundido.

- Mi hermana se ha despertado -- soltó sin poder contener una sonrisa.

Mi corazón se saltó un latido ante la respuesta. Por la perspectiva de que la niña de rostro dulce despertara al fin y sobre todo por la sonrisa que me había dedicado Etnia, porque estaba seguro de que esa sonrisa también había sido dirigida a mí. Para ganarme y que la llevara al hospital. Estaba claro que lo había conseguido y quería que me dedicara más sonrisas como esa.

- Claro, vamos -- le dije.

Tenía el coche a un par de calles. Nos dirigimos hacia allí en silencio. Etnia había vuelto a coger su móvil y parecía enviar un mensaje a alguien, supuse que estaría avisando a su amiga de lo ocurrido.

Cuando llegamos al coche le abrí la puerta para invitarla a entrar, y esta vez, aceptó el gesto volviendo a sonreír nuevamente. Todo mi cuerpo se activó ante eso y mi entrepierna se despertó. Me giré, de manera más brusca de lo necesario. No quería que se diera cuenta del efecto que tenía en mí. ¡Por Dios! Solo era una sonrisa.

## Capítulo 9.

# Etnia

ooooo

Bruno entró al coche caminando deprisa. ¿Qué le ocurría? Me pregunté, confundida. No le presté demasiada atención pues pensar en ver los ojos de mi hermana me tenía acelerada. ¡Al fin había despertado! Solo esperaba que todo estuviera en orden y que no tuviera ninguna secuela, aunque el simple hecho de saber que estaba viva ya era suficiente. Debía ser la magia de la Navidad.

Bruno arrancó el coche y salimos del aparcamiento en silencio. Estaba concentrado en la carretera y yo me entretuve apreciando el perfil de su rostro. Su mandíbula estaba algo tensa, pero perfilada a la perfección con una barba de un par de días bien cuidada. Su nariz aguileña le daba un aspecto masculino, junto a sus grandes brazos que sujetaban el volante con decisión. Todos sus músculos se apreciaban a través de la camisa que se había puesto. Llevaba el pelo algo despeinado, producto de los manoseos que le había hecho su acompañante. Hice una mueca involuntaria ante el recuerdo. Bruno pareció darse cuenta de mi escrutinio y se giró una milésima de segundo para observarme. Nuestras miradas se juntaron y mi corazón dejó de latir por un segundo para después, acelerar su ritmo y que me costara respirar. Sonrió sin apartar la mirada provocando que se formaran un par de hoyuelos en sus mejillas y volvió a posarla en la carretera. ¡Qué calor que tenía de repente! Si volvía a sonreírme así no iba a ser dueña de mis actos. Aún notaba los efectos del alcohol en mi sistema.

Llegamos al hospital sin darme cuenta. Bruno bajó para abrirme la puerta, y esta vez, le dejé hacer. Había empezado a sentir cierto mareo y los efectos del alcohol se me iban pasando con lentitud. Tuve que sujetarme al marco de la puerta para sostenerme en pie y Bruno me sujetó por el brazo para no caer.

- ¿Te encuentras bien? -- me preguntó.

Alcé el rostro y vi preocupación en sus ojos. ¿Realmente era una buena persona? Había empezado a creer que sí. Desde que había despertado no me había dado ningún motivo para creer lo contrario. Asentí con la cabeza y me erguí, volviendo a recobrar la postura. Bruno cerró el coche y nos dirigimos al interior del recinto.

En cuanto entramos, el calor de la calefacción me azotó de golpe, provocándome unas nauseas terribles. ¿O quizás era el hecho de tener a mis padres justo delante? Teresa y mi padre se habían girado justo en el momento en el que entrábamos y mi padre se había quedado de piedra al ver a Bruno

tras de mí. Por un segundo nos quedamos los cuatro parados, esperando a ver quién daba el primer paso. Mi padre estuvo a punto de abalanzarse sobre nosotros, calculé el momento en que su furia se hacía presente cuando las aletas de su nariz empezaron a dilatarse. Por instinto me coloqué delante de Bruno, de la manera más sutil que pude. Teresa actuó con rapidez y agarró a mi padre por el brazo y le susurró unas palabras tranquilizadoras. Miré de reojo a Bruno que no se había movido y miraba a mi padre tranquilamente. No parecía para nada afectado con la situación y yo tenía el corazón a mil por hora y unas ganas terribles de vomitar.

- ¿Qué hace él aquí? -- gruñó mi padre.

Las enfermeras de urgencias se giraron a mirar la escena y Teresa empezó a ponerse algo nerviosa. Bruno se movió a mi derecha para colocarse a mi lado, dejando claro que no necesitaba mi protección.

- He traído a su hija hasta aquí en cuanto ha recibido la llamada -- contestó Bruno.

- ¿Y qué hacías con él? -- replicó mi padre con furia.

- Estábamos en el mismo bar, fue una casualidad -- me excusé, aunque no sabía porque lo hacía. Yo podía ir con quien me diera la gana.

- No le quiero aquí -- soltó mi padre.

- Cariño... -- empezó a hablar Teresa mirando a su alrededor. Varias personas se habían parado a nuestro alrededor curiosas. Yo aún tenía el estómago revuelto y los nervios me impedían preocuparme por el momento de vergüenza que estaba pasando.

- No es el momento para una discusión, el muchacho ha traído a Etnia, dale un voto de confianza -- le susurró Teresa a mi padre.

Mi padre se giró hacia su esposa con el ceño fruncido. Sabía que para Teresa también era difícil confiar en Bruno, pero por lo menos estaba haciendo un pequeño esfuerzo.

- Familia de Celia Blázquez -- dijo una mujer acercándose a nosotros -- Ya pueden pasar a ver a la pequeña.

Mi padre pareció olvidarse de la presencia de Bruno pues dio un giro rápido para seguir a la enfermera seguido por Teresa. Miré a Bruno, incitándole a seguirme, aunque por un momento creí que se quedaría rezagado. Pero cuando le miré, no parecía para nada preocupado por lo que acababa de suceder y no dudó ni un segundo en seguirme.

Al llegar a la habitación pude escuchar la risa de Celia. Mi estómago se contrajo por la alegría y la incertidumbre de verla. Estaba tan ansiosa que por

un segundo me quedé en la puerta, incapaz de dar un paso más. En el interior también estaban mis padres y la enfermera, quien les explicaba algo que no logré comprender.

- Vamos, entra -- me despertó de mis pensamientos Bruno -- Esperaré aquí fuera.

Le sonreí y desperté de mi letargo para entrar en la habitación. La enfermera pasó por mi lado sonriéndome. Mis padres estaban alrededor de la camilla donde mi hermana se encontraba sentada y con una sonrisa de oreja a oreja. Se giró para mirarme y sin esperar un segundo más corrí los pocos metros que me separaban de ella y nos fundimos en un abrazo. Escuché los sollozos de Teresa a mi espalda, pero no me separé de mi hermana. Estaba más delgada, pero su mirada y su sonrisa indicaban que seguía siendo la misma de siempre, una niña jovial y alegre capaz de iluminar una habitación con su sola presencia.

- Te he echado de menos pequeñaja -- le dije revolviéndole el pelo con cariño.

- La enfermera ha dicho que todo parece correcto, aunque tendrá que quedarse en observación unos días -- comentó mi padre a mi espalda.

Me giré para mirarle. Su furia había disminuido y ahora sonreía mirando a su hija. Sonreí en respuesta. El mareo y la borrachera se me habían pasado de golpe en cuanto había visto a mi hermana.

- Vamos a salir a arreglar algunos papeles y ahora venimos -- me dijo Teresa.

Se acercó a dar un beso a Celia y ambos salieron de la habitación. Entonces, me acordé de Bruno. Debía de estar en la puerta esperando.

- Tengo que presentarte a alguien -- le dije a mi hermana -- ahora vengo.

Salí de la habitación y me encontré a Bruno apoyado en la pared con las manos en los bolsillos. Estaba observando el pasillo, por donde mis padres giraban justo en ese momento.

- ¿Quieres pasar? -- le pregunté sorprendiéndole.

- ¿Estás segura? -- me preguntó dudoso.

- Claro -- asentí -- Ella también tiene que conocerte.

Bruno me siguió al interior de la habitación. Celia miraba a su alrededor y posó su mirada en nosotros cuando nos acercamos lo suficiente para llamar su atención. Celia se quedó mirando a Bruno, sin reconocerle. Cosa que evidentemente, era normal. Bruno por unos instantes se quedó en completo

silencio, observando a mi hermana sin saber muy bien que tenía que decir. Aún mantenía sus manos en los bolsillos como si ese gesto le protegiera del mundo.

- Celia, este es Bruno -- les presenté -- un amigo.

- ¿Eres el novio de mi hermana? -- preguntó ella con toda su inocencia.

Bruno se rio, y pareció relajarse. Aunque para mí aquella pregunta me había tensado inexplicablemente. La mente de los niños era muy imaginativa.

- No, aún no -- le dijo guiñándole un ojo.

Fruncí el ceño ante la respuesta, sin saber muy bien que contestar a eso. Bruno había sacado sus manos de los bolsillos y se acercaba a la camilla completamente relajado.

- Tenía muchas ganas de concerte -- le dijo Bruno -- despierta por lo menos. Sobre todo, tenía ganas de ver de qué color eran tus ojos. Y no me han defraudado, son preciosos.

Celia sonrió de oreja a oreja.

- Yo también tenía ganas de conocer al novio de mi hermana, nunca me presenta a ninguno -- soltó mi hermana para mi sorpresa.

Deseé que la tierra me tragara en ese mismo instante. Noté como mis mejillas se teñían de carmín justo en el momento en que Bruno se giró para mirarme con una sonrisa socarrona.

- ¿Tu hermana no ha tenido ningún novio?

- No -- negó mi hermana efusivamente -- ninguno que yo sepa -- se encogió de hombros.

- Eso es fantástico -- añadió Bruno para mejorar el momento.

Para mi suerte. Mis padres entraron justo en ese instante, rompiendo la magia del momento. Bruno se apartó de la camilla como un resorte y yo, aunque me temía lo peor, me alegraba de la interrupción. ¿Hacia donde hubiese ido la conversación si no?

- Celia necesita descansar -- soltó mi padre con demasiada brusquedad.

- Bruno y yo ya nos vamos -- le dije -- mañana volveré a verte -- me dirigí a mi hermana para darle un beso en la frente.

Celia me rodeó con sus brazos y me apretó con fuerza.

- Me gusta tu novio -- me susurró al oído.

Miré de reojo a mi padre, deseando que no hubiera escuchado nada. Por suerte, parecía demasiado ocupado taladrando con la mirada a Bruno. Me separé de mi hermana y me dirigí hacia la salida seguida de Bruno. Cuando

por fin habíamos dejado atrás la tensión de mi padre suspiré aliviada. Mi hermana parecía estar bien y de repente de lo único que tenía ganas era de llegar a casa y dormir hasta el día siguiente.

- Pareces cansada -- me dijo Bruno cuando salíamos del hospital.

- Estoy agotada -- confesé -- Se me acaba de bajar todo el efecto del alcohol y lo único que quiero es dormir.

- En ese caso, vamos ahora mismo hacía su castillo princesa -- sonrió haciendo que un par de hoyuelos se le marcaran en las mejillas.

Le devolví la sonrisa con el corazón en un puño.

¡Tenía que dejar de sonreír de esa manera! Por Dios, o llegaba ya a casa o me abalanzaría sobre él para mordisquearle esos hoyuelos. ¿En qué narices estaba pensando?!

Bruno entró en el coche completamente ajeno a mis pensamientos y yo me senté en el copiloto evitando mirarle en todo momento. Estaba claro que los efectos del alcohol no se me habían quitado del todo, si no, esos pensamientos no tenían ni pies ni cabeza. Sí, definitivamente era el alcohol.

Cuando llegamos a casa me despedí de Bruno con una sonrisa y salí disparada del coche, evitando mirarle más de lo necesario. Necesitaba dormir la mona y hacer desaparecer ese deseo repentino que me había venido.

Al día siguiente, el sonido de la cafetera me despertó. Miré el reloj que tenía en la mesita y comprobé que eran las diez de la mañana. Demasiado pronto para despertarse. El pitido de la cafetera se me estaba metiendo entre los tímpanos y notaba mi cabeza embutida. *Nunca más voy a beber tanto*, me repetí varias veces antes de levantarme a cantarle las cuarenta a Mara.

Cuando llegué a la cocina, con mi pelo revuelto y mi pijama que se me resbalaba y se veía parte de mi culo, Mara estaba mirando la cafetera como si fuese un ente extraño.

- Quieres hacer el favor de parar eso -- le solté -- Lleva diez minutos sonando, tiene que estar el café quemado.

Mara pareció salir de su letargo y sé giró hacía mí sobresaltada. Estaba horrible. Su pelo no estaba mejor que el mío y sus ojeras junto a las legañas me indicaban que tampoco había dormido demasiado.

- ¿A qué hora llegaste anoche? -- le pregunté.

- Hace un par de horas que he llegado.

- ¿Y qué haces despierta? -- le pregunté extrañada.

- Me duele tanto la cabeza que soy incapaz de permanecer tumbada un minuto más -- dijo con la voz pastosa -- Por cierto, vi tu mensaje, ¿cómo

está tu hermana?

- Bien -- le dije alegre -- Parece la misma de siempre, no creo que tarde demasiado en salir del hospital, luego me pasaré a verla.

- Yo iré mañana si aún no ha salido. Hoy no soy capaz de moverme de casa.

- Tranquila -- dije asintiendo.

Me acerqué a la cafetera para prepararme mi primer café mañanero. Noté como Mara aún parecía algo ausente. No sabía si achacarlo a la fiesta que se pegó anoche o había algo más de trasfondo que no me estaba contando. Me preparé mi café y le preparé uno a ella mientras su mirada seguía algo perdida. Cuando le hube puesto las cucharadas de azúcar que siempre se ponía se lo tendí. Quedándome con la taza en el aire, pues su mirada y su cerebro estaban lejos de aquella cocina.

- ¿Se puede saber que te ocurre? -- le pregunté.

Mara volvió en sí para cogerme la taza de las manos y empezar a dar vueltas con la cucharilla, pero sin contestar a mi pregunta.

- ¿Pasó algo anoche que no me hayas contado? -- insistí.

- Nada importante -- se encogió de hombros -- Me quedé con aquel chico mono un rato, nos liamos, pero no llegó a nada más. Se marchó y yo me quedé bailando en la pista. Y luego apareció el gilipollas del amigo de tu amigo y me amargó la noche.

Me quedé un poco trastocada. Por la furia de su voz y por la combinación de palabras. ¿El amigo de mi amigo? Fruncí el ceño, sin saber a quién se refería. Por un instante pensé que el alcohol la había hecho alucinar.

- No me mires así -- me dijo elevando la voz -- El amigo de Bruno, ese engreído de mierda me amargó la noche.

- Para haberte amargado la noche llegaste muy tarde -- le dije con una sonrisa socarrona.

Bufó y dio media vuelta saliendo de la cocina y maldiciendo por lo bajo. Cuando Mara se cabreaba no había manera de que te contara lo ocurrido. Me prometí indagar sobre el asunto más tarde, cuando estuviera más tranquila. O quizás preguntando a Bruno si sabía algo. El recuerdo de sus hoyuelos volvió a mi mente junto a todo el deseo que había sentido por él la noche anterior. Mis partes bajas se calentaron al instante. ¡Y ahora no estaba borracha! Tan solo resacosa. *Dios, tienes que dejar de pensar así de él*, me regañé mientras daba el último sorbo de café. Me prepararía para ir al hospital a visitar a mi hermana y luego iría al comedor social a repartir la comida de Navidad.

Fui caminando hasta el hospital. Aunque hacia frío, quería que me diera el aire y disfrutar de la magia de la Navidad que rodeaba las calles de la ciudad. En la plaza mayor había escenas del Belén a tamaño real, junto a Papá Noel y los elfos que le ayudaban. Estaba tan bien decorado, que te invitaba a adentrarte en las historias que las representaciones te contaban. Pasear por ellas, era volver a tu niñez. Deseaba que mi hermana saliera del hospital antes de que las quitaran, pues cada año habíamos ido a verlas en familia. Esperaba poder hacerlo este también.

Cuando llegué al hospital pasé directamente a la zona de pediatría, desando llegar rápido a la habitación de Celia. Cuando entré, estaba sentada en la cama con una bandeja en las piernas rodeada de pinturas y un folio donde garabateaba. Muño estaba a su lado, hablando con ella.

- Buenos días -- saludé al entrar.

Celia soltó todas las pinturas para extender sus brazos invitándome a abrazarla. No lo dudé y le di un fuerte abrazo y un beso en la frente.

- Buenos días -- me saludó Muño con una sonrisa.

- ¿Cómo se ha despertado hoy mi pequeñaja? -- le pregunté a Muño sin dejar de mirar a mi hermana.

- Si sigue con esta energía estará fuera de aquí antes de año nuevo -- dijo Muño divertido.

- Pues claro -- dijo mi hermana convencida -- Los reyes no sabrán que estoy en el hospital, así que tengo que llegar a casa para que me den los regalos.

- Por supuesto -- aseguré yo -- Para entonces ya estarás en casa, seguro.

Estuvimos un rato con Celia bromeando. Muño me explicó que todo iba estupendamente. Celia, a diferencia de Bruno, se acordaba de todo lo ocurrido, aunque no parecía para nada traumatizada, quizás fuera la fuerza de la infancia. Aun así, el médico había recomendado que la siguiera un psicólogo durante algún tiempo, para asegurarnos de que no hubiera ningún trauma.

- Creo que tienes algo que contarme -- me susurró Muño en un momento dado.

- No sé de qué me hablas -- le dije en el mismo tono, bromeando.

- Tus padres me han contado que viniste con Bruno a ver a tu hermana, ¿desde cuándo sois tan amigos? -- dijo con una sonrisa.

Mi corazón empezó a latir desenfrenado. ¿Ahora qué le contaba yo? Bruno



y yo no éramos amigos. No todavía.

- Sólo me traje hasta aquí. Estaba por ahí cuando recibí la llamada -- me excusé.

- ¿A sí? -- preguntó Muño, con una sonrisa que indicaba que sabía algo más -- Tu hermana asegura que es tu novio, que es muy guapo y que da todo su consentimiento -- dijo como si fuera una gran confidencia.

Noté como mis mejillas se incendiaban. Tenía que tener una conversación con mi hermana, no podía ir diciendo esas cosas por ahí.

- Celia es muy imaginativa -- contesté.

- ¿Y por qué te has puesto como un tomate? -- preguntó a punto de carcajearse.

- ¡No me he puesto como un tomate! -- me defendí inútilmente.

Celia se giró para mirarnos ante mi arrebató, pero nos ignoró al momento, volviendo a dibujar.

- ¿Te gusta? -- siguió su interrogatorio, parecía divertirse.

- No -- solté con demasiada rapidez.

- Ya... - dijo sin crearme un ápice -- Cuando estés segura ya me lo contarás.

Hice un mohín con los labios, enfurruñada. Muño empezó a reírse con ganas ante mi gesto, llamando nuevamente la atención de Celia, que sacudió la cabeza mirándonos confundida y volvió de nuevo a sus quehaceres. Iba a matar a Muño.

## CAPÍTULO 10.

# Bruno

ooooo

La noche anterior había sido una noche rara. Me acababa de levantar. Estaba en la ducha dejando el agua correr por mi cuerpo mientras recordaba todo lo ocurrido hacía tan solo unas horas. La niña por fin se había despertado. Un alivio tremendo había invadido mi cuerpo y mi corazón, dejándome en un estado de relax total, por fin podría dejar de preocuparme sobre el accidente y podría volver a empezar. Pero cuando ese pensamiento me venía a la mente, Etnia se encargaba de aparecer con su sonrisa. Aquella que me había dedicado en las últimas horas, enviando al traste todos mis intentos por volver a mi vida anterior. Sería genial poder simplemente borrar todas aquellas cosas y volver a ser el Bruno de hacía unos meses. Pero eso no iba a ocurrir. Sobre todo, porque todavía me quedaban dos semanas en el comedor social para acabar mi condena, y dentro de dos horas tendría que estar sirviendo la comida de Navidad a esas personas. Y por supuesto, Etnia estaría allí. Recordándome que mi pasado seguía persiguiéndome. Suspiré. Solo tendría que aguantar dos semanas más y volvería a ser el Bruno de siempre.

Salí de la ducha y me enrollé el cuerpo con una toalla. Justo cuando salía del baño el teléfono de casa sonó y me acerqué rápidamente.

- ¿Diga? -- pregunté.

- Hola Bruno, soy Guillermo -- me saludó mi ex compañero de habitación en la Universidad.

Había contactado con él hacía unos días. Las cuentas extrañas que había encontrado en la empresa me tenían la mosca detrás de la oreja y si quería averiguar de qué se trataba tendía que acudir a alguien discreto, que no fuera a contarle el chisme a mi padre a la primera de cambio. Guillermo había sido mi compañero de habitación en Madrid, donde ambos habíamos estudiado, yo contabilidad y él derecho.

- He encontrado algo que quizás no te guste demasiado, deberíamos vernos -- me comentó.

- ¿Qué has encontrado? -- pregunté en tensión.

- No quiero hablar por teléfono. Además, es mejor que lo veas con tus propios ojos.

- Después de comer puedo acercarme a Madrid -- le comenté.

- Tranquilo, estoy en Valladolid. Nos vemos después de comer en la

Taberna del Vino Tinto.

- De acuerdo, nos vemos allí.

Acababa de llegar al comedor social. Había estado todo el camino dándole vueltas a la conversación con Guillermo. ¿Qué narices ocurría en la empresa? ¿Y por qué tenía la sensación de que lo que había olvidado esas últimas semanas antes del accidente, tenían algo que ver?

Me masajeeé el puente de la nariz. Todo aquel embrollo me estaba provocando dolor de cabeza.

Abrí la puerta del comedor, dispuesto a pasar aquel rato lo más rápido posible, solo podía pensar en descubrir la verdad de una vez por todas. En cuanto entré, supe que tener unas horas de tranquilidad iba a ser imposible.

- Toma, tu gorro de Papá Noel, y espabila, que tenemos mucha faena -  
- me abordó Carmina en cuanto crucé el umbral.

Me quedé observando el gorro y a todo el personal. Etnia estaba con su gorro a unas mesas más al fondo y me observaba con una sonrisa. No fui capaz de devolvérsela. Me coloqué el gorro y me dirigí a la cocina a hacer mi faena. No quería relacionarme con ella. Su hermana ya había despertado, quería volver a mi vida de antes. Necesitaba volver a mi vida de antes o iba acabar volviéndome loco.

Durante la primera media hora ignorar a Etnia había sido una tarea bastante sencilla. Había tanto trabajo que no me había cruzado con ella ni una sola vez. Pero ahora, los comensales empezaban a pedir los postres, muchos de ellos se habían levantado para desearse una feliz Navidad e incluso se habían intercambiado las mesas, juntándose varias, formando grupos distintos. Parecía que la Navidad les había unido. El ambiente era relajado y alegre. Me encontraba delante de la barra, esperando a que Carmina me tendiera varias porciones de tarta de arándanos para repartir cuando escuché una bandeja chocar en seco contra la encimera. Me giré y vi a Etnia. Tenía el rostro algo crispado. Se giró para mirarme y frunció el ceño. Aparté la mirada rápidamente justo cuando Carmina me ponía mis porciones. Estaba dispuesto a dar media vuelta cuando una mano me detuvo. Todo mi cuerpo se tensó al notar su piel sobre mi camisa. La zona donde me cogía empezó a hormiguearme de una forma agradable y tuve que respirar un par de veces para poder girarme sin que se notara mi turbación.

- ¿Se puede saber que te ocurre? -- me preguntó de sopetón.

- Nada, tengo faena -- le dije imperturbable.

- Llevas todo el rato ignorándome deliberadamente -- dijo juntando

sus cejas en una mueca divertida.

- No te estoy ignorando, simplemente hago mi trabajo -- solté más brusco de lo que pretendía.

Etnia me miró, como debatiéndose entre sí creerme o no. No esperé a que se decidiera por una cosa o por otra y di media vuelta para atender a mis mesas. Repartí varias porciones y cuando me giré para volver a la barra, choqué con un cuerpo. Tuve que bajar la vista para comprobar que se trataba de Diego, quien se encontraba de brazos cruzados ante mí.

- ¿Vas a apartarte? -- le solté impertinente.

- No -- dijo alzando el mentón -- Hasta que me digas que le has hecho a Etnia.

- ¿Yo? -- pregunté sin comprender -- No le he hecho nada, y ahora apártate de mi camino.

Rodeé a Diego y le di un pequeño empujón para dejar claro que su sola presencia me irritaba. Creí que me dejaría en paz, pero era tan insistente como con Etnia. Empezó a seguirme los pasos.

- Lleva todo el día buscándote con la mirada y cuando te encuentra no deja de fruncir el deño y arrugar los labios, está claro que algo le pasa contigo, y estoy seguro de que tú tienes algo que decir -- berreaba detrás de mí.

- Sí -- me paré en seco y me giré para mirarle -- Tengo que decir que estás celoso porque ella solo quiere ser tu amigo y conmigo quiere un polvo, pues felicidades, pero eso no es de tu incumbencia, al igual que tampoco es tu asunto si nos ocurre algo o no. Así que déjame en paz.

- ¡Ella no quiere ningún polvo contigo! -- soltó con las mejillas encendidas por la rabia.

- ¿Estás seguro? -- le pregunté con una sonrisa socarrona - ¿Quieres apostar?

- ¿Qué vas a apostar? -- escuché la voz de Etnia justo detrás.

Me tensé y la sonrisa se me borró de golpe. Cerré los ojos con fuerza deseando que no hubiera escuchado la conversación. Mi única intención era tocarle las narices a Diego, igual que él estaba haciendo conmigo.

- Quiere apostar si quieres echarle un polvo o no -- soltó el muy bocazas, quise estrangularlo y tuve que contenerme para no hacerlo.

Me giré para encararla y deseé no haberlo hecho. Su rostro reflejó varias emociones, primero la decepción, que me estrujó las entrañas, para después pasar a la rabia y seguido, acercarse a mí y pegarme un bofetón que tenía bien

merecido. Etnia pasó por nuestro lado sin tan siquiera mirar a Diego y salió del comedor. Yo me quedé ahí plantado, sintiendo el golpe en la mejilla. Lo tenía bien merecido. Aunque quizás eso era lo mejor, así Etnia se apartaría de mí y yo podría volver a mi vida de antes. Cuando di la vuelta comprobé que Diego había seguido a Etnia. Desde el ventanal que daba a la calle pude ver como Diego intentaba hablar con Etnia, pero ella estaba tan cabreada conmigo como con él, pues su furia también iba dirigida al muchacho. Me alegré por ello. Por lo menos la jugada no le había salido del todo como tenía planeada.

Cuando el horario de comedor terminó, Etnia salió disparada de la sala sin mirar atrás. En los últimos minutos me había evitado y cuando nuestras miradas se habían cruzado solo había sentido su odio hacía mí. Me gustaría poder alegrarme, pero por alguna extraña razón esa mirada lo único que producía en mí era desazón. *¿Es qué no era capaz de aclararme ni con eso?* Me reprendí mentalmente. Debería estar dando saltos de alegría por ello, y en cambio, una parte de mí deseaba que volviera a sonreírme. Suspiré en cuanto entré en el coche. Me esperaba una tarde movidita, así que lo mejor era que me acercara directamente al bar donde había quedado con Guillermo y comiera allí.

La Taberna del Vino Tinto se encontraba en la zona centro de la ciudad, cerca de la Plaza Mayor. El lugar era una taberna vieja, con algunas restauraciones, aunque el interior estaba decorado como una vieja fábrica, con tubos por el techo y lámparas de hierro. Me senté en una mesa apartada, pues no quería que cuando llegara Guillermo la gente del local escuchara nuestra conversación. El camarero no tardó en venir a atenderme y le pedí su especialidad, carne a la brasa. Aquella taberna era de las mejores en hacer todo tipo de carnes. Hacía mucho tiempo que no venía por allí, la última vez había sido con Guillermo, en una escapada de fin de semana a mi ciudad. Él, era de Salamanca, pero Valladolid siempre le había gustado, aseguraba que se vendría a vivir a mi ciudad, pero al final había encontrado un trabajo estable en la misma capital donde estudiamos, Madrid.

Cuando media hora más tarde vi entrar a Guillermo, le pedí al camarero que nos trajera un par de cañas. Guillermo era tan alto como yo, aunque mucho más delgado, llevaba unas gafas finas y su pelo revuelto. Para mi sorpresa, había venido con su traje de fiscal, aunque llevaba la chaqueta colgada por el brazo. Supuse que su visita a Valladolid también era por negocios.

- ¡Ei colega! -- me saludó en cuanto reparó en mí.

Nos fundimos en un abrazo de camaradas con sonrisas en los labios.

Aunque la situación era algo peliaguda, me alegraba de poder verle. Hacía casi un año que no nos habíamos visto, habíamos hablado alguna que otra vez por teléfono, pero nada importante.

- ¿Cómo te va Guillermo? -- le pregunté.

- Bastante bien, el trabajo va viento en popa y no dejo de trabajar, así que no me puedo quejar -- dijo alegre -- Me enteré de tu accidente, ¿estás mejor?

- Todo lo bien que se puede estar -- le contesté sincero -- Por lo menos estoy vivo.

- Siento no haber podido venir antes, pero estaba de trabajo hasta arriba.

- No te preocupes -- dije sacudiendo la cabeza -- Eso ya es pasado.

- Sí, hablemos del presente, aunque tampoco es muy prometedor -- reveló con una mueca.

- ¿Qué has averiguado? -- le dije perdiendo la sonrisa.

Guillermo empezó a sacar papeles del maletín que traía consigo y a extenderlos por la mesa, algunos de ellos los reconocí, pues eran las evidencias que había encontrado y que le había pasado para que siguiera investigando, el resto eran números, varios de ellos de cuentas que no había visto nunca y en muchas había el nombre de mi padre y del abogado de la empresa.

- He encontrado una cuenta oculta en Suiza -- empezó a explicarme Guillermo -- Esta de aquí -- me tendió un folio.

En él salían varias transacciones a nombre de mi padre, la mayoría se hacían a países del Este, con los que nunca habíamos tratado, o por lo menos no que yo supiera.

- Y luego varias extracciones de dinero realizadas por Eusebio, la mayoría recientes, a una empresa de Méjico -- dijo tendiéndome otro folio.

En él venían los cambios de dinero a una cuenta de una empresa mejicana, me fijé en el nombre de la empresa y entonces recordé a Brenda. Me sonaba de haber escuchado algo relacionado con ese nombre en la conversación que mantenían nuestros padres, pero tampoco podía recordar demasiado, pues no había prestado demasiada atención. ¡Mierda! ¿Qué narices estaba pasando?

- No tenía ni idea de esos movimientos de dinero, ¿hay algún dinero que sea de vuelta? ¿O todo lo enviamos nosotros? -- le pregunté por curiosidad.

Guillermo cogió otro folio, y sin mediar palabra me tendió todos los movimientos que llegaban a la cuenta de Suiza. Abrí los ojos++ desmesuradamente sin comprender nada. Alcé la vista para mirar a Guillermo, que me observaba con atención esperando mi reacción.

- ¿Cómo? -- pregunté sin saber muy bien cómo seguir.

Tragué saliva y volví a mirar el dinero. Millones de euros habían sido pasados desde los países del Este hacia la cuenta de Suiza, había una transacción realizada justo el día anterior, desde la empresa mejicana, no era tan grande como las anteriores, pero eran varios ceros. La empresa de mi padre siempre había sido una de las más grandes de España en transporte internacional, habíamos ganado muchísimo dinero desde siempre. La mansión donde vivía mi padre y el piso donde ahora estaba yo, no se pagaba con el aire, eso estaba claro, pero aquello sobrepasaba cualquier pago que hubiera visto. Nunca se pagaban tantos millones por un transporte. Estaba claro que había algo que no sabía y un palpito me decía que tenía que ver con mi accidente. Fruncí el ceño. ¿Por qué tenía esa sensación sin sentido? Quizás, yo ya sabía todo esto, pero al haberme olvidado de dos semanas... Pero eso no tenía sentido, pues las transacciones de los países del Este eran de mucho más atrás. Esto se me había ocultado desde hacía años. Me froté los ojos. Iba a explotarme la cabeza.

- No quiero pensar mal de tu padre, no le conozco, solo sé lo que tú me contaste en la Universidad, pero por mi experiencia he de decir que semejantes cambios de dinero nunca son buenos -- me dijo Guillermo midiendo sus palabras.

- No sé exactamente de qué es capaz, pero está claro que me ha estado ocultando cosas. ¡Se supone que yo soy el contable! -- dije exaltado.

- Tú padre parece un hombre muy listo, y su abogado también, han sabido ocultar los movimientos -- comentó mi amigo.

- Pero no tan listos como tú -- dije yo con un inicio de sonrisa.

Guillermo sonrió de oreja a oreja. Ambos lo sabíamos, él era el mejor. Se había matriculado con matrícula de honor. Yo, en cambio, había sido más de ir de juerga en juerga, y aunque mis notas habían sido altas, no eran honoríficas.

- Si me necesitas para algo más, sabes que puedes contar conmigo -- me dijo Guillermo.

Asentí con la cabeza. Sabía que si alguien podía ayudarme con esto era él. Lo haría de manera discreta, sin que llegara a oídos de mi padre y, además,

era el mejor en lo suyo. Tenía que averiguar que ocurría. Quizás tendría que hablar con mi padre y todo aquello tuviera una explicación lógica y honorable. Deseaba que fuera así.

Al día siguiente, decidí hacer una visita a David. Me había pasado toda la tarde rumiando sobre lo ocurrido. Había llamado a mi padre para poder vernos, pero su asistente había insistido en que tenía demasiadas reuniones, así que aún no había podido contactar con él y aclarar la situación.

El taller de David se encontraba en un barrio apartado, las familias que vivían allí eran de clase media, trabajadores que intentaban mantener a sus familias dignamente. Cuando llegué, David estaba debajo de un coche. En el taller tan solo había una moto, el resto estaba completamente vacío, sucio y desordenado, pero sin ningún coche que arreglar. No habíamos vuelto a hablar de cómo le iban las cosas, pero por lo que parecía, no habían mejorado.

Carraspeé para llamar su atención. David se deslizó por debajo del vehículo con agilidad y me miró. Al principio fue una mueca y entonces supe que algo había ocurrido y que no estaba de humor, pero en cuanto me reconoció su rostro cambió por una sonrisa y se levantó de un salto.

- ¿Qué haces aquí? -- me preguntó alegre llegando hasta mí.

- He decidido hacerte una visita, hace un par de días que no sé nada de ti -- le saludé chocando su mano.

- He tenido algo de curro -- me dijo.

Miré a mi alrededor, dejando claro que aquello no colaba. ¡Si no había nada que arreglar!

- ¿Qué tal fue la noche de Nochebuena? -- pregunté con una sonrisa socarrona para cambiar de tema.

Creí que me diría que se había tirado a la tía despampanante con la que iba, pero en cambio bufó y gruñó como si se tratara de un perro y dio media vuelta para dirigirse hacia el pequeño lavamanos que había a su derecha, se lavó las manos concienzudamente mientras yo esperaba con el ceño fruncido. ¿Qué narices le ocurría?

- Hubiera sido una noche memorable si no llega a ser por la amiga de tu amante -- soltó con rencor.

- ¿Por quién? -- pregunté sin entender.

- Por Mara, o Mora o como narices se llame. La rubia tetona -- soltó alzando los brazos para enfatizar su mal humor.

- Mara -- aclaré yo - ¿Qué tiene que ver con tu noche?

- Nada -- dijo enfurruñado.



- ¿No me lo vas a contar? -- pregunté alzando una ceja.

- No pasó nada, es una bocazas e inaguantable, nada más -- soltó.

Me crucé de brazos y le miré inquisitivamente. No me iba a explicar nada, cuando se cerraba en banda no había quien lo sacara. Si algún día Etnia volvía a dirigirme la palabra quizás le preguntara si sabía algo. Ya eran dos de sus amigos a los que David no soportaba. Primero Muño, con el que todavía no sabía que había ocurrido y ahora Mara. Sacudí la cabeza.

- Vamos a tomar algo -- dije para volver a cambiar de tema -- Esta tarde ya terminarás el coche.

# CAPÍTULO 11.

# Etnia

ooooo

Hoy, aunque parecía un día como otro cualquiera, el bar estaba más lleno que de costumbre. Laura, Mara y yo no teníamos tiempo ni de cruzar un par de palabras. Las tres nos movíamos de un lado a otro frenéticas. Incluso Manolo había venido a ayudarnos. Parecía que la Navidad hacía a las personas gastar más de lo normal. En el local había varias familias y parejas, algunos incluso se habían saludado con tanta efusividad que estaba segura de que no se veían en mucho tiempo.

- Etnia, ves al almacén a por más vino -- me ordenó Manolo mientras sacaba otra paleta de jamón para cortar -- Esta gente está que se sale -- me susurró al oído para que no escucharan los clientes

Me reí por lo bajo. Manolo parecía contento. Creo que era el día que más gente había visto en el bar y eso le tenía de buen humor. Me dirigí al almacén con demasiada parsimonia, pues, aunque llevaba todo el día ajetreada, a la que tenía un poco de descanso me venía la conversación que escuché entre Bruno y Diego el día anterior. La rabia venía a mí en cuanto lo recordaba. ¡Cómo se atrevía a asegurar que estaba loca por él! ¡Puto engreído! Y Diego no se quedaba a atrás. ¡Quién era él para meterse con quién yo salía o dejaba de salir? ¡Ni que fuéramos pareja! Tenía que cortar esa idea que Diego tenía en mente de raíz, quizás Mara siempre había tenido razón. Diego estaba interesado en mí, pero eso no le daba derecho a inmiscuirse en mi vida. Tenía que dejarle clara la situación.

Entré en el almacén más cabreada de lo que debería, sin darme cuenta tropecé con una caja, y suerte que llevaba las zapatillas puestas, pues el golpe fue tan fuerte que trastabillé varios pasos y a punto estuve de caerme de bruces. Si no llego a llevar las zapatillas seguro que me hubiera roto un dedo por lo menos.

Maldije varias veces mi torpeza y a punto estuve de asestarle una patada a la caja que estaba en medio del pasillo. Pero logré controlarme a tiempo respirando varias veces antes. Encendí la luz y empecé a buscar las botellas de vino. Cogí cuatro y salí del almacén algo más relajada. Aunque no pude evitar mirar de mala manera a la caja que me había hecho tropezar.

Habían pasado varias horas, y las botellas de vino que había ido a buscar estaban a punto de agotarse, pero la tranquilidad parecía que había llegado al local. Varias personas se disponían a pagar a una Mara histérica. Mientras

Laura barría y recogía las mesas que habían quedado libres. Manolo estaba haciendo cuentas del inventario y yo atendía a una última mesa. Suponía que en media hora todos se habrían marchado a casa, pues las conversaciones parecían llegar a su fin, ya que los silencios cada vez eran más prolongados y los niños cada vez estaban más nerviosos.

- Ha sido un día estupendo chicas -- nos dijo Manolo cuando las tres estábamos detrás de la barra -- En cuanto se vaya toda la gente cerraremos, así que tenéis la tarde libre. ¡Buen trabajo!

Mara empezó a dar saltitos y palmadas con efusividad, yo me reí ante la estampa y agradecí a Manolo por el gesto. Nos lo habíamos ganado.

- Esta tarde quiero aprovechar para ir a limpiar un poco en el local -- comentó Mara cuando Manolo se fue al almacén.

- Te acompaño -- dije -- Hay bastante trabajo por hacer.

- Yo también os acompañaría, pero tengo que ir a recoger a mis hermanos a fútbol, que ni en un día de fiesta paran -- dijo Laura con rostro de fastidio.

- No te preocupes, nos apañaremos -- dijo Mara contenta.

Después de ir al piso y hacernos unas pizzas rápidas, Mara se preparó un modelito para su tarde de limpieza. Era una de las pocas veces en que veía a Mara con chándal y deportivas.

Llegamos al local arrastrando cubos de fregonas, recogedores y escobas y pañuelos colgados en los hombros. ¡Vaya pinta que teníamos!

- ¿Estás preparada? -- me preguntó Mara observando el escaparate que aún presentaba polvo y cartón para cubrirlo.

- Yo siempre estoy preparada -- le dije animada -- En un *plis plas* lo tenemos listo.

Después de dos horas limpiando el estropicio que había en aquel lugar, los cristales estaban relucientes y el suelo no tenía manchas. Aun así, las paredes seguían con los churretes de sustancia desconocida y las baldosas del lavabo y el local seguían estando rotas. Aún faltaban muchas cosas por arreglar. Estaba agotada. Mara y yo nos habíamos sentado apoyadas en la pared con los trapos desparramados por el suelo y bebíamos agua para no deshidratarnos. Había sido una tarde larga. Las personas que pasaban por la calle se giraban para mirar el interior del local. No presentábamos un buen aspecto en ese momento, pero nos daba igual. Estábamos tan agotadas que hasta Mara se había sentado con las piernas abiertas, sin esa pose premeditada que solía demostrar.

De repente, escuchamos a alguien llamar a la puerta. Cuando nos giramos

Mara pegó un bote en su sitio al ver a Muño. Sonreí inevitablemente. Detrás de él empezaron a aparecer varios de sus primos, con brochas y botes de pinturas. Uno de ellos, el más alto, traía algunas baldosas y cemento.

- ¿Qué hacéis aquí? -- preguntó Mara realmente sorprendida.

Antes de venir hacía el local había llamado a Muño para avisarle de lo que íbamos a hacer. No tenía ni idea de que se traería a parte de su familia, todos ellos obreros. Muño me había dicho que vendría a ayudarnos, pero desde luego no me esperaba aquello.

- Etnia me dijo que vendrías a limpiar y he pensado en echaros una mano -- le contó Muño abrazándola con cariño.

- Una mano no, varias -- solté yo mirando a todos sus primos que sonreían.

Sus primos se pusieron manos a la obra en un minuto. Muño incluso había aconsejado a su primo pintor sobre el tipo de color que a Mara le gustaría. Ella no tardó en pegar saltos de alegría al ver que había acertado de pleno. Todo el local estaría pintado de color salmón con algunos vinilos de piezas de ropa e hilos en algunas paredes, dejando claro que el local era dedicado a la confección de piezas de vestir.

- Cómo me conoces -- aseguro Mara emocionada -- Me encanta la idea de los vinilos, son perfectos.

- Sabía que te gustarían -- le dijo rodeándola con un brazo y observando a sus primos que se ponían a trabajar.

- Vosotros podéis iros a tomar un café mientras nosotros terminamos esto -- nos dijo el primo que llevaba las baldosas.

No lo dudamos ni un solo segundo. Mara y yo estábamos agotadas, así que después de despedirnos y de que Mara les agradeciera varias veces lo que estaban haciendo salimos a la calle.

- He visto esta mañana a tu hermana Etnia -- me dijo Muño -- Cuando he salido del hospital estaba deseando colgar sus dibujos en su cuarto. Ha dibujado a varios de sus amigos y tendrías que ver uno de sus dibujos -- me dijo con una sonrisa enigmática

- ¿Qué hay en uno de sus dibujos? -- dije yo con una sonrisa al imaginarme a mi hermana.

- Ya lo verás -- me dijo.

- ¡Oye! No seas malo que ahora tengo curiosidad -- me quejé.

- Creo que ella quiere darte una sorpresa, y yo no voy a destrozar la ilusión de una niña, mis labios están sellados -- me dijo haciendo la

cremallera sobre sus labios.

- Serás... - dije enfurruñada.

Muño se echó a reír, sabiendo que así me fastidiaba. Estaba segura que Celia no quería darme ninguna sorpresa, simplemente Muño quería molestarme. Tendría que esperar a ver su dibujo.

- Por cierto, Mara, ¿vas a contarnos que ocurrió la noche que despertó mi hermana? -- pregunté, acordándome de que llevaba días ocultándome algo.

Mara se puso tensa a mi lado y me miró con los ojos entrecerrados, echándome en cara que le preguntara sobre aquello estando Muño delante. Ambas sabíamos que ahora estaba acorralada. Muño no tardó en interesarse en el tema.

- ¿Qué me he perdido? -- preguntó.

- ¡Qué nos hemos perdido! -- enfaticé -- Algo debió de ocurrir con David, el amigo de Bruno, pero no me lo quiere contar.

De repente, para mi sorpresa, Muño también se tensó. Fruncí el ceño y le miré inquisitivamente. Para mi sorpresa, no comentó absolutamente nada, y aquello me aseguró que él también escondía algo. Pero, ¿qué les pasaba a esos dos? Estuve tentada de levantar las manos al cielo a la desesperada. Paré en seco, ante la sorpresa de ambos y me crucé de brazos. Cuando los dos se dieron cuenta que no les seguía se giraron y me miraron.

- No me voy a mover de aquí hasta que no me contéis que está pasando -- solté.

- No pasa nada... - empezó a decir Mara.

- ¡Y una leche! -- vociferé más de la cuenta.

Algunas señoras que pasaban por ahí se me quedaron mirando, pero las ignoré.

- Ahora no me digas, Muño, que a ti tampoco te ocurre nada con ese tal David, porque en cualquier otro momento hubieras insistido a Mara en plan cotilla y en cambio parece que haya pasado un ángel sobre vosotros -- les acusé.

- Con Mara no sé qué habrá pasado... - la miró de reojo -- Pero en mi caso solo fue un malentendido.

- ¿Qué malentendido? -- insistí.

- Digamos que creí que sería de la acera de enfrente y me lancé -- sonrió de manera inocente.

Descrucé los brazos completamente asombrada. ¡Cuando me lo iba a

explicar! Mara le miraba igual de alucinada que yo.

- ¿Le besaste? -- preguntó Mara con la boca abierta.

- Bueno... - empezó a decir rascándose la cabeza en un gesto de incomodidad -- Le acorralé en los ascensores y le manoseé un poco el paquete, aparte de besarle claro.

Abrí tanto la boca que la mandíbula casi se me cae al suelo. ¡Cómo se le ocurría!

- ¿Y el qué hizo? -- preguntó Mara completamente interesada.

- Me apartó de un empujón y me pegó un puñetazo -- dijo encogiéndose de hombros, como si no tuviera ninguna importancia.

Inesperadamente, para sorpresa de todos, Mara empezó a reírse a carcajadas. La gente seguía mirándonos, todos habían escuchado la conversación y empecé a sentirme incómoda. Me acerqué a ellos y les cogí a ambos por el brazo para seguir caminando y evitar así las miradas curiosas de los viandantes. Mara no dejaba de reírse y yo empecé a sonreír conteniéndome la risa. Seguía cabreada. ¡Lo juro! Pero la risa de Mara era tan contagiosa que los tres acabamos riéndonos imaginándonos la escena.

Muño estaba como una cabra. Nunca se había avergonzado de su sexualidad, y solía ir propagándolo allá por donde iba, para que no hubiera malentendidos. Pero esa iniciativa por su parte al final le iba a provocar más de un problema, por ejemplo, el puñetazo que se llevó de parte de David. Sacudí la cabeza aún con una sonrisa en el rostro.

- ¿Y tú Mara? ¿Qué te traes con David? -- preguntó Muño.

Mara perdió la sonrisa de golpe y nos miró a los dos asustada. ¿Qué había ocurrido en mi ausencia? Tragó saliva y Muño y yo esperamos con el corazón en un puño. Cuando parecía que estaba a punto de contestar una voz nos interrumpió.

- ¡Chicos! -- dijo una voz en la lejanía.

Los tres dirigimos nuestra mirada hacía allí para ver a Laura alzando la mano en modo de saludo mientras se ponía de puntillas para que la viéramos entre la gente. La muchedumbre nos rodeaba y ni tan siquiera me había dado cuenta. Laura se acercó a nosotros a grandes zancadas.

- Salvada por la campana -- murmuré cuando Laura llegó a nuestro lado.

Mara parecía realmente aliviada de que hubiera interrumpido aquel momento. Laura, ajena a esa pequeña tensión que se había producido por la incertidumbre de lo que iba a contar nuestra amiga se acercó alegremente a

nosotros y nos repartió un par de besos a cada uno.

- Venía a ayudar con el local, al final he podido escaquearme un minuto -- nos dijo con una sonrisa.

- Tranquila, mis primos están haciendo toda la faena -- dijo Muño amable.

- Oh vaya -- susurró.

Parecía realmente apenada de no poder ayudar. Yo, en cambio, me alegraba enormemente de no tener que limpiar más aquel antro. Los primos de Muño lo iban a dejar reluciente y completamente preparado para empezar a amueblarlo. No había de que preocuparse.

El resto de la tarde la pasamos tomando un café los cuatro en un bar cercano, hasta que los primos de Muño le llamaron que ya se marchaban para casa, aún les quedaban un par de detalles para dejarlo todo listo, así que Mara les había dejado las llaves para que volvieran al día siguiente y les aseguró que en cuanto tuviera ingresos suficientes les pagaría por todo lo que habían hecho.

Al día siguiente me pasé toda la mañana en el hospital. A mi hermana le quedaban las últimas pruebas para poder dejarla marchar a casa. Mis padres estaban frenéticos, mientras que Celia tan solo se dedicaba a jugar y a dibujar entre prueba y prueba. No parecía para nada perturbada con el hecho de estar ingresada, en realidad, estaba muy emocionada, decía que cuando fuera a clase les explicaría a todos sus compañeros su experiencia, ¡era la única que había estado en el hospital! Era fascinante la manera de ver las cosas de los niños.

Aquel día, mientras Celia hacía uno de sus dibujos me acordé de lo que me había comentado Muño.

- Oye princesa, ¿has hecho un dibujo para mí? -- le pregunté.

Celia acabó de garabatear en el folio y levantó la vista lentamente. Durante unos segundos me miró meditando mi pregunta.

- He hecho muchos -- dijo encogiéndose de hombros.

- ¿Y hay alguno que sea especial? -- insistí - ¿Alguno que le hayas enseñado a Muño?

Sus ojos se iluminaron de repente. Y como activada por un resorte se levantó de la camilla y pegó un salto. Corrió hacia la mesita más alejada y abrió el primer cajón. En su interior, pude ver varios folios. Cogió el primero y me lo tendió con una sonrisa de oreja a oreja. Lo giré con un poco de miedo y entonces lo vi. Un muñeco que suponía que sería yo, pues su pelo largo y marrón me lo confirmaba, a su lado, cogiéndose de la mano, otro muñeco más



alto, más cuadrado, con el pelo corto y rubio. También había una casa y un árbol más pequeño que mi cuerpo. Encima de mi cabeza había escrito mi nombre, con unas letras más grandes que otras, todas en mayúscula, y encima del otro muñeco, su nombre, Bruno.

- A mamá le ha encantado el dibujo, aunque papá no ha comentado nada, tenía una cara rara cuando lo ha visto, como cuando llega tarde al trabajo -- comentó de pronto.

Mi cara debió de ser un poema. Por qué por un segundo pareció entristecerse de repente. Me recompuse lo mejor que pude.

- ¿No te gusta? -- me preguntó entre el puchero y el enfado.

- No es eso -- le dije -- Me encanta cariño, dibujas genial.

- ¿Entonces? -- preguntó.

- Sabes que Bruno y yo no somos novios, ¿verdad? -- pregunté con cautela.

- Pero os queréis -- aseguró.

El corazón se me saltó un latido. Lo había dicho con tanta seguridad que no sabía cómo contestarla. ¿Cómo iba a quererle si ni siquiera le conocía realmente? Sacudí la cabeza desechando esos pensamientos.

- No nos conocemos lo suficiente para querernos Celia -- intenté explicarle.

- Pero sois amigos -- insistió.

- Bueno... - empecé, recordando la conversación que había escuchado días atrás -- No sé lo que somos.

Celia me miró con cara rara. Para nada conforme con mi respuesta. ¿Qué iba a contestarle? Bruno y yo llevábamos días sin hablarnos. Nos encontrábamos en el comedor y yo intentaba evitarle a toda costa. Después de lo que había escuchado no me parecía una persona de fiar y Bruno no había intentado acercarse a mí para pedirme disculpas. Me miraba en la lejanía, siguiendo cada paso que hacía, pero sin intentar un contacto. Sabía que le quedaba poco tiempo en el comedor y que después probablemente no nos volviéramos a ver y seguramente, aquello sería lo mejor. A Celia se le olvidaría con el paso del tiempo, y a mí también.

## CAPÍTULO 12.

# Bruno

ooooo

Era el cuarto día que salía del comedor social sin haber hablado con Etnia. Me recliné en el asiento del conductor y suspiré. Ella hacía un par de minutos que se había marchado, yo había esperado lo suficiente para no verla alejarse calle abajo.

Desde el día en que escuchó mi conversación con Diego sus miradas despectivas no se hacían esperar en cuanto nuestros ojos se cruzaban. No podía culparla. Tenía que pensar que era un capullo integral y probablemente no iba mal desencaminada. Lo que no entendía era porqué me importaba tanto. Debería estar pegando saltos de alegría, quedaba una semana para acabar los servicios a la comunidad, y el hecho de que Etnia me odiara era un punto a mi favor si quería volver a mi vida de antes. Entonces, ¿por qué no estaba contento? ¿Por qué tan solo de ver su mirada se me encogía el corazón?

Me froté la cara con las manos. El sonido seco de la puerta del comedor cerrarse me despertó de mis pensamientos. Me giré para la acera de enfrente donde varios sin techo se apelotonaban y empezaban su camino mientras Carmina cerraba la puerta del comedor con llave.

Decidí arrancar, tenía que acercarme al despacho de mi padre, no podía posponer más hablar con él, hoy tendría que atenderme sí o sí.

Mientras conducía por las calles de Valladolid, el rostro de Etnia no se me iba de la cabeza. Tendría que estar pensando en cómo abordar a mi padre, y en cambio, esa chica no se me iba de la cabeza. ¡Estaba hasta las narices! Gruñí justo cuando el semáforo se ponía en rojo y frenaba en seco para no atropellar a los viandantes que ni tan siquiera se habían esperado a que estuviera su semáforo en verde. Quizás lo que tenía que hacer era pedirle disculpas por aquello, solucionar el malentendido, así podría sentirme menos gilipollas. Parecía que con esa muchacha no había manera de no sentirme culpable, por una cosa o por otra siempre acababa cagándola.

El semáforo se puso en verde y arranqué tan rápido que dejé a varios metros al coche de atrás. No tardé en llegar a la gran nave que ocupaba las oficinas donde mi padre trabajaba. La puerta que daba al aparcamiento estaba abierta. Algunos trabajadores se disponían a subir a los camiones, otro estaba en el garaje cargando los palés y otros hombres se subían a sus respectivos coches, no había ninguna mujer en el aparcamiento. Todas las mujeres que trabajaban con mi padre estaban el interior de la nave, como secretarias o

repcionistas.

La nave, un edificio cuadrado de tres pisos abarcaba la mayor parte de la calle. Me dirigí hacia la entrada, donde varios hombres hablaban por teléfono mientras se fumaban un cigarrillo. Les saludé amablemente y ellos alzaron el rostro a modo de saludo, sin pronunciar una sola palabra. Parecía que todas las personas que trabajaban para mi padre tenían que ser serias. Entré en el edificio. La recepción era amplia, pintada de blanco con butacas negras a los lados, algunas plantas daban al hall un aire acogedor, aunque no había nadie por allí, tan solo la recepcionista que ni se inmutó al verme entrar. Era una mujer mayor, de la edad de mi padre, que llevaba allí toda la vida. Siguió tecleando en el ordenador sin alzar la vista y yo pasé de largo encogiéndome de hombros. Sí, definitivamente tenías que ser serio y antipático para trabajar en aquella empresa.

La oficina de mi padre se encontraba en la última planta. Decidí subir por las escaleras, aunque en el ascensor no parecía haber nadie. Así me daría tiempo a pensar con exactitud de qué manera abordar el tema con mi padre. Necesitaba que me contara la verdad, pero si le atacaba de manera directa no lo haría, incluso era probable que tampoco me lo contara por mucho que pensara en cómo hablar del tema. Suspiré. Jaime era un hombre difícil.

Llegué a la última planta, otro hall con el mismo decorado y varias secretarias en sus respectivos escritorios. Me dirigí directamente a la que había al lado del despacho de mi padre. Era la más joven de todas y llevaba tan solo un par de meses con nosotros. Su pelo rubio y sus ojos azules me miraron en cuanto llegué a su altura. Llevaba un vestido ajustado que marcaba sus pechos y dejaba ver el canalillo, si se movía demasiado casi podría verle un pezón. Sacudí la cabeza y alcé la vista para mirarla a la cara. Estaba sonriendo, y yo apreté la mandíbula instintivamente. Se había dado cuenta de mi escrutinio, pero no quería absolutamente nada con ella, así que fui al grano.

- Vengo hablar con mi padre, puedes decirle que estoy aquí -- dije más brusco de lo que pretendía.

- Ahora mismo está reunido, no creo que pueda verte hoy -- se recostó sobre el escritorio dejando a la vista parte del pezón izquierdo -- pero si quieres puedo solucionarte yo cualquier problema.

Tragué saliva al darme cuenta de ese pezón rosado que estaba a punto de saludarme en todo su esplendor. Alcé la vista para mirarla a los ojos. ¡Tenía que mirarla a los ojos! ¡Y tenía que pensar en lo que había venido a hacer!

- No puedes solucionarme nada, tengo algo que hablar con él y solo

con él -- enfaticé lo último para que le quedara clara.

- Pues en ese caso tendrás que esperarte -- dijo volviendo a su postura normal.

Se colocó el vestido tapando sus pechos lo poco que se podían tapar y dirigió su mirada de nuevo al ordenador. Bufé. No iba a perder el tiempo.

Me dirigí directamente hacia el despacho ignorando las advertencias de la secretaria. Cuando llegué a la puerta escuché las voces en el interior. Sí que estaba reunido, pero llevaba varios días pidiendo hablar con él y siempre tenía algo mejor que hacer. ¡Qué casualidad! Parecía que me evitaba deliberadamente y estaba cansado. Aquel día iba a hablar con él quisiera o no.

Abrí la puerta del despacho sin tan siquiera llamar. De repente, los cuatro hombres reunidos se quedaron callados. El silencio impregnó la sala y todos me miraron. Mi padre pasó de un desconcierto a una furia letal en milésimas de segundo. Yo me erguí en mi sitio y cerré la puerta tras de mí, ignorando la mirada de mi padre.

- Señores, siento interrumpir, pero tengo algo muy importante que hablar con Jaime -- dije dirigiéndome a los hombres allí reunidos.

- Estamos en una reunión -- siseó mi padre mirándome fijamente.

Como si no fuera evidente que estaba reunido. No me moví del sitio, su mirada me penetraba como si quisiera hacerme desaparecer por ella.

- Es importante -- insistí.

- Quizás podría quedarse en la reunión, al fin y al cabo, es un importante miembro de la empresa y nunca asiste -- dijo un hombre mayor trajeado -- Ven, siéntate hijo, que hay sitio.

Sonreí triunfante. La mirada de mi padre seguía taladrándome, sabía lo que quería decir incluso sin hablar. Pero con más razón iba a hacer todo lo contrario, así que me dirigí a la silla que quedaba vacía y saludando a los asistentes con un movimiento de cabeza me senté. El silencio volvió a inundar la sala. Unos segundos después, mi padre volvió en sí, carraspeó y siguió la reunión como si yo no estuviera allí.

Durante la siguiente media hora pasé completamente desapercibido. Los asistentes hablaban cuando era su turno y daban su opinión. Mi padre intentaba no mirarme deliberadamente. Yo me recosté en la silla con los brazos cruzados observando la escena que se presentaba ante mí. No conocía a ninguno de aquellos hombres, pero todos ellos parecían conocerme a mí.

Cuando la reunión se acabó. El hombre que me había invitado a sentarme con ellos me estrechó la mano alegrándose de haberme conocido. El resto no

dijo nada y con un asentimiento de cabeza se despidieron dejándonos a mi padre y a mí a solas.

Cuando el último de los asistentes cerró la puerta, mi padre, al fin, se dignó a mirarme. Cuando era niño aquella mirada me atemorizaba y era capaz de salir corriendo hacia mi habitación, pero ahora, con veintiséis años, no tenía ningún efecto en mí.

- ¿A qué se debe ese comportamiento? -- preguntó apretando los dientes.

- Tengo que hablar contigo, y llevas evitándome varios días, no me has dejado otra opción -- contesté.

- ¿Qué no te he dejado opción? ¡Tengo trabajo que hacer! ¡Una empresa que mantener! -- cada vez elevaba más la voz y temía que le escucharan en toda la nave - ¿Crees que estoy para tus idioteces? -- bramó.

- Ni tan siquiera me has escuchado -- dije más tranquilo de lo que me sentía.

- No eres más que un empleado, ¿acaso tengo que escucharte? ¡Eres tú quien tiene que escucharme a mí! Si vuelves a presentarte en esta oficina de esas maneras te echaré de patitas a la calle, ¿me has entendido? -- me amenazó.

- Me parece fantástico, pero primero quiero saber de dónde salen las cuentas de Suiza y todo el dinero enviado a las diferentes empresas -- solté a bocajarro.

Mi padre se quedó mudo durante unos segundos. Estaba claro que no se esperaba aquello. Entrecerró los ojos mirándome con cautela para después cruzarse de brazos y reclinarsse en el asiento.

- ¿Me has estado espiando? -- preguntó con demasiada calma.

- Para nada -- negué con la cabeza para darle más énfasis -- Simplemente aparecieron los documentos entre mis cosas y les eché un vistazo. ¿Por qué no sabía nada?

- No tienes por qué saber todo lo que concierne a esta empresa.

- Soy de Recursos Humanos y también controlo las cuentas...

Jaime alzó la mano para hacerme callar y yo dejé de hablar al instante. Se levantó de la silla poco a poco, como si midiera cada paso que daba. Estaba demasiado tranquilo y aquello estaba empezando a ponerme nervioso. Jaime solía gritar, insultar y menospreciar, pero nunca estaba tan calmado.

- Estás contratado para vigilar a los empleados, para que estén

contentos y no se inmiscuyan en mis asuntos, pero tú tampoco debes hacerlo -- me miró a los ojos -- Los transportes y el dinero que se recibe únicamente lo llevo yo, y así seguirá siendo, ¿lo has entendido? No quiero que sigas metiendo las narices donde no te llaman. Límitate a hacer tu trabajo.

- Pero...

- ¿Lo has entendido? - preguntó alzando la voz.

- Sí -- dije entre dientes.

- Bien, pues ahora sal de mi despacho -- dijo zanjado el tema y dándome la espalda.

Apreté la mandíbula con fuerza, observando su postura. Cada vez tenía más claro que algo me ocultaba, pero no iba a descubrirlo por su boca, así que tendría que hacer mis averiguaciones por mi cuenta. Apreté los puños y di media vuelta, dispuesto a salir del despacho y de la nave lo antes posible.

- Bruno -- me llamó mi padre justo cuando iba a abrir la puerta.

Me giré lentamente, temiendo cual sería lo siguiente que iba a decir, estaba tan tenso que mis movimientos eran similares a los de un robot.

- Ten cuidado con quien te juntas.

- ¿Qué quieres decir? -- pregunté extrañado.

- A veces te puedes llevar sorpresas.

- Jefe, el concejal del Ayuntamiento le espera para la reunión -- interrumpió la secretaria de repente.

Había entrado en el despacho sin que me diera cuenta. Aún miraba a mi padre extrañado por lo que me había dicho. ¿A qué se refería? La secretaria volvió a decir algo, pero no la presté atención. Salí del despacho sigiloso, pasando completamente desapercibido y con la duda en el cuerpo. Mi padre me ocultaba algo y no iba a parar hasta averiguar de qué se trataba.

Había estado revisando nuevamente las cuentas que había en mi despacho y había llamado a Guillermo para contarle la conversación con mi padre y aclarar que íbamos a seguir investigando hasta descubrir que se traían entre manos. En esta ocasión, Guillermo iba a cobrar unos beneficios que yo mismo le pagaría. Me había costado lo mío que aceptara el dinero, pero era una investigación que se merecía sus honorarios, por mucho que lo hiciera por mí.

Estaba sentado en el coche, justo delante de la puerta del comedor mientras observaba a los clientes entrar por la puerta, no había visto aparecer a Etnia, suponía que no tardaría en hacer acto de presencia. Había estado pensando mucho aquella mañana, necesitaba pedirla perdón por lo que había

escuchado, no había sido mi intención comportarme como un capullo. Quizás una amistad con ella tampoco iba a ser algo tan malo.

Me froté la mano por la cara. Estaba cansado de darle tantas vueltas a las cosas.

Inesperadamente su cabellera apareció por el final de la calle. Venía a paso rápido, acurrucándose en su bufanda. Su nariz estaba tan roja como la de Rudolf, y sin pretenderlo una sonrisa surgió en mi rostro. Estaba monísima. Cuando llegó a la altura del coche me miró durante unos segundos, en los que yo no aparté la vista en ningún momento y después desvió la mirada para entrar en el comedor. Suspiré. Aún seguía enfadada e iba a ser complicado que me perdonara, pero tenía que intentarlo.

Entré al comedor. Todos los comensales se iban colocando en sus respectivos sitios. Me dirigí directamente a la cocina para prepararme. En el interior, varios voluntarios ya estaban trajinando entre cazuelas y sartenes. Sonidos de platos y cubiertos colocándose en las bandejas. Pocos hablaban entre sí, tan solo Carmina ordenaba que movimiento tenía que hacer cada uno. Todos parecían completamente sincronizados, entre ellos Etnia. Que colocaba todos los cubiertos en las bandejas. Primero el tenedor, luego los cuchillos... Parecía completamente concentrada y me quedé mirándola durante un rato demasiado largo.

- ¡Espabila! -- escuché que me decía Carmina - ¿En qué narices estabas pensando? Llevo llamándote varias veces.

- Perdón, ya voy -- dije saliendo de mi ensimismamiento.

Etnia ni se había dignado a alzar la vista de su tarea. Me dirigí directamente al almacén para coger las garrafas de agua y rellenarlas. Mientras esperaba a que se acabaran de llenar volví a desviar la vista hacia donde estaba Etnia, pero había desaparecido. Todos los cubiertos estaban colocados en las bandejas, ya había terminado su faena.

Terminé de rellenar las garrafas y me dirigí al comedor para poner una en cada mesa. El lugar estaba tranquilo, mucho más que los anteriores días donde la alegría de Navidad había inundado el lugar. Ahora parecía que la calma de la normalidad volvía a sus vidas. En parte me entristecía ver aquellas caras de resignación, pues en los días navideños habían estado sonrientes y alegres.

- Bruno, coge tus bandejas y empieza a repartir los primeros platos, vamos -- me ordenó Carmina desde la cocina.

Me dirigí hacia allí sin pronunciar palabra e hice mi cometido, mientras de tanto en tanto observaba la sala buscando algún rastro de Etnia.

En la mesa de los dos niños árabes se respiraba más tensión de la habitual, el más pequeño de los hermanos miraba constantemente hacia abajo, como si el fondo de la mesa tuviera algo muy interesante. El padre comía con el rictus serio y por un instante me recordó a mi padre y tuve un mal presentimiento. Me acerqué a la cocina donde Carmina seguía ordenando a los voluntarios.

- Carmina, ¿podemos hablar un momento? -- le pregunté interrumpiendo sus órdenes.

- Ahora mismo estoy muy ocupada, ¿no lo ves? -- me dijo moviéndose de un lado para otro y volviendo a ordenar a otro voluntario que friese más las patatas fritas.

- Es importante -- insistí.

Carmina se giró para mirarme y con un bufido le ordenó a una de las más veteranas que mantuviera el control durante unos minutos. Nos apartamos un poco del gentío para no molestar.

- ¿La familia Daher tiene algún problema de convivencia? -- pregunté sutilmente.

- ¿A qué te refieres? -- me preguntó extrañada.

- Hoy están más tensos de lo normal, el más pequeño ni siquiera levanta la mirada de la mesa y el padre está más serio de lo habitual -- describí.

- Supongo que es cosa de la religión -- dijo encogiéndose de hombros -- No tengo la menor idea, de todas maneras, tampoco nos concierne, eso es cosa de los Servicios Sociales, nosotros solo les damos la comida.

- Pero... - empecé a decir.

- No te involucres con ellos, déjalo estar -- se dio media vuelta zanjando la conversación y de pronto se volvió a girar -- Al fin y al cabo, en unos días ya no volverás por aquí, así que olvídate de ellos y estarás más tranquilo.

Me quedé allí en la cocina mirando como Carmina desaparecía entre la multitud y volvía a dar órdenes a diestro y siniestro como si aquello fuera lo más importante. Suspiré. En parte tenía razón, al final de semana ya no estaría aquí e igualmente tampoco podía hacer nada, no era mi faena, ni tampoco tenía una evidencia clara, solo un presentimiento producto de mi propia infancia. Me giré para volver a mi trabajo cuando vi a Etnia, justo detrás de mí, mirándome de una manera que no conseguí comprender.

- Etnia... - empecé a decir.

Ella pareció salir de su letargo, pues se irguió sobre sí misma e hizo el



amago de sobrepasarme sin tan siquiera saludar. No se lo permití. Le corté el paso haciendo que su cuerpo chocara con el mío. Todo mi cuerpo reaccionó por el contacto y tuve que tragar saliva para no hacer una burrada.

- Tenemos que hablar -- dije.

- No hay nada de qué hablar -- soltó.

- Tú no tienes que decir nada, solo escucharme -- le supliqué -- No era mi intención decir todo aquello, solo quería fastidiar al cap. - me corté justo antes de decir algo de lo que luego me arrepentiría -- a Diego.

- ¿Para qué querías fastidiarle? -- preguntó arrugando la frente.

- No me dirás que no te has dado cuenta de que quiere algo contigo, ¿no? -- pregunté incrédulo.

Por su rostro dejaba claro que efectivamente, no se había dado cuenta.

- ¿Y a ti que más te da si me va a detrás o no? -- preguntó.

- Me da lo mismo, pero no me cae bien y quería tocarle la moral, simplemente, no tenía ninguna intención de ofenderte, lo siento.

- Está bien, te perdono, fin de la conversación, tengo que seguir trabajando -- dijo.

Intentó volver a pasar por mi lado, pero volví a cortarle el paso. No tenía muy claro que su perdón fuese del todo cierto, y no iba a dejar que se marchara sin conseguirlo del todo.

- Entonces, podemos quedar como amigos, no sé, salir a tomar algo después, por ejemplo -- solté.

- ¿Cómo una cita? -- preguntó arrugando nuevamente la frente.

- He dicho como amigos -- dije con una sonrisa socarrona.

Etnia bufó, indignada por mi aclaramiento. Me gustó que preguntara si aquello era una cita, en realidad, podría serlo, quizás algún día, pero estaba seguro que si le soltaba que era una cita se echaría para atrás.

- Está bien, después vamos a tomar algo -- aceptó.

- Genial - dije con más euforia de lo necesario -- Te espero a la salida -- le guiñé un ojo.

Etnia rodó los ojos y pasó por mi lado. En esta ocasión dejé que siguiera su camino con una sonrisa en los labios.

## CAPÍTULO 13.

# Etnia

ooooo

No tenía muy claro que aceptar el ofrecimiento de Bruno hubiera sido una buena idea. Pero haber escuchado lo que hablaba con Carmina me había ablandado sin remedio. Bruno siempre acababa sorprendiéndome.

Seguí con mi trabajo mientras observaba de tanto en tanto como Bruno atendía sus mesas, siempre era atento con los demás y tenía una sonrisa amable en el rostro, sobre todo cuando le tocaban algunos niños. Parecía que le gustaban y tenía especial cuidado en cómo les trataba, de tanto en tanto incluso bromeaba con ellos y conseguía sacarles alguna carcajada. Definitivamente, Bruno me tenía intrigada, por eso había aceptado aquella especie de cita con él. Quería saber más sobre él.

Cuando la gente empezó a marcharse comencé a barrer la estancia junto a mis compañeros. Observé como Bruno se disponía a limpiar las mesas mientras retiraba la suciedad del suelo. Durante varios minutos me quedé observando sus movimientos, sus músculos se reflejaban a través del polo que se había puesto y sus vaqueros mostraban su perfecto trasero a la perfección. Inconscientemente me mordí el labio inferior mientras Bruno me daba una perfecta vista de su espalda, sus calzoncillos Calvin Klein sobresalían del cinturón del pantalón. ¡Por Dios! Estaba buenísimo.

- Etnia, cariño, ¿estás bien? -- me preguntó una compañera.

- Eh -- dije algo aturdida despertándome de mis pensamientos - Sí, estoy bien -- afirmé mientras volvía a mi tarea.

- Estás más roja que un tomate, ¿tienes fiebre? -- la mujer puso una mano sobre mi frente para comprobarlo.

Noté como me ponía aún más roja si era posible y justo en ese momento Bruno se giraba para mirar la escena. No aparté los ojos de los suyos, que por un momento me miraron preocupados, pero después, al darse cuenta de lo que ocurría empezaba a asomar una sonrisa socarrona sobre sus labios.

- Pues no estás caliente -- dijo la mujer extrañada.

*No estés tan segura*, contesté yo mentalmente. Bruno a punto estuvo de soltar una carcajada, pero logró contenerse mientras yo quería que se me tragara la tierra. Aún no sé qué balbuceé para escabullirme de allí lo antes posible.

Cuando llegué a la cocina prácticamente corriendo dejé los utensilios en su lugar y me recosté en la pared. Tenía que empezar a controlarme o aquella

cita iba a acabar de manera muy diferente a como tenía pensado. ¡No podía ocurrir nada entre nosotros! Solo íbamos a ser amigos. *Amigos, sin ningún derecho*, enfatiqué mentalmente. *A ver si así te lo crees, guapa*, volví a pensar sin querer.

- ¿Qué ha sido ese numerito? -- dijo una voz a mi derecha.

Me separé de la pared como un resorte, para observar a Diego que me miraba con el ceño fruncido. ¿Qué narices le ocurría a este ahora?

- No sé de qué me hablas -- contesté extrañada.

- El observar a ese capullo como si fuese un plato de comida y tú no hubieras pegado bocado en semanas -- soltó.

- ¿Cómo? -- dije con la boca abierta.

- ¿Se puede saber por qué has salido corriendo luego? -- siguió preguntando.

- Para empezar, miro a quien quiero -- me defendí -- Aunque no le miraba de esa manera -- quise aclarar rápidamente -- Aun así, no tenemos nada para que te comportes de esta manera.

Diego pareció relajarse un poco, aunque no demasiado. Su ceño seguía fruncido, pero sus hombros habían bajado unos centímetros.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió para dejar paso a Bruno, que, al vernos, se paró en seco y nos miró a ambos con algo de confusión. Por un segundo pensé que diría algo, pero para mi sorpresa se dirigió al otro lado de la cocina, cogió un trapo seco y volvió a salir sin decir ni una palabra. Suspiré de alivio.

- No sé qué te traes con él, pero no me gusta -- dijo Diego.

- No tiene por qué gustarte Diego, soy yo la que decido -- le aclaré.

No quise seguir aquella conversación que no llevaba a ningún sitio, así que salí de la cocina con la cabeza alta. Diego tardó un rato en salir también, parecía que tan solo me había seguido, pues salió sin nada en las manos.

Durante el resto del tiempo evité mirar a Bruno en todo momento, no quería otra discusión con Diego y tampoco que el resto de voluntarios se diera cuenta de las miradas que nos echábamos. No quería que pensarán cosas que no eran.

Cuando todos empezaron a salir, me dispuse a recoger mi chaqueta y mi bufanda. De repente, noté una presencia detrás de mí. El aliento cálido de esa persona rozó mi oreja y parte de mi cuello haciéndome temblar.

- Te espero en el coche, pequeña -- me susurró Bruno.

Me giré con rapidez al escuchar el mote que me había puesto. Así era

como llamaba yo a mi hermana. Bruno se alejó de mí con una sonrisa cautivadora, no era de esas ladeadas que solía poner, aquella era una sonrisa sincera, una que marcaba dos hoyuelos en sus mejillas y le hacía parecer más infantil, más alegre.

Bruno desapareció entre la multitud de voluntarios que se apilaban en la parte trasera de la cocina y yo, con una sonrisa tonta en el rostro, me puse la cazadora y la bufanda y me dispuse a salir del comedor. Sería mejor que la mayoría no nos vieran, no quería suscitar comentarios.

El frío me calaba hasta los huesos. Había visto salir a casi todos los voluntarios, pero no había ni rastro de Bruno. Llevaba más de diez minutos parada al lado de su coche, acurrucándome en mi misma y moviéndome de un lado a otro para entrar en calor, si no hacía acto de presencia en un minuto pensaba marcharme de allí.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, vi como Bruno abría la puerta del comedor, seguido de Carmina que le decía algunas cosas que no logré escuchar, se despidieron con la mano y Bruno se giró hacia mí. Cuando sus ojos conectaron con los míos pude notar cierto alivio, ¿pensaba que iba a marcharme? Una sonrisa brotó de sus labios a medida que se acercaba. El temblor de mi cuerpo se hizo más notorio y ya no sabía si era por el frío o por los nervios.

- Siento el retraso, Carmina quería que firmara unos papeles por lo del servicio comunitario -- me explicó con una sonrisa.

- No pasa nada -- dije devolviéndole la sonrisa.

El clic del coche me despertó de mis pensamientos. Bruno rodeó el vehículo hasta llegar a mi puerta y abrírmela. Por un segundo me le quedé mirando. Estábamos demasiado cerca. Su rostro a pocos centímetros del mío. Mi corazón empezó a latir deprisa y de repente había dejado de tener frío. Desvié la mirada como pude y me metí en el coche a toda prisa. Si la tensión que había entre ambos iba a ser toda la tarde igual no sabía si lograría controlarme. Suspiré aliviada cuando cerró la puerta y observé como volvía a rodear el coche para meterse en el interior. No dijo nada. Parecía algo tenso. Observé su perfil mientras arrancaba el motor y salíamos del aparcamiento.

- ¿A dónde vamos? -- le pregunté curiosa, pero sobre todo para romper el silencio que se había producido.

- Es una sorpresa -- me dijo volviendo a sonreír.

Durante el trayecto observé las calles y los edificios pasar. Las personas caminaban a paso ligero, algunas con el teléfono móvil y otras ajustándose los

abrigos. Quería deducir a donde íbamos, pero no lo estaba consiguiendo. Bruno había puesto la radio bajita, la música se escuchaba de fondo como si de una balada se tratara. Cuando pasamos la Plaza Poniente y seguimos recto por el Paseo Isabel la Católica me di cuenta de que Bruno empezaba a reducir la marcha, unos metros más adelante, indicó con el intermitente que quería girar a nuestra izquierda, dejándome claro al lugar al que íbamos, el Parque de las Moreras. Giramos hacia esa calle y aparcamos al poco rato.

- Ya hemos llegado -- me dijo como si aquello no fuera obvio.

Observé a mi alrededor, había algunos coches aparcados, pero tan solo un par de personas caminaban por el paseo. Desde donde estábamos aún no podía ver el Río Pisuegra, pero sabía que estaba allí a unos metros de distancia.

- Vamos, que me muero de hambre -- dijo abriendo la puerta.

Hice lo mismo, sin esperar a que rodeara el coche para abrírmela como un buen caballero. Para mi sorpresa, se dirigió a la parte trasera del vehículo y abrió el maletero. Me quedé en mi sitio, esperando a ver que sacaba de allí y me sorprendió al ver un par de mantas y una bolsa.

- Lo tenías todo planeado, ¿no? -- le pregunté curiosa.

- Más o menos -- me contestó enigmático.

- ¿Y cómo sabías que aceptaría venir contigo?

- No lo sabía -- contestó encogiéndose de hombros -- Pero tenía que arriesgarme.

Sonreí y él hizo lo mismo. Después de cerrar el coche seguí los pasos de Bruno aún intrigada sobre el sitio al que me llevaría. Bajamos por la rampa hacia el Río Pisuegra y una vez tocamos la arena, Bruno empezó a colocar las cosas que había traído. Me quedé observando como colocaba una de las mantas en el suelo y como empezaba a sacar cosas de la bolsa, había un par de sándwiches envueltos en papel de aluminio, dos latas de Coca-Cola y un par de bolsas de patatas fritas.

- Ya puede sentarse en la mesa presidencial, madame -- dijo Bruno con tono reverencial.

No pude evitar reírme y sacudir la cabeza divertida. Definitivamente, parecía tenerlo todo pensado.

- ¿Qué hubieras hecho con todo esto si me hubiese negado a venir? -- le pregunté curiosa.

- Me lo hubiese comido yo solo.

- ¡Pero si aquí hay un montón! -- exclamé observando todo lo que rodeaba la manta del picnic.

Por un momento Bruno no contestó, se acercó nuevamente a la bolsa y sacó otra manta, con ella me envolvió por detrás, y yo, que ni tan si quiera me había dado cuenta de que había empezado a temblar me acurruqué en ella agradeciendo el calorcito y el tacto suave de esta.

- Dicen que las penas se curan comiendo, así que supongo que hubiera acabado con todo -- dijo encogiéndose de hombros.

- Dudo que si me hubiera negado hubiera supuesto una gran pena para ti -- le dije sincera.

Por un segundo se me quedó mirando sin contestar, como si meditara mis palabras seriamente. Sus ojos parecían adueñarse de mi alma y dejé de respirar sin pretenderlo.

- Lo siento de verdad sobre lo del otro día, y también sobre lo de tu hermana, por todo -- dijo en un susurro.

Suspiré. Hacía tiempo que le había perdonado por lo de mi hermana, quizás, incluso, le había perdonado demasiado rápido, por eso me había dolido tanto lo que escuché hablar con Diego, pero eso no se lo iba a decir.

- Estás perdonado -- le dije sincera.

- ¿Por todo? -- me preguntó curioso y con algo de temor.

- Por todo -- asentí.

Una sonrisa radiante se formó en su rostro, marcando ese hoyuelo que tan loca me volvía, contuve el aliento y desvié la mirada, si volvía a sonreír así no sería dueña de mis actos.

Bruno sacó la comida una por una y me tendió el sándwich. Comimos en silencio. He decir, que, aunque fuera un simple sándwich, estaba buenísimo, o quizás era la compañía, la cuestión es que aquel picnic me estaba sabiendo a gloria. El río estaba tranquilo y había poco tráfico por la ciudad, por lo que tan solo se escuchaba el viento aullar y como uno de los barcos anclados se mecía por la corriente.

De repente, mi móvil empezó a sonar. Lo busqué entre el bolso y me sorprendí al ver quien llamaba, pues se trataba del hospital. Mi corazón empezó a latir muy deprisa y lo descolgué con algo de miedo, rezando en mi interior que no le hubiera pasado nada a mi hermana.

- ¿Diga? -- pregunté con cautela.

Podía notar la mirada de Bruno interrogativa a mi lado.

- ¿Hablo con Etnia? -- preguntó una voz que no conocía al otro lado.

- Sí, soy yo.

- Se trata de Celia, hemos intentando localizar a sus padres, pero no

hay manera, era para que vinierais a firmar el alta médica.

Suspiré aliviada. De fondo, podía escuchar la voz de mi hermana, aunque no entendía que decía.

- De acuerdo, ahora mismo iré.

- Vale, no tarde mucho, su hermana está empeñada en quedarse a jugar con su nueva compañera de cuarto, pero tenemos a otro paciente esperando por su camilla, estamos algo desbordados.

- No se preocupe, estaré allí en diez minutos.

Aún podía escuchar la voz de mi hermana al fondo antes de la doctora colgara. Parecía bastante alegre, seguro que estaba intentando que su nueva compañera jugara con ella. Desde que se había despertado parecía que su energía era inagotable, siempre había sido una niña muy movida, pero aquello rozaba la locura. Seguro que estaba recuperando todo el tiempo perdido.

- ¿Quién era? -- me preguntó Bruno despertándome de mis pensamientos.

- Era el hospital, alguien tiene que firmar el alta de mi hermana ahora mismo, y no consiguen localizar a mis padres. ¿Puedes llevarme? Lo siento, por esto -- dije mirando toda la comida que aún faltaba por comer.

- No te preocupes, me lo comeré yo esta noche -- me dijo riéndose -- Vamos a buscar a tu hermana.

Asentí agradecida y nos pusimos a recoger deprisa. Mientras íbamos hacia el coche intenté localizar a mis padres, pero como la doctora había dicho, no había manera. El teléfono de mi padre me llevaba directamente al contestador y el de mi madrastra sonaba incansablemente. ¿Dónde narices se habrían metido?

Llegamos al hospital diez minutos después. Bruno se había aparcado de mala manera, pues el aparcamiento estaba a reventar. Le había dicho que no hacía falta que entrara conmigo, pero había insistido en que quería hacerlo sin preocuparse de su propio vehículo. Yo esperaba que cuando saliéramos aún siguiera en el mismo sitio.

Me acerqué a la recepcionista que tecleaba frenéticamente en el ordenador mientras sujetaba el teléfono con su hombro y parte del rostro. Tuve que esperar un par de minutos a que terminara la conversación.

- Venía a firmar el alta de Celia y llevármela para casa.

- A sí, ahora mismo llamo a la doctora.

La chica volvió a teclear algo en el teléfono y al poco rato le estaba indicando a la doctora nuestra llegada.

Bruno se encontraba justo detrás de mí, con las manos metidas en los bolsillos y una pose relajada. Parecía que aquel era su ámbito, no estaba para nada incómodo, y si lo estaba, lo sabía disimular muy bien.

- ¡Etnia! -- escuché una voz cantarina al final del pasillo.

Al fondo, Celia, empezó a correr mientras gritaba mi nombre. La doctora, una mujer con el pelo blanco y un tanto regordeta, intentaba seguirla el ritmo. Me agaché justo en el momento en que Celia impactaba contra mi cuerpo rodeando mi cuello con sus pequeños brazos.

- Hola pequeñaja -- la saludé alegre.

La doctora llegó a nuestra altura jadeante y durante un segundo miró a Celia reprobatoriamente, para luego quitar ese gesto e indicarle a la recepcionista que sacara el alta para que pudiera firmarla. Estaba segura de que quería quitarse al bicho de mi hermana de encima lo antes posible. Lo firme ante la atenta mirada de Bruno, que se había quedado detrás de mí. Le tendí el acta a la doctora y los tres salimos del hospital sonrientes.

- ¿Ya sois novios? -- soltó mi hermana en cuanto salimos.

Bruno se rio entre dientes y me miró de reojo. Yo me había tensado sin pretenderlo, por suerte, Celia, que estaba todavía entre mis brazos, no lo había notado, ya que miraba a Bruno interesada por la respuesta.

- No, aún no -- contestó él y me guiñó un ojo justo después.

Tragué saliva y sonreí muy a mi pesar. En ese momento, mi móvil empezó a sonar, así que dejé a Celia en el suelo, quién no dudó en acercarse a Bruno y cogerle de la mano mientras parloteaba sin cesar. Cuando encontré el teléfono me di cuenta de que se trataba de mis padres y suspiré aliviada. Mi padre se había quedado sin batería en el móvil, y como es un desastre, se había olvidado el cargador en la oficina, y mi madrastra había ido de compras aquella tarde para comprarle algún regalo de bienvenida a Celia, y con el ajetreo no había escuchado el móvil, por lo que ahora, que ambos habían llegado a casa, se habían dado cuenta del montón de llamadas que tenían. Después de asegurarles que les acercaría a Celia, colgué y los tres nos subimos al coche de Bruno. Durante un segundo dudé si realmente era una buena idea que nos llevara, pues si mi padre le veía en la puerta de casa posiblemente se cabrearía, aun así, no me quedaba más remedio, no tenía intención de ir caminando con Celia por toda la ciudad.

Cuando llegamos a casa de mis padres, Bruno aparcó un par de coches de distancia de la puerta. Celia había estado todo el camino explicándonos como había sido su estancia en el hospital y lo vergonzosa que era su nueva



compañera de habitación. Estaba algo decepcionada por lo haber conseguido jugar con ella.

- Bueno, gracias por traernos, y por todo el día de hoy -- le dije a Bruno con una sonrisa sincera.

- No tienes que darme las gracias -- aseguró.

Escuché como Celia se quitaba el cinturón y yo hice lo mismo.

- Sal por la puerta de la derecha -- le indiqué a mi hermana cuando vi su intención de salir del vehículo.

Ella asintió y se dirigió directa a la puerta despidiéndose de Bruno con la mano y cerrando con un portazo después. Observé por la ventanilla como se dirigía directa a la puerta de casa y me volví a girar para mirar a Bruno. Nos habíamos vuelto a quedar solos. La tensión se hizo presente al instante. Bruno había dejado de sonreír y en su mirada pude ver claramente una única cosa, deseo. Sus ojos, que hasta ahora habían mirado mis ojos, ahora observaban mis labios con anhelo. Observé sus labios por instinto. No sé en qué momento nos habíamos empezado a acercar, o quizás era él quien se había movido, pero cuando me quise dar cuenta, podía notar claramente su aliento rozar mis labios. Un cosquilleo me atravesó la espina dorsal y entreabrí los labios para coger una bocanada de aire. No me moví. Bruno rozó sus labios, o quizás me lo imaginé, pues cuando sus labios se posaron sobre mí, lo hicieron en la comisura de mis labios.

- Hasta mañana pequeña -- me dijo al separarse de mí.

- Hasta mañana -- murmuré cuando fui capaz de reaccionar.

Salí del coche sin mirar atrás. Todavía con el corazón en la boca. Estaba segura de que me iba a besar, ¡lo había deseado! Pero en el último momento se había arrepentido. Gruñí. ¡No debería de importarme! Era lo mejor.

## CAPÍTULO 14.

# Bruno

ooooo

Había pasado todo el fin de semana desde la cita con Etnia y no había podido quitarme de la cabeza el suave roce de sus labios sobre los míos. Había sido un segundo de debilidad, de delirio, aún no sé ni como fui capaz de reaccionar. Tuve que hacer acopio de toda mi voluntad para no devorarla dentro del coche. Pero aquello había sido lo mejor, un beso con ella complicaría las cosas, nosotros estábamos bien así, como amigos. Aunque estaba claro que mi deseo por ella iba en aumento cada día, besarla solo complicaría las cosas.

Acababa de recibir una llamada de David, estaba aburrido en casa de su viejo, porque sí, aún vivía con su padre, para controlar que no acababa con todo el mini bar del piso. Aquel día habían cerrado el taller y necesitaba una distracción, y yo también. Así que agradecí la llamada y le invité a tomar unas cervezas en mi apartamento.

El timbre sonó al poco rato. Cuando llegué a la puerta abrí sin tan siquiera mirar por la mirilla. Para mi sorpresa, no se trataba de David, si no mi padre. Fruncí el ceño y mi progenitor entró sin tan siquiera pedir permiso, mucho menos saludar. Sus dos gorilas le siguieron.

- ¿Qué haces aquí? -- pregunté más brusco de lo que pretendía.
- Venía a invitarte a una fiesta -- dijo Jaime mirando a su alrededor.
- ¿Invitarme? -- dije con incredulidad.
- Bueno, evidentemente, estás obligado a ir. Puedes traer a algún acompañante, pero por favor, que no sea ese amiguito tuyo otra vez -- dijo con una mueca.
- ¿Qué tiene de malo David? -- pregunté conteniendo la rabia.
- Es demasiado vulgar para estar en una de mis fiestas, trae mejor a una de tus putitas.
- No tengo ninguna putita -- repliqué. *Eso se te da mejor a ti*, pensé, aunque no fui capaz de decirlo en voz alta.
- Bueno, trae a quien te dé la gana, la fiesta es el sábado que viene, a las ocho, ven puntual.

Sin esperar a que replicara empezó a caminar directo hacia la puerta. En cuanto abrió, estuvo a punto de chocar con el cuerpo de David, quien tenía la mano alzada hacia el timbre para llamar. Se quedó estático cuando vio a mi padre, y se apartó para dejarle pasar, saludándolo con una sonrisa que yo noté

demasiado tensa, mi padre ni tan siquiera le dedicó una mirada. Cuando Jaime y sus secuaces hubieron desaparecido, David entró al apartamento y cerró con cuidado.

- ¿Qué querían? -- preguntó con curiosidad.

- Invitarme a una fiesta -- dije con ironía.

Mi padre nunca invita, siempre ordenaba.

Pasamos la tarde tranquilos, con una cerveza en la mano y viendo la carrera ciclista por la televisión. David había estado algo más callado de lo habitual, me había explicado que su padre había vuelto a emborracharse y quedarse inconsciente en el sofá. También había hablado de malas maneras a un cliente que había asegurado que no volvería a su taller. Para él las cosas iban de mal en peor, y era tan tozudo y orgulloso que no iba a permitir que le ayudara. Suspiré.

Ya era noche cerrada. Al día siguiente tendría que volver al comedor social y sonreí ante la certeza de volver a ver a Etnia. Aquella era mi última semana allí, pero no pensaba dejar de verla, tenía que ideármelas para volver a quedar con ella cuando acabara los servicios a la comunidad. Entonces se me ocurrió una idea genial, la fiesta que daba mi padre. Invitaría a Etnia para que fuese mi acompañante. Sonreí ante la expectativa.

Al día siguiente, después de trabajar en la oficina hasta más tarde de lo habitual, corrí como alma que lleva al diablo hacia el comedor social. Había salido media hora tarde, así que estaba seguro de que Carmina iba a hacer picadillo con mis intestinos. En cuanto crucé la puerta del comedor se hizo un silencio. Todos me miraron, algunos ceñudos. Vi como varios compañeros intentaban atender a mis mesas a la vez que hacían las suyas. Me fijé en que en la mesa de la familia árabe faltaba mi pequeño amigo, el hijo menor. Su hermano ni siquiera levantó la cabeza, miraba su plato con gran atención. Ni siquiera me fijé que Carmina se había acercado a mí a grandes zancadas hasta que su voz llegó a mis oídos.

- ¿Se puede saber por qué llegas tan tarde? -- preguntó con los brazos en jarras.

Me giré para mirarla. Su ceño estaba completamente arrugado, creía que hasta se le quedarían las arrugas marcadas si no lograba suavizarlo.

- He tenido mucho trabajo en la oficina, lo siento -- contesté saliendo de mi letargo.

- Te queda una semana aquí, no hagas que cuando venga tu agente tenga que quejarme de tus modales.

- No volverá a ocurrir -- aseguré.

- Más te vale -- dijo dando media vuelta aún enfadada.

Mientras me dirigía a la barra para poder atender a mis comensales observé la sala por si veía a Etnia, pero por alguna extraña razón no estaba en ninguna parte. Ni tan siquiera la vi cuando me acerqué a los vestidores.

Durante el resto del día intenté averiguar por qué no había ido mi pequeño amigo, pero nadie de la familia abrió la boca y los voluntarios tampoco lo sabían, lo único que pude hacer cuando estuvieron a punto de marcharse, fue prepararles un plato para llevar a casa, tenía la esperanza de que estuviera en su casa, enfermo. La madre asintió con la cabeza sin más.

En cuanto a Etnia, descubrí que ella sí que estaba enferma, por eso no había asistido al comedor, había llamado una hora antes a Carmina para explicárselo, por lo visto, iba a estar unos días sin venir. Solo podía esperar que viniera antes de que acabara la semana, tenía que invitarla a la fiesta y volverla a ver. No tenía su número. Podía presentarme en casa de sus padres, pero dudaba que su padre me diera el teléfono, lo más probable era que me atizara con lo primero que pillara.

La semana fue pasando. Ni Etnia ni el pequeño habían vuelto. El viernes había llegado, mi último día en el comedor social y el día anterior a la fiesta. Estaba en mi coche mirando la puerta del comedor. Aquel día había salido con media hora de antelación. Podía ver a las familias y personas que asistían al comedor hacer fila en la calle. Carmina llegó pronto, abrió a los pocos que estaban esperando y poco a poco fueron apareciendo todos. Al final de la calle pude ver como la familia árabe venía, con el pequeño un poco más atrás, parecía cansado, caminaba cabizbajo, pero me alegré de verle. Entonces, vi a Etnia, venía acurrucada en su bufanda, mirando hacia abajo y caminando ligera, seguramente deseando entrar en el calor del comedor. Salí del coche y corrí para llegar a su encuentro. Ella no se percató de mi presencia hasta que casi choca con mi cuerpo, que ya había llegado a la puerta del comedor y me disponía a abrirle la puerta. Alzó la vista y sonrió al comprobar que era yo. Una sonrisa que llegó a sus ojos brillantes.

- Me alegro de verte -- le dije sincero.

- Y yo -- contestó.

- ¿Te encuentras mejor? -- dije mientras abría la puerta y la dejaba pasar.

- Sí, ya estoy bien, ha sido un resfriado.

Asentí, sin saber muy bien cómo seguir. Tenía que invitarla al baile de

mañana y no tenía ni idea de cómo hacerlo. El bullicio del interior del comedor nos despertó de nuestros pensamientos. Ambos nos habíamos quedado parados, mirándonos y estorbando en la entrada.

Entramos al interior seguidos por varios voluntarios. Sin volver a cruzar ninguna palabra y tan solo alguna que otra mirada, pasamos el resto del día trabajando y atendiendo a los comensales.

La familia de árabes parecía estar igual que siempre, silenciosos y sin mirar más allá de sus pies. Aunque me preocupaba, Carmina ya me lo había dejado claro, aquello no era asunto mío y no podía hacer nada, los Servicios Sociales ya estaban detrás de aquella familia, al igual que de todos los allí presentes.

Cuando los comensales empezaron a salir del comedor miré mi alrededor con nostalgia, aquel era mi último día, y aunque al principio había odiado aquel lugar, al final, había cogido cariño a aquellas personas e incluso a alguno de los voluntarios, a excepción de Diego, claro está.

Me dirigí a la parte trasera para despedirme de todos y recoger mis cosas. Etnia estaba hablando con Carmina, así que esperé a que terminara para despedirme de la jefa. Cuando se giró y me vio, sonrió e intentó pasar por mi lado, pero la detuve antes de que se marchara y me acerqué a su oído.

- Espérame al salir, tengo una proposición que hacerte -- le susurré.

- ¿Indecente? -- dijo juguetona.

Mi corazón se disparó junto a mi polla y tuve que apretar los dientes y contenerme para no saltar sobre ella. Últimamente mi control estaba bajo mínimos. Mi cara debía de ser un poema porque empezó a reírse por lo bajo y sus mejillas se tiñeron de rojo.

- Lo será después de lo que tengo en mente -- le dije para picarla.

Sus colores aumentaron y su risa cesó, haciendo que no pudiera evitar reírme a carcajadas. Me dio un manotazo en el hombro, haciéndose la enfadada y se marchó dejándome a solas con Carmina, quien se había quedado mirando toda la escena con las cejas alzadas.

- ¿Qué os traéis entre manos vosotros dos? -- preguntó -- Bueno, mejor no me lo digas, no quiero saberlo -- se corrigió antes de que contestara.

- No es lo que piensas -- dije.

- De momento quizás no, pero lo será -- aseguró -- Bueno, chico, espero que no te metas en más líos -- me dio un golpecito en el hombro y con una sonrisa acabó despidiéndose con un hasta luego.

Salí del comedor con la nostalgia clavada en el pecho. La verdad es que nunca creí que acabaría echando de menos marcharme de allí, pero así era. Por un segundo me planteé seguir viniendo como voluntario, pero la verdad es que con todo el lío de mi padre de momento no tenía demasiado tiempo, cuando todo se aclarara, quizás, volvería a aquel lugar.

Etnia me estaba esperando al lado del coche, apoyada en el capó de este mientras miraba su móvil. Mientras me acercaba la observé detenidamente. Tenía las mejillas sonrosadas, y su nariz pequeñita algo roja por el frío, estaba sonriendo y un hoyuelo se le marcaba en la mejilla, su pelo le caía por la cara, y me pregunté qué tacto tendría.

- ¿Qué es eso que te tiene tan ensimismada? -- le pregunté cuando llegué a su lado.

- Mi hermana me ha enviado un vídeo de ella bailando una canción -- dijo aún alegre.

- ¿Tu hermana tiene móvil? -- pregunté asombrado.

- No -- dijo entre risas -- Des del móvil de mi padre, aunque sabe usarlo mejor que él.

- Ya me lo imagino -- dije recordando lo avispada que era su hermana.

- ¿Qué proposición querías hacerme? -- me preguntó yendo al grano.

- Mañana mi padre dará una fiesta en su casa, irán todos sus clientes, gente importante, y como yo también trabajo en la empresa tengo que asistir, pero no me gusta ir solo -- hice un puchero -- Y quería que tú me acompañaras.

- ¿Por qué yo? Yo... - bajó la mirada dudando -- No sé, parece una fiesta importante, no sé si...

- Tampoco es tan importante, a mi padre le encanta alardear de lo que tiene, hace fiestas cada poco -- dije para calmarla.

- Aun así, no sé si es muy indicado que te acompañe.

- Es perfecto -- insistí -- Tendré a la acompañante más guapa y podré alardear de ello.

Etnia se echó a reír por mi comentario. Me encantaba su risa. Sonreí alegre de haber conseguido hacer que sus ojos brillaran.

- ¿Así que solo me quieres para alardear? -- preguntó siguiendo la broma.

Me encogí de hombros aún con un sonrisa y Etnia me dio un manotazo en el hombro riendo.

- De acuerdo, te acompañaré.
- Te recojo a las siete -- le dije.

Estaba muy nervioso. Mi corazón latía a gran velocidad, aunque tenía la música de la radio puesta podía escucharlo perfectamente. Respiré hondo mientras esperaba en el coche a que Etnia bajara. Acababa de llamar al timbre y Mara me había dicho que tan solo le quedaban cinco minutos para estar preparada. Llevaba todo el rato mirando el reloj, y tan solo habían pasado un par de minutos. ¡Que lento pasaba el tiempo! Por lo menos podría hacer respiraciones e intentar que mi corazón dejara de bombear con esa intensidad, pues estaba seguro que si no, Etnia lo escucharía.

El ruido de la puerta del portal abriéndose me despertó de mis pensamientos. Me giré como un resorte para ver a Etnia vestida con un vestido largo hasta los tobillos, tenía un corte en la pierna derecha, dejando al descubierto sus músculos tonificados y alargados por unos tacones altos. Su pelo, hecho en ondas, bombeaba con el viento. Llevaba una pequeña chaqueta junto a un bolso de mano. Se había maquillado un poco los ojos, dejando esos iris verdes que iluminaran todo su rostro. Me quedé embobado mirándola, mientras ella se acercaba al coche con una sonrisa. También parecía nerviosa. Antes de que llegara al coche, conseguí reaccionar y salí del vehículo para poder abrirle la puerta.

- Estás... - tragué saliva -- despampanante, preciosa, una diosa -- dije mirándola de arriba abajo.

Se puso roja como un tomate y sonrió tímidamente mientras agachaba la mirada.

- Gracias -- dijo en un susurro bajito.

Le abrí la puerta y me fui al lado del conductor. Solo esperaba que el resto de hombres de la fiesta no se fijaran en exceso en ella, cosa completamente imposible dado su aspecto, pero no quería tener que partirla la cara a alguien.

Durante el trayecto nos sumimos en un silencio agradable. Tan solo se escuchaba la radio de fondo. De tanto en tanto ponían música y otros ratos el presentador hacía comentarios graciosos. Etnia se reía por lo bajo como si le diera vergüenza que escuchara su risa. Yo la miraba de reojo mientras ella parecía absorta en los comentarios que escuchaba por la radio. Era realmente magnifico observarla, cada rasgo y cada movimiento por muy sutil que fuera la hacía más hermosa. Sabía que esos pensamientos no eran propios de alguien que solo quiere ser su amigo, pero por mucho que lo intentaba era imposible no verlo. Ella era especial.

Llegamos a la mansión media hora después. La puerta estaba cerrada, pero los seguratas no tardaron en abrirnos las puertas al percatarse de quien era yo. Miraron a Etnia un segundo, para después darnos paso. Por suerte no hicieron ninguna pregunta.

Aparqué el coche en el aparcamiento, abarrotado de otros vehículos igual de lujosos que el mío o incluso más. Noté a Etnia algo tensa, observaba a su alrededor mientras se frotaba las manos con insistencia.

- ¿Estás bien? -- le pregunté.

- Sí -- asintió con la cabeza -- Sólo algo nerviosa, esto es... - volvió a mirar a su alrededor -- demasiado lujo para mí, no estoy acostumbrada.

- No tienes de que preocuparte, yo estaré a tu lado.

- ¿No desentonaré? -- me preguntó.

- Te puedo asegurar que no, es más, creo que deslumbrarás tanto que tendré que ir apartando a la gente de tu lado -- le dije sincero.

- Exageras -- me dijo con una sonrisa asomando por sus labios.

- Confía en mí, todo saldrá bien.

Asintió, un poco más tranquila y ambos nos dispusimos a salir del vehículo.

## CAPÍTULO 15.



# Etnia

ooooo

No estaba muy convencida de la última afirmación de Bruno, aquel lugar era demasiado lujoso para mí. Pero Bruno aparentaba una tranquilidad abrumadora. Su traje de Armani se pegaba a su torso con una precisión asombrosa. Sus manos colocadas a cada lado de su cuerpo me invitaban a cogerle la mano. Lo hice sin pensarlo demasiado. Bruno pegó un pequeño brinco, saliendo de ese trance en el que parecía haberse sumido mientras nos acercábamos a la escalinata de la entrada. A ambos lados de la puerta había dos hombres custodiando la entrada. Bruno me miró, algo asombrado al principio para después dejar asomar una sonrisa espléndida, que hizo que mi corazón se acelerara. Apretó mi mano para infundirme confianza, o quizás para infundírsela a sí mismo.

- Señor -- le saludaron los hombres de seguridad al llegar a la puerta.

Bruno asintió con la cabeza a modo de saludo y le abrieron la puerta, dejando al descubierto el ambiente que se respiraba en la fiesta. El vestíbulo estaba a reventar. La mayoría de personas, como bien me imaginaba, llevaban trajes carísimos, las de las chicas brillaban con las luces del techo, estaba dudando seriamente si no llevaban vestidos de diamantes. La gente se giró al vernos entrar y empezaron a saludar a Bruno mientras pasábamos, él intentaba hacerme partícipe de las conversaciones, presentándome a todos los magnates y empresarios del país y de Europa, pero la mayoría ignoraba mi presencia, tan solo algunas mujeres se quedaban más rato de lo habitual mirándome y no precisamente de una manera muy agradable. Por suerte, Bruno no me soltaba de la mano en ningún momento.

Entre todo aquel gentío, inesperadamente una chica deslumbrante se acercó a nosotros, tirándose literalmente al cuello de Bruno para abrazarle con efusividad. Bruno tuvo que soltarme la mano. Se había quedado rígido ante el infortunio y para mi sorpresa, no tardó en reaccionar y rodear con sus brazos la estrecha cintura de la muchacha, aún no la había reconocido. Algo dentro de mí se retorció, sobre todo cuando todo el mundo empezó a mirarnos y a sonreír ante la escena. ¡A sonreír! Después de lo estirados que parecían la mayoría, el numerito parecía haberles encantado. Me fijé que más al fondo de la sala, cerca de la mesa de comestibles, un par de hombres nos observaban, uno de ellos parecía más contento que el otro, pero no apartaban la vista de la escena. Antes de que me diera tiempo a seguir retorciéndome en mi misma,

Bruno apartó a la chica de su cuerpo con delicadeza. Entonces fue cuando la reconocí, la chica que le había acompañado a aquella fiesta y por la que había sentido unos celos terribles. Apreté los puños a mi costado y tuve que morderme la lengua para no soltar varios improperios y montar una escena. Bruno se giró para mirarme y yo tuve que forzar una sonrisa con toda la voluntad que pude recoger.

- Brenda, lo siento, pero estoy acompañado, así que este baile y todos los que haya los haré con Etnia -- dijo para mi sorpresa y tendiéndome la mano para que volviera a cogérsela.

Por un segundo pensé en rechazarlo y largarme, estaba claro que nadie me quería allí. Todos se habían alegrado del numerito de Brenda, pero ninguno se había dignado a saludarme a mí. Pero la cara de Brenda al ser rechazada me dio el impulso para aceptar la mano que me tendía.

Brenda me miró como si quisiera asesinarme, y muy digna ella dio media vuelta haciendo volar su melena. La observé en lejanía mientras se acercaba a su amiga, la misma que había estado en nochebuena con ellos.

- ¿Serías tan amable de concederme este baile? -- me preguntó Bruno despertándome de mis pensamientos.

Le sonreí encandilada y me arrastró por la pista hasta el centro. La gente se apartaba a nuestro paso, observándome de arriba abajo, pero había dejado de importarme, tan solo tenía ojos para Bruno que no apartaba su mirada de los míos, obviando las miradas de reproche de la gente que nos rodeaba. En aquel momento supe que Bruno no tenía nada que ver con toda aquella gente. Se había criado en ese mundo, pero era completamente diferente a ellos, casi parecía disfrutar de hacer todo lo contrario a lo que debía.

El vals empezó a sonar y Bruno me agarró por la cintura sutilmente, nunca había bailado un vals, pero solía dárseme bien aprender cualquier tipo de baile, así que empecé a seguirlo sin apartar mi mirada de la suya. Al principio fue lento, casi cuidadoso, indicándome que paso tenía que dar. Poco a poco empezamos a movernos con más soltura, dejándome llevar por la música y sus brazos. Cuando quise darme cuenta estábamos rodeados de más parejas que se animaban a bailar. La música seguía sonando, pero ya no escuchaba ni la melodía, tan solo los ojos de Bruno que no se habían separado de los míos ni un momento me indicaban que ritmo llevar.

- Un baile espléndido -- dijo una voz despertándome de mi ensimismamiento.

Bruno se tensó en mis brazos y yo me giré para encarar a aquel hombre

mayor, pero atlético que nos había interrumpido. Todo su porte parecía indicar poder y seguridad.

- No nos han presentado, me llamo Jaime y soy el dueño de este lugar -- dijo con fingida galantería.

Algo en él me dejó mosqueada, no me gustaba, pero comprendí que se trataba del padre de Bruno, así que tenía que hacer un esfuerzo. No había ningún tipo de parecido entre los dos, ni físico ni mucho menos de carácter. Por un momento me pregunté dónde estaría la madre, Bruno no había hablado nunca de ella.

- Etnia, este es mi padre Jaime -- empezó las presentaciones, Bruno -- Padre, esta es Etnia, una amiga.

- ¿Así que amigos eh? -- dijo Jaime con sorna -- Entonces, no te importará que mi hijo baile con Brenda, ¿no es así?

Todos mis músculos se tensaron. ¿Qué pretendía?

- No voy a bailar con Brenda, padre, he venido con Etnia y...

- No querrás dejarme en feo delante de todos estos empresarios, ¿verdad? -- insistió su padre.

Aquello parecía más una amenaza que otra cosa y Bruno tenía la mandíbula tan tensa que creía que dentro de poco se pondría a rechinar los dientes, o a gruñir. Por un momento ambos se retaron con la mirada, y yo me sentí nuevamente insignificante. Allí había mucho más de lo que se veía a simple vista.

- Bueno, creo que ya se me ha hecho tarde, pediré un taxi para volver a casa -- dije a modo de disculpa -- Si me disculpáis.

Me fui de allí como alma que lleva el diablo. Había dejado la chaqueta en consigna y ni tan siquiera me iba a molestar en ir a buscarla, Mara seguro que me mataba por ello, pero no me importaba, no iba a quedarme un segundo más en un sitio donde nadie me quería. Vale, Bruno sí quería que estuviera allí, pero todo el mundo parecía dispuesto a dejarle claro que no era bienvenida, y tampoco quería ponerle en una tesitura. No entendía el mundo de los negocios, pero lo que estaba claro era que Jaime tenía más poder del que parecía, sobre todo sobre su hijo. No parecía haber una relación muy estrecha entre padre e hijo, aunque por dos minutos que había estado allí tampoco era quien para opinar al respecto.

Me acurruqué en mí misma cuando el viento frío me rozó la piel. Vale, quizás había sido un poco precipitado. Rebusqué en mi bolso hasta dar con mi móvil y me dispuse a llamar a un taxi cuando alguien me cogió del brazo y me

hizo girar. Pegué un grito antes de darme cuenta de que se trataba de Bruno.

- Tranquila, soy yo -- me dijo.

- Que susto me has dado -- le recriminé.

- Lo siento, no era mi intención, si quieres irte yo te llevaré -- me dijo Bruno.

- No es eso... - aparté la mirada -- Si tienes que bailar con Brenda hazlo, parece algo muy importante para tu padre, no entiendo tu mundo, y no pertenezco a él...

- Basta -- soltó antes de que acabara -- Deja de decir estupideces, no pienso bailar con Brenda porque no me da la gana, y no, no perteneces a mi mundo y eso es lo que te hace especial, eres diferente a todas las chicas con las que me he rodeado siempre, eres tú misma en todo momento. No quiero que pertenezcas a mi mundo, ni ahora ni nunca, solo quiero que seas tú.

No supe que decir, no tenía ni idea. Mi corazón había empezado a bombear con insistencia. La mirada de Bruno se había oscurecido por el deseo y había apartado sus ojos de los míos para dirigirse a mis labios. Tragué saliva. Y entonces lo supe, era mejor contestarle sin palabras. Hacía tiempo que había deseado hacerlo, quizás era una locura y eso cambiaría las cosas, pero siendo sincera conmigo misma, no quería ser su amiga, por lo menos no del todo. Así que observé sus labios y antes de poder razonarlo más, me lancé hacia ellos. Primero fue un beso corto, junté mis labios con los suyos esperando a ser rechazada en cualquier momento, pero no fue así, antes de que me diera cuenta Bruno me rodeaba con sus brazos para atraerme hasta su cuerpo y abriendo su boca me invitaba a invadirlo por completo. Sin dudarle nuestras lenguas se fundieron en un beso que había empezado siendo tímido para ser desesperado. Parecía que en ningún momento iba a tener suficiente, contra más le besaba más ganas tenía de él. Por suerte, él tuvo más voluntad que yo y cortó el beso antes de que fuera a más en mitad del jardín de su padre.

- Creo que es hora de volver a casa -- dijo entre jadeos.

Yo solo pude asentir, pues mis piernas me temblaban y mi boca solo podía abrirse si estaba la suya pegada a la mía.

Al día siguiente me desperté con la música a todo trapo de Mara. La noche anterior no había bebido casi, así que no comprendía como podía tener la cabeza a punto de estallar. Me di media vuelta en la cama para mirar el reloj y descubrí que tan solo había dormido cuatro horas, eran las nueve de la mañana y Mara ya estaba tan marchosa como siempre. Gruñí y me tapé con la

almohada para intentar amortiguar los sonidos de esa horrible música, pero era imposible. Más cabreada que dormida me levanté de la cama y abrí la puerta de par en par dispuesta a pegar un grito que se escuchara hasta el otro edificio, pero Mara justo pasaba por el pasillo así que no dude en cogerla por la solapa y tirar de ella hacía mi habitación.

- ¿Se puede saber qué haces con la música tan alta? -- dije en un gruñido.

- Ya son las nueve de la mañana fiestera, y hoy estoy animada, así que voy a tomarme un café al son de esta música antes de ir al local -- dijo moviendo sus caderas con una sonrisa de oreja a oreja.

- Como no bajas la dichosa música te voy a quitar la sonrisa de la cara, enserio -- la amenace.

- Deja de parecer un bulldog Etnia -- me dijo a modo de insulto mientras se reía -- Además, me prometiste que vendrías conmigo al local, así que ves vistiéndote que salimos dentro de poco.

- Pero... - empecé a decir.

- No es mi problema que ayer te fueras de marcha, ¿hubo sexo por lo menos? -- me preguntó curiosa.

Recordé el beso tan apasionado que nos dimos en el aparcamiento y mis mejillas se pusieron rojas como un tomate.

- A sí que hubo sexo -- dijo Mara señalándome y pegando saltitos en el sitio -- Quiero todos los detalles.

- No hubo sexo, solo fue un beso -- le aclaré.

- ¿Solo un beso? -- preguntó poniendo morritos decepcionada.

- Ajá -- asentí con la cabeza para darle énfasis.

- Pues tuvo que ser un beso alucinante para que te pongas tan roja.

- ¡Calla! -- le dije aumentando mi grado de rojez.

Mara empezó a reírse a carcajadas y a mí me entraron más ganas de estrangularla.

- Venga, ves vistiéndote mientras preparo un café y nos vamos al local -- dijo animada.

- Está bien -- claudiqué, resignada.

Tendría que echarme una siesta luego. Qué remedio.

Una hora después estábamos entrando por la puerta del local. Los primos de Muño habían hecho un gran trabajo los últimos días y Mara tan solo tenía que montar las estanterías, el mostrador y decorar las paredes. Era bastante trabajo, pero la peor parte ya había pasado. El local estaba completamente

diferente a como lo recordaba. Las paredes pintadas de color salmón daban a la estancia luminosidad. La puerta del baño había sido pintada y barnizada, al igual que la pequeña puerta del desván. Entré en el baño para maravillarme con los azulejos marrón claro con la cenefa negra en forma de rombos, y el espejo, de estilo vintage que habían colocado.

- Este lugar parece otro -- le comenté a Mara.

- Aún hay mucho por hacer, pero está quedando estupendamente -- dijo entusiasmada.

- Tienes razón -- asentí con énfasis.

Estuvimos cuatro horas montando todo. Las estanterías, el mostrador que llegó una hora después junto a un par de cosas más que había pedido Mara, la decoración de las paredes, entre otras cosas. Incluso había hecho su primer pedido de telas y utensilios para guardarlos en el almacén, donde, además, trabajaría.

- Aún tengo que traer los trabajos que tengo en casa para poder exponerlos, pero esto ya casi está, no me lo creo -- dijo mirando a su alrededor.

La observé maravillada, tenía un brillo en los ojos especial. Se notaba que por primera vez desde hacía mucho tiempo había conseguido uno de sus sueños. El lugar nos había quedado realmente bien.

- Mañana te ayudo a acercarlos si quieres -- sugerí.

Ella asintió aún con una sonrisa en el rostro que no pude evitar imitar. Me encantaba verla tan contenta.

- Esto va a ser increíble -- dijo emocionada.

# CAPÍTULO 16.

# Bruno

ooooo

Tan solo había pasado un día del beso con Etnia y no había dejado de pensar ello. Sus labios sobre los míos y el tacto de su piel me provocaban escalofríos en las zonas que habían tenido contacto, era como si su calor aun estuviera a mi alrededor. Sacudí la cabeza para quitarme aquellos pensamientos. Tenía que centrarme en mi trabajo. Durante todo el día no había hecho otra cosa que recordar el beso y los documentos que tenía que revisar seguían esparcidos por el escritorio, exactamente igual que hacía una hora.

Estuve otra media hora intentando concentrarme en el trabajo y a duras penas conseguí repasar un par de documentos, aquello no iba bien.

Cuando ya estaba a punto de echar la toalla e irme para casa a beberme un vaso de wiski, el teléfono sonó en mi mesita. Lo cogí sin ganas y sin mirar quien era.

- ¿Diga? -- pregunté en un tono cansado.

- Hola Bruno, soy Guillermo, he encontrado algo que puede que te interese -- me dijo despertándome de golpe.

- ¿De qué se trata?

- Se trata de las imágenes de las cámaras de seguridad que tiene tu padre en la nave, no están enfocadas como deberían, pero se puede ver perfectamente como entra un camión y varios hombres sacan algo de la nave. No se aprecia bien, pero lo hacen tan rápido que dudo que sea lo que soléis transportar.

- ¿Cómo te has hecho con esas imágenes? -- pregunté incrédulo y curioso.

- Tengo mis contactos -- dijo enigmático.

- No me lo vas a decir, ¿verdad?

- Es mejor así, créeme.

- ¿Las imágenes servirán en un juicio? -- pregunté entonces.

- No, ya te digo, no se ve bien, están desenfocadas a propósito, pero desde luego es algo sospechoso.

- Está bien, ya me encargaré de averiguar de qué se trata -- dije pensativo.

- Ten cuidado.

Un par de horas después me encontraba en la puerta del taller de David. Se encontraba cerrada, pero no me extrañó demasiado ya que aún le quedaba



media hora para abrir. Me acerqué a la puerta lateral que daba a la casa y llamé al timbre. David tenía su taller en el garaje y él y su padre vivían en la planta de arriba. Llamé un par de veces sin obtener respuesta alguna. Empecé a molestarme y ponerme nervioso, era raro que mi amigo no se encontrara en casa a tan pocos minutos de tener que abrir el taller. Saqué mi móvil dispuesto a llamarle cuando un sonido sordo de algo romperse se escuchó en lo alto del edificio.

Alcé la vista arriba para ver como un hombre de mediana edad se asomaba a la ventana mientras gruñía varias maldiciones. Dirigí la vista hacia el suelo donde miraba cuando vi una botella de ron esparcida en el suelo.

- ¿Ves lo que has conseguido? -- bramó el hombre.

- Yo no he hecho nada, has sido tú, y te lo has buscado -- contestó la voz de mi amigo.

Seguí con la vista hacia la ventana cuando David se asomó también y se percató de mi presencia.

- Hola Bruno, ahora te abro -- me dijo con un suspiro.

El padre de David se metió para dentro mientras seguía maldiciendo, pero yo ya no lograba comprender sus palabras.

Unos minutos después un David cansado me habría la puerta. Me podía imaginar lo que había pasado. Otra noche con su padre borracho como una cuba, intentando que se le pasara la borrachera metiéndole en la ducha fría sin pegar ojo. Probablemente ni siquiera hubiera abierto el taller aquella mañana.

- No digas nada -- me pidió, ordenó.

- No iba a hacerlo -- mentí.

Entré y subimos las escaleras hacia el piso superior. Su padre estaba sentado en el sofá mirando la televisión y con una cerveza en la mano. Fruncí el ceño y saludé por educación. Su padre tan solo me miró y alzó la cabeza en modo de saludo sin dignarse a decir ninguna palabra. David suspiró y me invitó disimuladamente a seguirle hacia la cocina. Cerró la puerta al entrar

- ¿Te apetece algo? -- me preguntó.

Negué con la cabeza. Sabía lo que pretendía. Evitar que le preguntara que había pasado y cuanto iba a durar aquello. Tenía que hacer algo, no podía seguir así. Pero no comenté nada. Él se sacó una cerveza y bebió más de la mitad de un trago.

- ¿Cómo fue tu cita? -- me preguntó al fin.

- Si te refieres a como se lo tomó mi padre, de pena. Fueron todos más gilipollas de lo normal.

- ¿Y si no me refiero a eso? -- me preguntó alzando las cejas.
- No me la tiré, si es lo que estás pensando. Solo nos besamos.
- ¿Y ya está? -- me preguntó incrédulo.

Asentí con la cabeza. Y el muy mamón solo se le ocurrió decir: <<que decepción>> mientras sacudía la cabeza como si se le hubiera caído un mito. ¡Ni que me tirara a todo lo que se mueve! Él era más de ese tipo. No quería decir que tuviera sequía, pero era más selectivo.

- Ahora enserio -- dijo de pronto - ¿Por qué no te la tiraste?
- Ella no es de esas -- contesté.

Me miró detenidamente, y alzó una ceja al tiempo que decía.

- ¡A ti te gusta Etnia!

Ni siquiera me molesté en contestar. ¡Pues claro que me gustaba! Eso no quería decir que estuviera enamorado ni nada por el estilo, pero desde luego que nunca había sentido nada semejante. Ella era diferente.

Para mi sorpresa, David empezó a reírse a carcajadas, como si mi silencio hubiera sido el mejor chiste del mundo. Me crucé de brazos y le miré con el ceño fruncido, esperando a que acabara con su pantomima.

- No he venido a hablarte de mi vida amorosa -- solté cuando terminó.
- ¿A no? -- dijo sorprendido, o fingiéndolo.
- No.

Le expliqué lo que me había dicho Guillermo y le comenté mis temores. No sabía que podían contener aquellas cajas que habían cargado en los camiones, pero estaba seguro de que no sería nada legal, lo mismo que estaba seguro de que mi padre estaba al tanto de todo. Tenía que averiguar de qué se trataba, así que le expliqué a David mi intención de ir aquella noche a la nave a investigar. Como ya me imaginaba David no tardó en decir que se apuntaba.

Esa misma noche, ambos nos encontrábamos a dos calles de la nave. Habíamos decidido ir con el coche del padre de David, para que así, nadie nos reconociera en caso de que alguien viera el vehículo. Teníamos que acercarnos a pie hasta la parte trasera donde los camiones hacían la carga.

La nave estaba a oscuras, las luces de emergencia que debían de estar encendidas en el aparcamiento estaban apagadas. Aquello me extrañó, pues en el vídeo que me había enseñado Guillermo parecía que las luces estaban encendidas. Nos acercamos sigilosamente a la parte trasera, donde los camiones debían hacer la carga. Para mi sorpresa, David no estaba haciendo ningún comentario. Su rictus estaba serio, metido en el papel. Nos quedamos

detrás de una de las puertas por donde se veía claramente el remolque de uno de los camiones. Empezamos a escuchar voces. Una de ellas la reconocí como el encargado del turno de noche, pero el otro hombre parecía extranjero, del este. Agudizamos el oído para conseguir entender algo, pero el motor del camión aún seguía encendido, por lo que el sonido de las voces quedaba amortiguado.

- ¿Entiendes algo? -- me preguntó David susurrando.

Negué con la cabeza, pues era incapaz de comprender lo que decían. Des de donde estábamos no podíamos ver con exactitud que cargaban en los camiones, pero algo me decía que nada de aquello era legal. Las luces apagadas, la voz desconocida...

- Quizás deberíamos acercarnos -- comentó David.

Volví a negar con la cabeza. No iba a arriesgarme esa noche, mucho menos con mi amigo de por medio.

De repente, escuchamos pisadas. Los hombres se acercaban y las voces se volvieron más claras.

- El siguiente cargamento lo haremos pasado mañana -- informó el encargado de noche.

- Más vale que esté completo, el jefe no se va a alegrar de los cambios -- dijo el extranjero.

- Tranquilo, no volveremos a tener problemas -- aseguró el encargado.

Ambos nos apartamos justo en el momento en que el hombre extranjero se acercaba a la cabina del camión. Insté a David para que se fuera a la otra calle, teníamos que irnos ya. Pasado mañana volvería y averiguaría que cargaban en los camiones.

## CAPÍTULO 17.

# Etnia

ooooo

Llevaba toda la mañana dando vueltas por el apartamento.

Mara estaba ultimando los detalles para la inauguración de su local que sería en un par de días. Yo no hacía más que mirar el móvil de vez en cuando y preparar galletas de canela para dar de picapica en la inauguración. Ya llevaba dos bandejas enteras y tenía una tercera en el horno cuando sonó mi móvil. Me lancé a la carrera hacia la mesa del salón, donde lo había apoyado, con el corazón desbocado. Lo desbloqué y el nombre de mi padre apareció en la pantalla. No pude evitar desilusionarme y a la vez sentirme culpable por mis pensamientos.

- Hola papá -- saludé mientras me dirigía nuevamente a la cocina.

Escuché una risa infantil al otro lado y supe que se trataba de mi hermana. Debía de haberle robado el teléfono a mi padre, otra vez.

- Hola renacuajo -- la saludé.

- Hola -- dijo susurrando alegremente.

Probablemente estaría escondida en algún rincón de la casa.

- El papa dice que hace mucho que no vienes a casa -- empezó a contarme mi hermana - ¿Quieres venir a comer? Pero que sea una sorpresa, seguro que a papá le hará mucha ilusión.

- ¿Sólo a papá? -- pregunté con picardía.

- No, claro, a mamá también -- se quedó en silencio unos segundos --

Y a mí, por supuesto -- dijo al fin con una risa.

- Muy graciosa -- dije fingiendo enfado.

Al fondo se empezó a escuchar la voz de mi padre llamando a Celia.

- Te esperamos en unas horas -- me dijo apurada.

- Hasta dentro de un rato -- contesté, pero ya había colgado.

Inesperadamente, empecé a oler a quemado. Corrí hacia el horno y lo abrí para comprobar que aquella tanda de galletas se las iba a comer la papelera.

Suspiré, derrotada. Bruno no me había llamado, hacía dos días de la fiesta y de nuestro primer beso, yo me pasaba el día mirando el dichoso aparato esperando una llamada suya, pero todavía no se había dignado a decirme nada.

¿A caso había significado algo aquel beso?

Estaba empezando a pensar que los sentimientos que había creído que me transmitía eran mi imaginación. Pues si no, ¿Cómo se entendía que no hubiera dado señales de vida? Quizás era aquello lo que quería, un beso, un roce, y si

te he visto no me acuerdo. Cada vez que me venían esos pensamientos una rabia incontrolable se hacía dueña de mí, y deseaba que llamara solo para poder mandarlo a la mierda. Aunque luego se me pasaba y una tristeza me invadía, porque por una extraña razón había empezado a albergar ciertos sentimientos hacía Bruno, y tenía la sospecha de que acabaría con el corazón roto antes de tiempo.

Llegué a casa de mis padres para la hora de comer, justo como me había pedido mi hermana. Había llamado a Mara para avisarla de que no estaría en casa, aunque tampoco le había importado mucho, pues ella tampoco se pasaría por allí a comer, estaba demasiado liada con la tienda.

- ¿Qué haces aquí? -- me preguntó mi padre sorprendido.
- Alguien me ha invitado a comer -- le dije con una sonrisa.
- Ese renacuajo ha vuelto a cogerme el móvil -- dijo entre gruñidos.
- Ese renacuajo es demasiado espabilado para ti -- le dije con una sonrisa.

Entré en la casa seguida de mi padre. Teresa apareció por el pasillo con su delantal de flores puesto, y me abrazó nada más verme. A diferencia de mi padre, no me preguntó que hacía allí. Se limitó a abrazarme y darme dos besos mientras se dirigía de nuevo a la cocina diciendo que pondría un poco más de arroz en la cazuela.

Unos pasos corriendo me hicieron alzar la vista a lo alto de las escaleras. Un renacuajo rubio apareció en lo alto de la escalinata y corrió escaleras abajo para lanzarse a mis brazos como si fuese su salvavidas. Celia siempre me saludaba de la misma manera. Cruzaba sus piernas alrededor de mi cintura y me abrazaba con fuerza. No podía negar que me encantaba la manera tan efusiva que tenía de saludarme. Mi padre había comentado varias veces, que solo a mí me saludaba con esa alegría. Eso no quería decir que a ellos no les saludara entusiasmada, pero parecía ser menos efusiva.

La abracé con fuerza haciéndola rodar y observé como mi padre sonreía ante la escena. Cuando la dejé en el suelo empezó a parlotear sobre todas las cosas que había hecho después de llamarme. Según ella, mi padre no la había pillado. Me confesó entre susurros que había escondido su móvil en el armario y que no había sido hasta media hora después que lo había colocado sigilosamente en el cajón de los cubiertos de la cocina.

Teresa nos llamó al poco rato para que fuéramos poniendo la mesa y los tres lo hicimos sin rechistar, como cuando aún vivía en aquella casa. Mi familia siempre había sido un equipo. Celia también colaboró, poniendo los

platos y vasos. Mi padre y yo pusimos el mantel y los cubiertos. Y Teresa, por último, puso la comida y la repartió entre todos.

La comida transcurrió tranquila. Charlamos entre nosotros. Les expliqué como iba Mara con su local y todos se mostraron ilusionados. Celia insistió en que quería ir a la inauguración y probarse el primer vestido que confeccione Mara. Quería ser su modelo particular. Tuve que explicarle que Mara confecciona vestidos para chicas más mayores, aunque no le hizo mucha gracia mi propuesta y puso morritos. Creo que al final tendré que decirle a Mara que haga algún vestido para niña, cuando encuentre un hueco.

Mi padre no tardó en sacar a la luz el tema de Bruno, un tema que en aquel momento no sabía cómo tratar.

- ¿Has vuelto a ver a Bruno? -- me preguntó curioso.

Por un momento no supe que contestarle y me planteé mentirle, decirle que no le había vuelto a ver desde que dejó el comedor social, pero nunca había mentido a mi familia y se me hizo un nudo en el pecho al pensarlo. Finalmente, asentí, no muy convencida.

- ¿Dónde? -- empezó a interrogarme mi padre, tenso.

Le miré. Nunca había sido un padre demasiado protector. Había conocido a varios de mis novios o ligues, y nunca me había interrogado, pero estaba claro que Bruno no era de su agrado, y lo entendía, pero la situación no dejaba de incomodarme y enfurecerme.

- En una fiesta -- dije sin profundizar, era una mentira a medias.

- ¿Hablaste con él? -- siguió él.

- Cariño, creo que Etnia es mayor para decidir con quien entablar una amistad -- intervino Teresa.

Se lo agradecí. Ella siempre había sido la mediadora cuando algo ocurría. Sabía que Bruno tampoco le agradaba, pero por lo menos se mostraba algo más comprensiva.

- Solo es curiosidad - se ablandó un poco.

Yo no contesté. Por suerte Celia pasó su atención a si misma explicando las ganas que tenía de volver al colegio y ver a sus amigos. A veces pensaba que mi hermana era más lista de lo que debería.

Me marché un par de horas después. Llamé a Mara y me dijo que no tardaría en el ir a casa, así que me dirigí a nuestro piso para esperarla. Al día siguiente me tocaba trabajar en la cafetería por la mañana, así que tenía pensado esperar a Mara en pijama y pantuflas.

Cuando Mara entró por la puerta lo hizo radiante. Empezó a hablarme

atropelladamente sobre lo bien que estaba quedando la tienda y que lo tenía todo listo. Yo recordé en ese momento que mañana ya no la tendría de compañera en la cafetería y que iba a empezar una chica nueva y me encogí inconscientemente en el sofá. Mara y yo siempre habíamos hecho un buen equipo. Solo esperaba que mi próxima compañera fuera una buena chica, si no, no sabía si podría soportar trabajar en la cafetería.

Cuando volvió con el pijama puesto se sentó en el sofá y subió las patas a la mesa, en la misma postura que tenía yo en aquel momento. No tardó en observarme callada, mientras yo notaba su mirada penetrante e intentaba enterarme de que iba el programa que emitían en la televisión. Por descontado, no tenía ni idea de que iba.

- No te ha llamado, ¿verdad? -- me preguntó de repente.

Negué con la cabeza. Mara siempre sabía leerme los pensamientos. No necesitábamos mantener una gran conversación para saber que nos ocurría la una a la otra.

- Pues como no te llame en los próximos días iré a cortarle los huevos -- soltó de repente, envalentonada.

La miré con una sonrisa. Parecía una madre sobreprotectora. Sabía que lo había dicho para hacerme sonreír, y lo había conseguido. Aunque tampoco pondría la mano en el fuego en que no cumpliría su promesa. Mara a veces tenía muy mal genio.

Inesperadamente, sonó el timbre de la puerta. Ambas pegamos un bote en el sofá y observamos la puerta como si fuera un ente extraño. Miré la hora en el reloj del salón y marcaban las nueve de la noche. ¿Quién venía a casa a esas horas? Miré a Mara por si había quedado con algún ligue, pero ella se encogió de hombros. Así que, no muy convencida me levanté para abrir la puerta. En mi camino hacia ella volvieron a tocar, esta vez, con más insistencia. Cuando abrí, sin antes mirar por la mirilla, me quedé sin aliento. Bruno estaba en la puerta, pulcramente vestido. Le miré de arriba abajo, llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa que se le ceñía al cuerpo. Alcé la vista para mirarle a los ojos y vi incertidumbre en ellos. No fui capaz de decir nada. La boca se me había secado y el corazón me martilleaba en el pecho. ¿Por qué él tampoco decía nada?

- Bueno, creo que será mejor que os deje solos -- soltó Mara de repente, rompiendo ese incómodo silencio.

Cuando me giré hacia ella, ya se había cambiado con ropa de calle y tenía el bolso en la mano. ¿En qué momento se había vestido?

Pasó por nuestro lado y desapareció por el pasillo.

- He traído la cena -- dijo Bruno, enseñándome las bolsas que traía en la mano.

Me hice a un lado para dejarle pasar.

Bruno se dirigió directo a la mesa del comedor donde apoyó las bolsas y se puso a sacar las cosas que había traído.

- Espero que te guste la comida china -- dijo, mientras colocaba cada cosa en un lugar.

Yo seguía observando sus movimientos, parada en la puerta de la entrada, asimilando todavía que estaba ahí. Había venido, pero no había comentado nada de la otra noche, ni se había disculpado por no llamar y dar señales de vida. No entendía nada.

Bruno paró de hacer lo que estaba haciendo y se giró para mirarme.

- ¿A qué viene todo esto? -- pregunté al fin.

- Sé que tendría que haberte llamado o dicho algo, pero he estado algo liado con el trabajo -- dijo rascándose la cabeza, nervioso.

- Eso suena a excusa barata -- solté.

- Es la verdad, puedes preguntárselo a David.

- Lo haré -- dije segura y alzando el mentón.

No tenía muy claro que me estuviera diciendo la verdad, pero contra todo pronóstico sonrió.

- No volverá a ocurrir, te lo prometo -- me dijo y me tendió la mano.

Algo dudosa me acerqué a él y acepté esa mano que me tendía. Una descarga eléctrica me recorrió de arriba abajo y por cómo me miraba estaba segura de que él también lo había sentido. Me aparté algo azorada y me dirigí hacia la cocina.

- Voy a por cubiertos y vasos -- dije a toda prisa.

Estaba segura de que me había puesto roja como un tomate y solo nos habíamos dado la mano. ¡Por Dios! Con ese hombre perdía la compostura con demasiada facilidad. Respiré hondo varias veces y me dirigí de nuevo al salón, donde toda la comida estaba ya colocada en su sitio, los *tuppers* estaban abiertos dejando pasar el olor a comida china.

Me senté en la mesa y empecé a engullir. No fue hasta que probé la comida que me di cuenta del hambre que tenía. Estaba comiendo rápido, casi sin masticar y sin apartar la vista del plato, pues Bruno estaba justo delante de mí y temía volverme a poner roja si nuestras miradas se cruzaban.

- Ya veo que te gusta la comida china -- dijo con una risita rompiendo



el silencio.

Alcé la vista con un fideo colgando de la comisura de mi boca, el cual me quité con rapidez, abochornada.

El resto de la cena transcurrió en silencio, cruzando nuestras miradas de vez en cuando. Cuando acabamos recogí con rapidez mientras él me seguía a la cocina para recoger lo suyo.

- ¿Aún no me has perdonado? -- me preguntó, interponiéndose en mi camino.

Tuve que alzar la vista para mirarle a los ojos. Su cercanía me estaba poniendo nerviosa, podía oler su colonia y sentir su calor. Así una no podía pensar con claridad.

- No hay nada que perdonar, no somos nada -- le dije, a la defensiva.

- Tienes razón, aún así, lo siento, de verdad -- me dijo.

Se acercó un poco más a mí, rozando su torso con el mío. Aquello ya era invadir el espacio personal. Puse mis manos sobre sus pectorales para apartarle, pero no hizo ningún ademán por moverse.

- ¿Quieres ver una película? -- dije para romper aquella extraña tensión.

- Sería la primera vez que vea una película con una chica -- dijo con una sonrisa torcida.

Puse los ojos en blanco y le rodeé para dirigirme al sofá. Me senté y coloqué mis piernas en alto. Él no tardó en acercarse y hacer lo mismo.

Fui a coger el mando de la tele para poner cualquier cosa. Mi corazón martilleaba en mi pecho sin cesar y me faltaba el aliento, su cercanía me hacía arder y eso que ni tan siquiera me estaba rozando. En el momento en que cogí el mando Bruno puso su mano sobre la mía. Cogió el mando y lo volvió a colocar en la mesita ante mi mirada atónita. La distancia entre los dos se empezó a acortar de una manera demasiado rápido, cuando quise darme cuenta su nariz rozaba la mía y su cuerpo estaba prácticamente sobre el mío. Debería haberme sentido intimidada, pero no podía moverme, solo podía sentir todo su cuerpo rozar el mío. Su calor traspasaba mi cuerpo haciéndome arder. Su aliento rozaba mis labios, aunque no los había tocado, yo ya sentía el cosquilleo de la expectativa.

- Párame ahora, porque luego no sé si podré -- me dijo.

Debería haberlo detenido, me había dado esa opción, pero no fui capaz. Mi silencio fue el desencadenante para que sus labios rozaran los míos. Sus manos subieron por mi camiseta hasta llegar a mis pechos y rozar mi pezón

con sus dedos, empezó a jugar con ellos, haciendo que mi espalda se arqueara para conseguir más contacto. Estaba segura de que si estábamos a menos cero grados yo no iba a tener frío. Todo mi cuerpo ardía en deseo, mientras mi lengua recorría su boca juguetona. Mis manos buscaron su camisa para rozar aquella piel que tanto había deseado. Su piel tersa, estaba caliente, tanto como la mía. Bruno se juntó más a mí y pude notar con claridad su erección que rozaba mi entrada bloqueada por las capas de ropa que aún tenía. Me tensé ante el contacto, y empecé a moverme para conseguir más roce. Bruno gruñó y yo no pude evitar gemir.

- Si sigues haciendo eso me correré antes de tiempo -- me dijo.

Yo no pude evitar soltar una risita. Me gustaba saber que también le hacía perder el control, que tenía capacidad para hacerle arder como él lo hacía conmigo.

De repente, el sonido de las llaves abriendo la puerta nos hizo apartarnos de golpe. Ambos nos incorporamos como si estuviéramos cometiendo un crimen. Mara entró por la puerta, y se nos quedó mirando unos largos segundos antes de echarse a reír a carcajadas. Fruncí el ceño.

- He interrumpido una escena caliente, ¿verdad? -- preguntó dirigiéndose hacia su habitación -- No os preocupéis, que yo ya me voy a dormir, podéis seguir con lo vuestro.

- Yo la mato -- murmuré.

Bruno estaba aguantándose la risa y eso me relajó un poco, aunque seguía teniendo la erección y su respiración era entrecortada, parecía divertido por haber sido pillados.

- Bueno, creo que será mejor que me marche -- dijo.

No pude evitar sentir desilusión, aunque en el fondo sabía que era lo mejor, no iba a tener sexo en el sofá con Mara en el piso. Asentí, conforme.

- ¿Vendrás a la inauguración del local de Mara? -- le pregunté antes de que saliera por la puerta.

- ¿Cuándo es? -- me preguntó.

- En dos días, a las siete -- le informé.

- Allí estaré -- me dijo.

Se inclinó hacia mí y me dio un casto beso en los labios antes de salir de casa. Yo no pude evitar sonreír mientras observaba como se iba.

## CAPÍTULO 18.

# Bruno

ooooo

No había dejado de pensar en la otra noche. Si no hubiese sido porque Mara nos había interrumpido habiéramos acabado revolcados en el sofá. No me hubiera arrepentido, tenía el miembro tan duro que me dolían los pantalones y tuve que ducharme con agua fría y masturbarme en cuanto llegué a casa para aliviarme. Aun así, quizás había sido lo mejor, pues el revolcón solo hubiera sido un calentón del momento y Etnia se merece algo mejor.

Por la tarde, David se presentó en mi piso. Tenía ojeras y la piel pálida. Lo primero que hizo fue tumbarse en el sofá y mirar al techo mientras suspiraba, como si necesitara desconectar de algún lugar. Supuse que todo eso era por su padre, así que no comenté nada y me senté a su lado, esperando a que fuera él quien hablara primero.

- He conocido a alguien -- soltó de pronto.

Eso sí que no me lo esperaba. Me incorporé en el sofá para mirarle de frente, pero no había dejado su posición. Esperé a que siguiera hablando, pero no lo hizo.

- Tú siempre conoces a alguna, cada noche diría yo -- solté.

Se incorporó y me miró, entre cabreado por mi comentario y algo avergonzado. Aquí había gato encerrado.

- Esta es diferente -- se defendió.

- El señor David, mujeriego desde tiempos inmemoriales, ¿se ha enamorado? -- pregunté con sorna.

No sabía si creérmelo o no.

- Yo no he dicho que esté enamorado -- se defendió -- solo que he conocido a alguien.

- Diferente -- puntalicé.

- Sí, ¿y qué? -- dijo a la defensiva.

- Vale, vale, tranquilo -- dije alzando las manos en señal de paz -- Si a mí me da igual, algún día te enamorarás y no pasará nada.

- ¡Qué no estoy enamorado! -- volvió a decir, casi gritando.

- De acuerdo -- acepté, aunque no le creí ni una palabra.

Estaba intrigado sobre quien era esa chica que le había puesto así, tendría que darle una medalla cuando la conociera. Sacudí la cabeza, divertido con mis pensamientos mientras David me miraba con el ceño fruncido, seguramente preguntándose que pasaba por mi cabeza en esos momentos.

- ¿Has averiguado algo más de lo de tu padre? -- preguntó David, claramente queriendo cambiar de tema.

Negué con la cabeza. Había pensado volver a acercarme aquella misma noche, pero con David no lo tenía tan claro, seguro que si se lo contaba se querría venir, y tenía la sensación de que todo aquello iba a ser demasiado peligroso.

- ¿Qué tienes pensado hacer? -- me preguntó curioso.

Le miré y me encogí de hombros. Aunque no fue una buena elección como respuesta porque David me miró con el ceño fruncido.

- Ni se te ocurra pensar en hacer algo tú solo -- soltó -- Te conozco, es justo lo que estabas pensando -- me acusó.

Suspiré. El problema con David era que me conocía demasiado bien.

- Tenía pensado ir esta noche otra vez y grabarlo.

- Bien, pues esta noche vamos -- dijo seguro.

En cuanto llegamos a la nave ya empezamos a ver movimientos inusuales. Hoy no era día de cargamento, antes de ir había ido a la oficina para asegurarme de los horarios de cargamento y no confundirnos, por suerte hoy era un día en que no tenía que haber ninguno. Aún así, había un par de camiones en la parte trasera de la nave. Desde nuestra localización no podíamos ver que ocurría, aún así, me dispuse a encender la cámara e hice un par de fotos.

- Tendremos que acercarnos más si queremos saber que cargan -- me susurró David tras de mí.

- Vamos a acercarnos más -- le dije.

Empezamos a caminar agazapados a la pared. Si hubiera sido en otro momento aquella situación me hubiera parecido graciosa. Pues David se había puesto completamente de negro como un buen espía, había insistido en el tema, pues según él, si no se ponía la ropa apropiada era como gafar la misión. Yo, en cambio, llevaba una camisa azul oscuro y unos pantalones tejanos, exactamente igual que había ido todo el día.

- Cargad eso de una puñetera vez -- dijo una voz grave.

Me paré en seco e indiqué a David que hiciera lo mismo y que mantuviera silencio, pues parecía que las voces se acercaban.

- Si no te gusta como lo hago vienes y lo haces tú -- dijo otra voz.

- No me vaciles niño -- soltó la misma voz.

- Pues no me toques los huevos -- instó la voz más joven.

- Puto niño -- murmuró otra voz.

Parecían estar muy cerca, seguramente ya estarían cargando, aunque no se escuchaba ninguna máquina funcionar, así que supuse que lo estarían haciendo a mano.

Alcé la vista para observar las cámaras de seguridad, pero por una extraña razón las luces de las cámaras parecían apagadas. Era extraño, pues las otras veces, simplemente habían buscado un punto muerto.

- Tendremos que distraerles si queremos acercarnos -- me susurró David.

- ¿Y cómo quieres hacerlo? -- le pregunté.

- Tengo una idea.

Dicho esto, dio media vuelta y desapareció en la vuelta de la esquina. Yo me quedé en mi sitio, intentando escuchar alguna otra conversación que me diera una pista, pero solo se escuchaban los movimientos de cajas y las pisadas.

De repente, el sonido de un motor venir a toda velocidad me hizo girarme para ver como David derrapaba con su coche al dar la vuelta y venía a toda velocidad hacía el camión. Por un segundo me quedé tan anonadado que no supe reaccionar. ¿Qué narices tenía pensado hacer aquel zumbado? Volvió a derrapar justo al llegar al camión. Llevaba la música a todo trapo y bajó las ventanillas para que se escuchara más. No me había percatado que los sonidos del interior habían terminado, puesto que se habían quedado quietos al escuchar el coche.

- ¡Capullos! -- gritó David a voz en grito - ¿Tenéis algo de alcohol por ahí?

Algunos hombres salieron de detrás del camión y tuve que pegarme a la pared para que no me vieran, no parecían demasiado contentos con la interrupción.

- Vete con la borrachera a otra parte -- dijo uno de ellos.

- No seas así, hombre, seguro que tienes algo por ahí, tienes cara de meterte de todo -- soltó el capullo de David.

Como no se callara le iban a partir la cara. Yo por mi parte, reaccioné y entré en la nave directo hacia la parte trasera del camión. Cuando llegué, vi las pilas de cajas junto a varias bolsas de polvo blanco. Sin pensármelo dos veces corté una un poco y chupé mi dedo para coger ese polvo que bien podía haber pasado por azúcar, al probarlo, supe al instante que se trataba de cocaína. Los muy capullos estaban traficando con la empresa. Saqué mi móvil e hice un par de fotos antes de desaparecer de allí cagando leches.

# CAPÍTULO 19.

# Etnia

ooooo

Estaba en la inauguración de Mara. Vestida con un vestido de fiesta de su nueva colección, justo en la entrada, con una bandeja en la mano con la que invitaba a toda la gente que entraba a una copa. ¿Y que hacía yo de esa guisa? Pues mi gran amiga, que en esos momentos me parecía una mala bruja, me había engatusado a última hora para hacer de modelo y camarera. Cuando le pregunté porqué no me había avisado antes me dijo literalmente: "Te hubieras negado". Y tenía razón, lo hubiera hecho. Es más, me había negado en rotundo cuando hacía un par de horas me había plantado ese vestido ante mis narices. Pero después de haber hecho unos cuantos pucheros diciendo que no había nadie que hiciera ese papel, acabé cediendo. Eso sí, tenía claro que me debía una. ¡Y muy gorda!

A parte de mi situación incómoda, debía admitir que el local le había quedado de lujo, y la gente no hacía más que entrar, coger una copa y picar algo de la gran mesa que había puesto en el centro con aperitivos. Incluso le había visto coger hora para alguna mujer que quería hacerse un vestido a medida.

Muño también estaba por dentro, y para su suerte, al ser hombre, no iba disfrazado con algún invento de nuestra amiga. De tanto en tanto le veía mirarme y reírse por lo bajo, yo le gruñía disimuladamente. Estaba segura de que también había tenido algo que ver.

Miré el reloj por decima vez. Bruno estaba tardando demasiado, y esperaba que se acordara de la inauguración, pues me había dicho que vendría. Suspiré, quizás estaba un poco obsesionada, tan solo hacía una hora que había empezado, tenía que darle tiempo.

Habían pasado varias horas. Mis padres también habían asistido a la inauguración, pero se habían ido al poco rato puesto que mi hermana volvía al colegio al día siguiente y tenían que descansar. Yo había seguido haciendo de maniquí, mientras Mara saludaba a todos los asistentes y Muño le hacía de acompañante. Incluso, algunos asistentes ya empezaban a marcharse y el local estaba cada vez más vacío. Supe en ese instante que Bruno no iba a aparecer, tendría cosas más importantes que hacer que asistir a algo que yo le había pedido. Estaba claro que no le importaba tanto como había pensado.

De repente, un chico alto y trajeado apareció por el fondo de la calle. A aquellas horas, que la calle estaba prácticamente desierta era raro encontrarse

a alguien, más con la elegancia con la que iba vestido. A medida que se fue acercando me di cuenta de su gran estatura y su porte, parecía sacado de una revista. Su pelo rubio y rizado contrarrestaba con la tez pálida y los ojos azules como el cielo. ¿Quién era aquel chico?

- ¿Cómo vas por aquí Etnia? -- me dijo Muño a mi espalda.

Me giré sobresaltada para mirarle, pero él ya no me prestaba atención si no que miraba un punto más allá de la calle, justo al mismo chico que miraba yo con anterioridad. No me extrañaba que se quedara tan embobado. Aquel hombre estaba de toma pan y moja desde luego. Cuando llegó a nuestra altura se quedó quieto observando detenidamente a Muño. Por un segundo me sentí en segundo plano. Miré a mi amigo que también le miraba fijamente y supe que ahí había algo raro.

- ¿Qué haces aquí? -- soltó Muño de pronto, sorprendiéndome.

Nunca le había visto tan serio. Parecía a punto de saltar sobre el chico y no tenía muy claro si para comérselo o para matarlo.

- Me invitaste a la inauguración y no quería faltar -- respondió el chico algo nervioso.

- Creo que quedó bastante claro después de la última vez que la invitación quedaba anulada, como todo lo demás -- gruñó mi amigo.

- Muño, yo... - empezó a intentar el chico.

- No, no quiero saberlo, tuviste la oportunidad de hablarlo en su momento, no ahora -- soltó intentando dar media vuelta.

Yo seguía parada en la puerta, en mitad de toda aquella escena rocambolesca. Muño parecía que se ha olvidado de mi presencia, por no hablar del chico que ni tan siquiera me había echado un vistazo.

El chico le agarró por el brazo impidiendo que huyera. Muño intentó zafarse, pero gruñendo volvió a encarar al muchacho.

- Sólo dame otra oportunidad, prometo que esta vez no te fallaré -- le imploró.

- Ya has perdido demasiadas oportunidades -- contestó mi amigo --  
Márchate.

El muchacho, decaído, soltó a Muño lentamente, como si le costara alejarse de él. Dio media vuelta y retomó el camino por el que había venido. Muño se quedó en el mismo sitio, observando su marcha, sabía que, aunque había sonado duro, debía de importarle aquel chico, su mirada lo delataba.

Muño se giró, con los puños apretados y se quedó parado al verme. Como si realmente no se hubiera percatado de mi presencia hasta aquel momento.



- ¿Qué ha sido todo eso? -- pregunté incapaz de contenerme.
- Nada -- sacudió la cabeza -- Nada importante.
- Parece que para ti si lo es -- insistí.
- Lo era -- dijo intentando sonar seguro.

Encaré una ceja, escéptica. No me creí una palabra. Cuando a Muño no le importaba algo directamente lo ignoraba, no le montaba el pollo del siglo en mitad de la calle. Estaba claro que lo que fuera que había pasado con aquel chico era demasiado reciente.

- Creo que si te importa deberías hablarlo con él -- comenté.
- Ya te he dicho que no me importa.
- Y yo no te creo -- le dije encogiéndome de hombros.

Una pareja salió del lugar y me despedí educadamente, como buen maniquí de moda. Cada vez quedaban menos personas.

- Solo digo que a veces el orgullo es peor -- seguí diciéndole.
- ¿Y qué pretendes que haga? -- me preguntó.
- Que hables con él y dejes que te de esa explicación, si no te convence estarás a tiempo de mandarle a la mierda.
- Ahora ya da igual -- suspiró -- Se ha ido, y no puedo ir a buscarle a su casa y llevarle a la mía tampoco así qué...
- Iros a mi piso -- propuse -- A Mara tampoco le importará.
- ¿Y dónde vas a ir tú? -- me preguntó.
- Puedo ir donde mis padres y Mara llegará tarde, la he visto muy entretenida con uno ahí dentro -- le dije señalando el interior del recinto.

Antes de que me contestara rebusqué en mi bolso para encontrar las llaves. Una vez las encontré, se las lancé sin esperar respuesta. Muño las cogió al vuelo. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

- Te debo una -- me dijo.

Se marchó casi corriendo sin que pudiera contestarle que no me debía nada. Sacudí la cabeza riendo. Mis padres se iban a llevar una sorpresa cuando me vieran en casa. Suerte que siempre llevaba todas las llaves en el bolso.

Volví a entrar en la tienda mientras otras personas salían. Tan solo quedaban unas cuantas personas rezagadas. Me acerqué a donde Mara hablaba con una mujer y su hija adolescente. El chico con quien la había visto anteriormente estaba algo apartado, aunque se notaba que tan solo dejaba a Mara hacer su trabajo. Seguro que en cuanto la mujer se marchara, volvía a acercarse a ella. Como si lo hubiera predicho, la mujer se despidió de Mara

prometiéndome volver más adelante. El chico, no tardó en dar media vuelta y acercarse a Mara. Tuve que dar varias zancadas rápidas para llegar a su altura al mismo tiempo que él.

- Lo siento, pero te robo a mi amiga un momento -- le dije.

Sin darle tiempo a que respondiera arrastré a Mara para apartarla del tumulto de gente. Mi amiga me miraba entre sorprendida y enfadada, pero me dio igual, pues tenía que contarle lo que había pasado con Muño.

No tardé nada en hacer un resumen de lo que había pasado. Mara parecía que ya conocía al chico del que le hablaba, que para mi sorpresa yo no tenía ni idea de nada. ¿Des de cuando aquellos dos se contaban las cosas y me excluían? Mara debió de notar mi cara, porque rápidamente intentó excusar a nuestro amigo.

- Has estado preocupada por tu hermana y no quería meterte sus problemas en la cabeza -- me explicó.

- ¿Qué tendrá que ver? Soy su amiga, me lo puede contar, aunque yo no esté pasando un buen momento.

- Lo sé, seguro que tenía pensado contártelo, pero entre una cosa y otra se le habrá pasado.

- Supongo -- dije, no muy convencida.

Mi hermana hacía tiempo que se había despertado, sí que es verdad que había estado ajetreada con el comedor social, el trabajo y con Bruno, pero aún así... La rabia volvió a mí en cuanto recordé a Bruno. Miré inconscientemente a la puerta, para no ver a parecer a nadie.

- No te preocupes por mí, que ya tengo donde dormir -- me dijo guiñándome un ojo.

Me reí. Y me despedí de mi amiga. Ya se hacía tarde y tan solo quedaban un par de personas y los dos tortolitos. Mañana sería otro día y tenía que empezar a comprender que entre Bruno y yo no habría nunca, nada más.

## CAPÍTULO 20.

# Bruno

ooooo

Llegamos a mi piso en silencio. Yo tenía un cabreo descomunal en el cuerpo, sabía que si abría la boca era muy probable que me pusiera a gritar, o peor aún, que me plantara en la mansión de mi padre a pedirle explicaciones. No quería creer que tuviera algo que ver, bien podría ser que algunos trabajadores nos la estuvieran jugando a los dos. Ojalá, y fuera eso. Pero conocía a mi padre, y sabía, que, en el fondo, nunca había sido trigo limpio. Sacudí la cabeza cuando David aparcó en el parquin subterráneo. Él tampoco había abierto la boca en todo el trayecto, y después del numerito que había montado para distraerles me parecía bastante extraño.

- Bueno... - empezó a decir cuando quitó las llaves del contacto, sumiéndonos en un silencio sepulcral.

- Crees que mi padre tiene algo que ver, ¿verdad? -- le pregunté.

Él y mi padre nunca se habían llevado bien, eso saltaba a la vista cada vez que se veían, así que no me extrañaría para nada que David sospechara de él a la primera de cambio. Creo, que, en el fondo, hasta estaría disfrutando de saber que mi padre era más capullo de lo que aparentaba, y ya era decir.

- Es el principal sospechoso, sí -- dijo David convencido.

- ¿Por qué piensas eso? -- pregunté.

En mi fuero interno deseaba que me quitara mis propias ideas de la cabeza, convencerme a mi mismo que mi padre solo era un capullo más, no uno que, además, era un traficante.

- ¿Crees de verdad que tu padre no se enteraría de algo así en su propia empresa? -- soltó una carcajada -- Estamos hablando de Jaime Rojas, ¡él se entera de todo! ¿Te acuerdas cuando éramos pequeños y queríamos quedar, pero tu padre no nos dejaba estar juntos? Siempre que ideábamos alguna para vernos, tu padre nos acababa pillando, daba igual lo buena que fuera.

Me reí al recordar alguna de las anécdotas de nuestra infancia.

- Tú padre lo sabe Bruno, de eso no me cabe la menor duda -- aseguro David.

Suspiré. Aquello iba a ser complicado, primero tenía que pasarle todas las pruebas a Guillermo y rezar para que mi padre no sospechara que lo sabíamos.

- Mañana hablaré con Guillermo para enseñarle las fotos -- anuncié.

David asintió con la cabeza, conforme, y se volvió a hacer el silencio en el

vehículo.

- ¡Oh, mierda! -- exclamé de pronto.

David me miró como si me hubiera salido dos cabezas, yo me puse frenético buscando el móvil para mirar la hora que era. Cuando al fin lo encontré me di cuenta de algo, ¡me había perdido la inauguración de Mara!

- ¡Seré gilipollas! -- volví a exclamar en alto.

- ¿Se puede saber que narices te pasa? -- me preguntó mi amigo sin entender nada.

Salí del vehículo como una tromba, revolviéndome el pelo nervioso. ¿Ahora que narices le iba a decir a Etnia?

- Me he olvidado de la inauguración de Mara, hace como tres horas que ha debido de acabarse -- le expliqué a mi compañero.

- ¿Y tan importante es? -- preguntó sin entender.

- Etnia me había invitado, ¡pues claro que es importante!

- Bueno, pues tendrás que ir a disculparte -- dijo encogiéndose de hombros como si tal cosa.

A veces me daban ganas de estrangular a mi amigo. Me giré y empecé a caminar en dirección a la salida del aparcamiento. Tenía que ir a disculparme, aunque no tenía ni puta idea de que iba a decirle. Le hice un gesto de despedida a David en la lejanía, sin tan siquiera girarme, mientras mi amigo me iba gritando improperios a lo lejos.

Cuando llegué al apartamento no sabía si llamar la puerta, por un momento tuve miedo de lo que pudiera encontrarme. Seguramente me abriría con cara de cabreo, y tampoco tenía muy claro que le diría para disculparme, estaba claro que la verdad no se la podía contar.

Finalmente, me decidí y llamé al timbre. Estuve esperando un rato hasta que finalmente empecé a escuchar movimiento en el interior. Una puerta abrirse, pasos y un chillido nada femenino seguido de algo caerse al suelo. ¿Qué narices ocurría? Empecé a ponerme más nervioso, hasta que finalmente se abrió la puerta. Iba a preguntar si estaba bien por los ruidos que había escuchado, hasta que me di cuenta que no era Etnia quien tenía delante, si no un chico en calzoncillos que me miraba con legañas en los ojos y el ceño fruncido.

- ¿Y tú, eres? -- preguntó con aires de superioridad.

- Nadie -- contesté.

Me di media vuelta con los puños apretados. *¡Y yo preocupándome por haberla dejado tirada! No parece que le importe una mierda, ya se*

*entretiene solita, pensé. Ya te está bien empleado, no te ha prometido amor eterno, pensó mi subconsciente. ¿Y yo para que coño quiero amor eterno? Le contesté. ¿Y que cojones hago hablando solo? Me pregunté mientras se cerraban las puertas del ascensor.*

Al día siguiente me desperté con un dolor de cabeza terrible. Cuando miré el reloj eran las diez de la mañana, sabía que no llegaba a la oficina a tiempo, en realidad, hacía una hora que debería de estar allí, pero me daba lo mismo. No estaba de humor.

De repente, sonó el móvil, descolgué sin mirar siquiera de quien se trataba y me arrepentí en cuanto escuché su respiración.

- ¿Se puede saber porqué Eusebio está en la puerta de tu oficina y dice que no estás? -- gruñó mi padre.

- Hoy no me encuentro bien -- dije, como excusa.

En realidad, era verdad, tenía el típico dolor de cabeza de después de una borrachera, como si estuviera con una resaca de mil demonios, pero sin haber bebido nada.

- ¡Me importa una mierda como te encuentres! -- gruñó mi padre --

Levanta tu culo de donde estés y te quiero en veinte minutos en la oficina.

Dicho esto, colgó. Dejándome la palabra en la boca. ¿Y a quién coño le mandaba a Eusebio presentarse hoy en la oficina?

Después de dos horas aguantando el careto de Eusebio, por fin salió de la oficina dejándome tranquilo. Por un momento había creído que nos habían pillado figoneando en sus chanchullos, pero no parecía ser el caso, Eusebio solo me había hablado sobre mi condena y que todo el papeleo estaba arreglado.

Más tarde llamé a Guillermo para explicarle lo que habíamos descubierto la noche anterior y poder entregarle las pruebas. Había cogido incluso una bolsa del cargamento del camión. Dudaba que la echaran de menos.

Quedé con Guillermo en mi apartamento, puesto que sacar una bolsa con cocaína en un lugar público no me parecía la mejor idea. También había guardado en mi caja fuerte las imágenes que habíamos conseguido. Las tenía guardadas en mi móvil, en el ordenador y además las copias que le proporcionaría a mi amigo.

- Me gustaría que la próxima vez que nos viéramos fuera solo para tomar una caña -- me dijo Guillermo saludándome con un apretón de manos.

- Puedes salir a tomar una caña con David y conmigo cuando quieras

-- le propuse.

- Me la apunto -- me aseguró con una sonrisa.

Le indiqué donde podía sentarse.

- Te traeré una cerveza para compensar -- le dije.

- No te diré que no.

Me fui a la cocina a por la cerveza y me cogí una para mí. Ya tenía todo preparado encima de la mesa central del comedor. Cuando entré al comedor, Guillermo estaba con la bolsa de cocaína en la mano y frunciendo el ceño.

- ¿Y esto? -- preguntó.

- Un regalito que mi padre llevaba en un camión -- comenté con ironía.

- Así que es esto lo que cargaban -- murmuró para sí mismo.

Nos sentamos en el sofá y ambos dimos un trago de cerveza para pasar el mal trago al que nos enfrentábamos.

Después de mucho rato hablando, Guillermo se llevó todas las pruebas que le había proporcionado, aunque opinó que deberíamos deshacernos de la cocaína. Así que en cuanto salió de casa vacié la bolsa por el fregadero. Ahora solo quedaba esperar. Guillermo creía que gracias a sus contactos conseguiría una orden de registro, aún así, tampoco me daba grandes esperanzas. Lo que sí sabía era que si alguien podía conseguirlo era él.

## CAPÍTULO 21.

# Etnia

ooooo

Llevaba toda la mañana en casa de mi padre. Celia me había despertado muy eufórica a las ocho de la mañana y yo tenía un sueño que no me aguantaba. Ayer había llegado reventada de la inauguración. Se había presentado más gente de la que pensaba y me alegraba un montón por Mara.

Mi padre se había ido a trabajar y Teresa había salido un momento a comprar, dejando al pequeño demonio a mi cargo. Mis padres decían que era mejor que todavía no fuera al colegio y que se repusiera completamente, aunque viéndola ir de arriba para abajo en la habitación con un par de muñecas para bañarlas y vestirlas me hacía ver que Celia estaba completamente repuesta y que los que necesitaban reponerse eran ellos, en especial mi padre. Teresa ya le había comentado varias veces que Celia era perfectamente capaz de volver al colegio y en realidad, la pobre, tenía muchas ganas, no dejaba de repetir que quería ver a sus amigos y que en casa se aburría.

- Etnia, ¿quién quieres ser? ¿Paola o Sofía? -- me preguntó mostrándome a sus dos muñecas.

- Paola, ¿Qué gracia tiene jugar con una muñeca que luego no puedes peinar? -- pregunté.

- Sofía es moderna, ya verás cuando la vista -- me dijo muy convencida.

Me acerqué a mi hermana y cogí la muñeca de pelo largo y negro. Nos dispusimos a hacer ver que las bañábamos y que luego las poníamos guapas para irse de fiesta. Celia había sacado la ropa de cuando era bebé para poder vestir a sus muñecas.

- ¿De donde has sacado toda esa ropa? -- pregunté no muy convencida.

- Mamá la guarda encima del armario -- dijo mientras rebuscaba.

- ¿Y cómo has llegado allí? -- pregunté.

- Pues con una silla.

- ¡Como se te ocurre subirte a una silla tu sola! Te podrías haber hecho daño, tienes que avisarme cuando quieras hacer estas cosas. Verás como se entere papá -- la regañé.

- No se lo dirás, ¿verdad? -- me preguntó horrorizada.

- No se lo diré si me prometes que no lo volverás a hacer.

- Te lo prometo -- dijo haciendo morritos.

Suspiré y di por zanjado el tema. Estuvimos jugando el resto del día, hasta que Teresa volvió para hacer la comida. Comí en casa de mis padres y me fui para el piso. Suponía que Muño ya se habría ido. Aquel día solo me apetecía tumbarme nuevamente en la cama y echarme una siesta.

Cuando abrí la puerta de casa quise matar a mis amigos. Lenta y dolorosamente. Estaban las dos parejas en el comedor. Muño y su novio, o lo que fuera ese buenorro sin camiseta que estaba sentado a su lado en el sofá muy acaramelados. Mara estaba en la puerta de la cocina y su ligue salía justo del baño. Fantástico. Mi tranquilidad a tomar por culo.

Todos me miraron al entrar y se hizo el silencio en la sala.

- ¿No tenéis casa? -- solté con todo mi mal humor.

- Yo estoy en la mía -- dijo Mara encogiéndose de hombros.

La miré con cara de asesina. No estaba para bromas. No había dormido en toda la noche y quería descansar. Le había dejado la casa a Muño, pero se suponía que iba a ser solo aquella noche y ya eran las tres de la tarde, y para colmo Mara estaba con su ligue, ¿por qué no se había quedado donde fuera que habían pasado la noche? Dios, estaba siendo algo energúmena, pero no podía evitarlo.

- He intentado llamarte todo el día y no me cogías el teléfono -- comentó Muño.

- He tenido que cuidar de mi hermana, no me he fijado en el teléfono.

- Bueno, era para decirte que Bruno estuvo aquí a noche -- soltó.

Mi corazón se detuvo y mi cara debió de ser un poema, no sabía si alegrarme, matar a alguien o cabrearme mucho más de lo que ya estaba.

- Le abrí yo, no parecía muy contento con mi presencia y creo que se pensó lo que no era, aunque tampoco me dejó explicarle nada porque se marchó -- me explicó el buenorro.

Genial. Ahora Bruno se pensaba que me tiraba a cualquiera.

Me dirigí al sofá y me senté al lado de mi amigo con un largo suspiro. ¿Tenía que llamar a Bruno y darle explicaciones? ¿A caso se las merecía?

- Bueno... - empezó a decir el compañero de Muño -- Creo será hora de que me vaya.

- Sí, creo que yo también -- dijo el compañero de Mara que se había quedado como un pasmarote en la puerta de la cocina.

En silencio los dos hombres que no conocía de nada se marcharon del piso, dejándonos a nosotros tres sumidos en nuestros pensamientos. Sentí



como Mara también se sentaba en el sofá y por unos segundos los tres nos quedamos en silencio, mirando a la nada.

- ¿Qué vas a hacer? -- preguntó Mara rompiendo el silencio.
- Deberías explicarle el malentendido -- comentó Muño.
- Me dejó tirada, ¿y luego se presenta en casa? -- pregunté enfadada.
- Quizás le surgió algo -- comenta Mara.
- ¿A las dos de la noche? -- pregunté incrédula.

Mara se encogió de hombros, no tenía una respuesta y yo tampoco. No entendía nada, pero quizás debería llamarle para pedir una explicación, y si me convencía, quizás le explicaría que estaba equivocado y le aclararía el malentendido.

Cogí el teléfono para llamarle, pero no me lo cogió.

Muño se fue al poco rato, y finalmente nos quedamos Mara y yo en el piso. El cansancio se me había pasado de golpe y no paraba de moverme por el piso, intentando llamar sin respuesta. Cada vez me estaba cabreando más. Al final solté el móvil con fuerza sobre la mesa en un golpe seco.

- ¿No te lo coge? -- preguntó Mara saliendo del baño.

Se había ido a duchar mientras yo seguía discutiéndome con el teléfono.

- No sé ni para que me estoy esforzando -- dije derrotada y enfadada.
- Por qué te importa -- me dijo mientras se secaba el pelo con la toalla.

La miré de malas maneras. Me conocía demasiado bien. Pero en aquel momento no quería pensar en los sentimientos que me provocaba Bruno.

- ¿Y que me dices de ti? -- le pregunté - ¿Quién era ese chico?

Mara se encogió de hombros, como si aquello no fuera con ella.

- Un chico que le gusta la moda tanto como a mí, y folla bien, sin más -- soltó.
- ¿Y ya está? -- pregunté incrédula.
- Sí, ya está. ¿Qué más quieres? -- preguntó soltando la toalla -- No busco nada serio, conectamos de manera profesional y sexual, nada más.
- Genial -- dije algo alucinada.

Siempre me sorprendía la manera tan natural y simple que tenía Mara de ver el sexo y las relaciones. Los hombres siempre se le habían rifado y ella se había aprovechado de ello si le interesaba. Hacía tiempo que no traía a nadie al piso y creía que por ello buscaba algo más serio esta vez, pero estaba claro que no era así.

- Creo que yo puedo saber donde encontrar a Bruno -- dijo después

para mi sorpresa.

- ¿Dónde? -- pregunté no muy convencida.

- Su amigo David tiene un taller, alguna vez le he visto por ahí, puede que esté con él.

- ¿Y tú como sabes eso?

- He ido alguna vez -- dijo de manera difusa.

- ¿A qué?

Mara no tenía coche, decía que en Valladolid no era necesario para moverse por la ciudad, así que aquello no podía ser casualidad.

- Voy a cambiarme y te acompaño -- dijo dando media vuelta para irse a la habitación.

*¿Y a esta qué la pasa?* Me pregunté. Llevaba días ocultándome algo, parecía que tanto Muño como ella lo habían hecho en los últimos tiempos. Entendía que quizás había estado algo ausente a causa de lo de mi hermana, pero se suponía que éramos amigos. Tendría que hablar con Mara seriamente en cuanto consiguiera solucionar el malentendido con Bruno.

## CAPÍTULO 22.

# Bruno

ooooo

David estaba arreglando un Chevrolet, llevaba el mono del trabajo y estaba debajo del coche, mientras me iba pidiendo que le pasara algunas herramientas. Tenía la sensación de que me había llamado para que le hiciera de chacha. El caso era que llevaba un rato en aquel taller que tiraba a duras penas. Su padre no había aparecido por el taller y aunque David no me había comentado nada suponía que estaría en casa durmiendo la mona. A veces me daban ganas de arrearle un par de guantazos a ver si espabilaba, aunque era David quien tenía que poner las cosas claras.

David salió de debajo del coche y se sentó en el suelo mientras se secaba el sudor con la manga del mono.

- ¿Por qué no vas a por unas cervezas? Me muero de sed -- me dijo.

- Oye, vas a tener que empezar a pagarme por ser tu recadera -- le dije medio en broma.

- Anda, no seas *usmias*, que tú te vas a coger otra -- soltó.

Le miré de mala gana y me fui hacia el despacho donde tenía una pequeña nevera con algo de bebida. Cogí un par de cervezas y volví a entrar al taller. Ya no se escuchaba ninguna máquina funcionar. Cuando salí del despacho me sorprendí al ver a dos chicas hablando con David, pero lo mejor fue cuando reconocí a Etnia. Inconscientemente apreté la cerveza más de la cuenta. ¿Qué hacía aquí? Respiré hondo y me acerqué al grupo que parecían ajenos a mi presencia. Cuando quedaban pocos metros para llegar a su altura, David se giró.

- Bruno, ¿por qué no traes dos botellines más para las chicas? -- me dijo.

Estuve a punto de soltar una barbaridad cuando Mara se acercó hacia mí y me quitó los dos botellines de la mano.

- Esto es para David y para mí, vosotros dos podéis ir a por otra -- dijo con una sonrisa.

Me quedé con cara bobo mientras veía como Mara le daba la cerveza a David y le cogía del brazo, instándole a salir del taller a paso raudo. David no pareció que le importara mucho, pues se giró para mirarme como si no entendiera nada y se encogió de hombros siguiendo a Mara hasta la salida.

Me crucé de brazos, indignado. ¡Vaya amigo!

Cuando Etnia y yo nos quedamos a solas me atreví a mirarla, pues me

había quedado mirando hacía donde habían salido David y Mara. Etnia parecía nerviosa, se frotaba las manos una y otra vez e intentaba guardarlas en bolsillos que no tenía, pues se había puesto un vestido corto de punto de color vino.

- ¿A qué has venido? -- le pregunté de malas maneras.

Era mirarla y acordarme del chico en calzoncillos del otro día. Tuve que apretar los dientes con fuerza para contenerme.

- Creo que ayer hubo un malentendido y quería aclararlo, pero sobre todo he venido a por una explicación, ¿por qué no viniste?

- Me entretuve en el trabajo con unos documentos importantes -- le dije.

- ¿No podían esperar para otro día? ¿O llamarme por lo menos? -- preguntó frunciendo el ceño.

- Me enfasqué demasiado en el trabajo, no miré ni la hora, pero de todas maneras tampoco parecía que me echaras mucho de menos -- dije recordando nuevamente al tío en calzoncillos.

Etnia alzó una ceja como si le estuviera diciendo algo fuera de lugar. ¿Qué se pensaba? Apreté los puños con fuerza a ambos costados y tuve que morderme la lengua para no soltar varios improperios.

- Faltaste a algo importante para mí y ni tan siquiera tuviste la decencia de avisarme, no tienes ningún derecho a echarme nada en cara, pero, de todas maneras, como no quiero malentendidos, que sepas que el tío que encontraste era el ligue de Muño -- mi cara fue todo un poema.

- Sí, aquel tío era gay -- dijo aclarándomelo -- yo he dormido en casa de mis padres.

Etnia se dio la vuelta muy cabreada y se dirigió hacia la salida. Tardé un rato en reaccionar, quizás había estado equivocado todo aquel tiempo, así que me había lucido con ella. Era un completo idiota, estaba claro.

Cuando reaccioné, Etnia estaba a punto de salir por la puerta. Llegué a su altura y la cogí por el brazo para detenerla. Ella se giró lentamente, como si temiera lo que se fuera a encontrar tras de sí.

- Perdón, ¿vale? -- la solté y me pasé la mano por la cabeza -- Tenía mucho trabajo, no me acordé, siento no haberte llamado, te lo puedo compensar. Déjame invitarte esta noche a cenar.

- ¿También fallarás a esta cita? -- me preguntó.

- No, no volveré fallarte, lo prometo -- le dije con sinceridad.

Suspiró y paseo la mirada por su alrededor, como si lo motores de los

coches tuvieran la respuesta a todas sus dudas. Esperé a su respuesta mientras me recreaba en su rostro y en los gestos que hacía mientras pensaba.

- Está bien, tendremos una cita -- me dijo.

Sonreí.

- Para que veas que voy en serio podemos empezar ahora mismo, vayámonos de aquí -- le ofrecí.

- Pero... - empezó a decir.

No la dejé terminar y la cogí del brazo para sacarla de allí. Empecé a caminar en dirección a la salida.

- Tengo que cambiarme, y avisar a Mara -- iba diciendo detrás de mí.

- Así estás fantástica -- le dije mientras salíamos por la puerta.

- Pero Mara... - siguió insistiendo.

Dimos la vuelta a la esquina en dirección a mi coche, no tenía ni idea de como había venido hasta allí, pero me daba igual, si había venido con su coche ya lo vendríamos a recoger después. Lo importante ahora era meterla en mi coche para que no pudiese arrepentirse en el último momento. Me sentía un poco secuestrador en aquel instante. Justo dimos la vuelta a la esquina que nos topamos de frente, a lo lejos, a Mara y a David en pleno apogeo. Mara estaba contra la pared rodeando a David con sus brazos mientras él la besaba apasionadamente. Me quedé estático de golpe. Etnia tuvo que asomarse por detrás de mi cuerpo para observar lo que había visto.

- Pero ¿qué...? -- dijo mientras los miraba embobados.

- Será mejor que nos vayamos, creo que Mara está bastante entretenida ahora mismo.

Etnia no fue capaz de contestarme. Abrí el coche para entrar y ambos nos metimos en él en silencio. Yo tendría que hablar más tarde con David.

## CAPÍTULO 23.

# Etnia

ooooo

Bruno condujo por las avenidas iluminadas de Valladolid. El cielo estaba oscureciendo a aquella hora de la tarde y el frío de la brisa entraba por los cristales. Vi como de reojo subía la calefacción y me arrebujé en la cazadora de lana que había traído. Aún tenía en la mente a Mara y a David, y empezaba a preguntarme cuanto había estado distanciada de mis amigos en los últimos meses, ¿tan ausente había estado? Mara ya me había dicho que Muño no quería preocuparme con sus cosas, pero ahora veía que ella también me había estado ocultando cosas. ¿Tan mala amiga era? Suspiré. Debería hablar con mi amiga mañana mismo.

- Estás muy callada -- comentó Bruno mientras me miraba de reojo.

- Pensaba en David y Mara, no tenía ni idea de que entre ellos había algo -- dije encogiéndome en mi misma.

- Yo tampoco -- comento él mirando al frente.

- Tengo la sensación de que desde lo de mi hermana mi mundo se ha parado y yo he caminado como un autómatas a cámara lenta, sin ver a mi alrededor -- me callé al darme cuenta de que aquello era consecuencia de él.

Vi como apretaba el volante con fuerza. Supongo que aquello nos arrastraría siempre.

- Aunque no tenga derecho, yo me siento igual -- dijo.

Lo comprendía, al fin y al cabo, él había estado unos meses en coma, ausente completamente.

Minutos mas tarde llegamos al restaurante Llantén. Habíamos salido de la ciudad a pocos quilómetros al sud. Me sorprendí cuando pasamos la puerta para ir al parquin con los jardines perfectamente cortados, iluminados con pequeñas luces. Se veían algunas personas vestidas de domingo o como si fueran a una boda entrando por el local. Me miré de arriba abajo, no consideraba que fuera fatal, pero desde luego no como para asistir a un restaurante como aquel.

- Estás perfecta -- me dijo Bruno como si me hubiera leído el pensamiento.

- ¿Vamos a encontrar sitio? -- pregunté no muy convencida.

Aquel restaurante tenía fama de caro y de albergar a las personas de la alta sociedad, normalmente aquella gente iba con más personas, para sus negocios

o demás, no era un restaurante que tuviera mesas para una persona de fuera.

- Mi padre es socio del restaurante, tendremos sitio seguro -- dijo Bruno con chulería.

Recordé entonces quien era su padre. Un empresario importante de la ciudad. Después de haber estado en su mansión, ¿Cómo podía extrañarme? Solo esperaba que aquella vez no me trataran igual que en su casa.

Cuando salimos del coche, Bruno me tendió su brazo para que lo cogiera. Entonces me fijé en como iba él vestido, con un pantalón tejano y una camiseta de manga corta con un dibujo de unos muñecos estampados. Sonreí. Ninguno de los dos pegábamos en aquel ambiente. Aunque Bruno se había criado con ellos, me había demostrado que no tenía nada que ver.

El interior del restaurante era igual a como aparentaba por fuera, todo lleno de lujos. El recepcionista saludó a Bruno con educación, le preguntó por su padre y rápidamente nos condujeron a una mesa alejada. Para mi sorpresa, nadie se giró a mirarnos. Todos parecían demasiado interesados en sus cosas como para percatarse de dos forasteros. Nos condujeron a una esquina del local, a una mesa tapada por un muro, dejándola en una esquina, fuera de las miradas indiscretas.

Inmediatamente nos trajeron un vino y la carta. Todo estaba en perfecta armonía y recordé el restaurante al que solíamos ir con mis padres, un restaurante cerca de su casa, con mesas dispuestas como buenamente se podía, unas pegadas a las otras para ocupar el mayor espacio posible, con un hombre con barba que atendía detrás de la barra junto a un chico joven que acababa de empezar. También recordé el bar donde trabajaba, un bar estrecho con pocas mesas y los mismos comensales cada mañana. Aquello no tenía nada que ver con lo que estaba acostumbrada, y aún así, en aquel rincón mirando como Bruno leía la carta con interés, no me sentí extraña. Estaba cómoda.

Bruno me aconsejó algunos platos y pasamos la velada tranquila. Hablamos de cosas triviales como el trabajo y la familia. Noté como se tensaba cada vez que su padre salía en alguna frase y como cuando me hablaba de su madre no podía evitar sonreír con la mirada, aunque intentaba estar furioso con ella por abandonarle. Supongo que tendría buenos recuerdos de cuando era niño.

Cuando salimos del restaurante Bruno me propuso de ir a tomar una copa a su casa y no pude negarme. Nunca había estado en su apartamento y estaba algo nerviosa y expectante. Aparcamos en el centro, en uno de esos aparcamientos subterráneos, aunque él parecía que tenía una plaza reservada.

Aquel día no había mucha gente por la calle. Llegamos a un edificio, justo en una de las calles principales de Valladolid rodeado de tiendas de moda ya cerradas por las altas horas de la noche. Aquel apartamento debía valer una millonada.

- Ponte cómoda -- me dijo en cuanto entramos por la puerta.

Bruno se fue para el pasillo que quedaba a mi derecha. Yo me quité el abrigo y lo colgué en una silla.

El comedor se encontraba en la entrada, con un sofá negro y una pantalla de plasma en la pared. Se veía un piso muy masculino. Me fijé en que la decoración era minimalista, no tenía casi cuadros o fotografías, tan solo una en una esquina, apoyada en una pequeña estantería, me acerqué a esta para verla mejor, eran él y David con una mujer.

- Era mi madre -- dijo Bruno a mi espalda.

Di un respingo. No le había escuchado entrar de nuevo. Me giré.

- Lo siento, era muy guapa -- dije.

- No te preocupes.

Bruno se había puesto las zapatillas de estar por casa y traía un par de copas de vino de la mano. Se sentó en el sofá y yo hice lo mismo a su lado.

Estuvimos hablando otro rato. El vino empezó a subirme a la cabeza, ya me había bebido otra copa en el restaurante y hacía tiempo que no tomaba nada de alcohol.

- Creo que debería marcharme -- le comenté.

- ¿Por qué no te quedas a dormir? -- me propuso.

- Yo... - empecé a dudar.

- Si no quieres que durmamos juntos puedes dormir en mi cama y yo dormiré en el sofá.

- No es eso -- dije rápidamente.

- Quédate, por favor -- me pidió.

- Está bien -- acabé cediendo.

Bruno se fue para su habitación y yo tardé un rato en reaccionar y seguirle. Cuando llegué Bruno estaba en calzoncillos. Me quedé parada en la puerta, observando su perfecto culo y su ancha espalda. Bruno se percató de mi presencia y se giró lentamente con una sonrisa maliciosa.

- ¿Te gusta lo que ves?

- ¿Qué pasaría si dijera que sí? -- le dije siguiéndole el juego y mirándole a la cara por primera vez.

Bruno se acercó lentamente, como un depredador a punto de atacar a su



presa.

- Que estarías jugando con fuego -- me dijo al llegar a mi altura.

Se quedó a unos pocos centímetros de mí y ambos nos mirábamos a los ojos en un pulso de voluntades. Sabía que podía dar el paso, seguir un poco más y quemarme.

De repente, sonó mi teléfono, rompiendo cualquier magia que pudiera haberse generado. Ambos tardamos unos segundos en reaccionar, pero finalmente desvié la mirada para cogerlo de mi bolsillo, era Mara.

Salí de la habitación para poder hablar mejor con ella, me dijo que no iría por casa aquel día, no le pregunté donde pasaría la noche, pero sí que le dije que quería desayunar con ella para hablar. Creo que dedujo el tema de conversación, pero no dijo nada. Cuando volví a la habitación, Bruno ya se había vestido para ponerse el pijama.

- Iré al salón a dormir, tú como si estuvieras en tu casa -- me dijo con una sonrisa.

- Puedes dormir en tu cama, es suficientemente grande para los dos -- le dije.

- ¿Estás segura? -- me preguntó.

Asentí con la cabeza y ambos nos tumbamos en la cama. Parecíamos dos estatuas, mirando hacia el techo sin mover ni un músculo. Aquella pose era muy incómoda.

- ¿Puedo abrazarte? -- le pregunté dudosa.

Normalmente dormía de lado, abrazada a alguna almohada o cojín para estar más cómoda.

Bruno me miró, sorprendido, pero aceptó y yo no dudé en irme directa hacia su lado y poner mi pierna alrededor de su cintura. Noté como se tensaba, pero solo fueron unos segundos, poco a poco se fue relajando al tiempo que escuchaba como inspiraba y espiraba sobre mi cabeza.

- ¿Te he dicho alguna vez que hueles muy bien? -- me susurró.

- No, creo que no lo habías dicho -- dije con una risita.

Otra inspiración más y noté como su miembro empezaba a moverse bajo su ropa. Aparté la pierna rápidamente, pero Bruno me la cogió con la mano y la volvió a colocar en la misma posición.

- No te preocupes, duérmete -- me dijo.

- Pero...

- Sh, a dormir -- dijo riéndose.

Intenté relajarme, aunque su miembro ya estaba en todo su esplendor y

podía notarlo a la perfección rozándome la pierna. Bruno no parecía tenso ni preocupado, así que empecé a relajarme y a los pocos segundos ya me había dormido.

Cuando me desperté a la mañana siguiente Bruno no estaba a mi lado. Yo seguía en la misma posición, pero sin abrazar nada. Me desperté de golpe y me quedé en silencio. Escuché la ducha a lo lejos y me relajé. Por un momento había pensado que me había dejado sola en su apartamento. Miré la hora y eran las diez de la mañana. Le envié un mensaje a Mara para quedar en el piso a las once y desayunar juntas, a lo que respondió con rapidez.

Cuando Bruno volvió al dormitorio estaba vestido y con el pelo mojado.

- ¿Has dormido bien? -- me preguntó.

- Genial -- le dije con una sonrisa sincera - ¿Y tú?

- Cuando he conseguido relajarme, sí -- dijo riéndose.

Me puse roja como un tomate a lo que él aún se rio más. Le lancé la almohada y la cogió al vuelo, aún entre risas.

- Tengo que irme, he quedado con Mara para desayunar -- le dije levantándome de la cama.

Quedamos en que nos llamaríamos para volvernos a ver.

Cuando llegué al piso Mara ya tenía todo el desayuno preparado. Había comprado un par de cruasanes de chocolate y había hecho café con leche.

- Buenos días -- me dijo al entrar.

- Buenos días.

La noté algo tensa, como si temiera aquella conversación y eso hizo que me pusiera en alerta.

Nos sentamos en la mesa en silencio y nos preparamos el café con las cucharadas de azúcar que nos gustaban a ambas, todo en completo silencio, como si se tratara de un ritual previo.

- Ayer os vi a David y a ti en la esquina del mecánico -- dije sin anestesia.

Estaba tan nerviosa que quería pasar aquel trago lo antes posible.

A Mara casi se le cae el café encima.

- ¿Qué viste exactamente?

- A vosotros dos liándoos.

Mara suspiró y dejó la taza en la mesa.

- No hace mucho que pasa eso, hará unas pocas semanas -- me confesó.

- ¿Por qué no me contaste nada?

- Por qué no había nada que contar, nos encontramos un día por la calle y me invitó a tomar un café, una cosa llevó a la otra y acabamos en su apartamento y ya te imaginas lo que ocurrió. Ninguno de los dos tiene ningún compromiso, simplemente, pasó.

- Normalmente sueles contarme todos tus rollos -- le dije.

- Sinceramente, pensé que no volvería a pasar y no le di mayor importancia.

- ¿Cuántas veces ha pasado?

- Solo dos, la primera y ayer. No es que te haya estado ocultando nada, pero tú tenías tus propios problemas, y yo estaba liada con la obertura de la tienda y la verdad, un rollo cualquiera no creí que fuera de importancia.

- Es el amigo de Bruno, no uno cualquiera, te lo cruzarás más veces, lo sabes, ¿no?

- Lo sé -- se encogió de hombros -- Pero para ambos solo es sexo, él es el primero en dejarlo claro. Así que no te preocupes que si tienes un noviazgo o rollo con Bruno no vamos a entorpecer vuestra relación.

- No lo digo por eso -- aclaré - ¿Seguro que no te gusta ni un poco? -- dije con una ceja encarada y una sonrisilla.

- Lo justo para que me ponga cachonda en la cama -- soltó la muy bruta.

Ambas nos empezamos a reír y la tensión del momento se disipó. Solo esperaba que realmente ninguno de los dos acabara sufriendo.

## CAPÍTULO 24.

# Bruno

ooooo

Hoy iba a ser difícil dormirme, lo supe en cuanto entré en la habitación. Todo olía a ella. El ambiente estaba impregnado de su aroma y fue aún peor cuando me tumbé en la cama.

Di varias vueltas en la cama, pero era imposible conciliar el sueño, era aspirar su olor y mi miembro reaccionaba como si la tuviera aquí mismo. Finalmente, opté por levantarme e irme a dormir al sofá, mañana cambiaría las sábanas.

El golpe contra el suelo me despertó. Pero eso no fue lo que más me asustó, si no la sensación de ahogo que sentía en el pecho. Me incorporé y miré a mi alrededor. Estaba en mi salón. Me sentía desorientado, no tenía claro que hacía allí y tardé unos segundos en recordar que me había dormido en el sofá por no poder hacerlo en la cama. Recordé el sueño que acababa de tener. Había sido muy real, casi como si se tratara de un recuerdo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al volver a recordar aquella pistola apuntándonos, a mi madre y a mí y de repente, mi madre estaba tirada en el suelo con un charco de sangre a su alrededor. No podía ver el rostro del que disparaba, solo la pistola y después la sangre.

Me froté los ojos, frustrado. Tenía la sensación de que aquello había sido más que una pesadilla. Tenía que hablar con mi padre. Me levanté y cogí mis cosas para ir directamente a su oficina.

Cuando llegué, su asistente me dijo que estaba reunido, pero me dio igual. Seguí caminando, pasando de los "por favor señor Bruno" de la mujer más operada de toda la fábrica, y eso que había muchas. Parecía ser un requisito indispensable para trabajar con mi padre.

Abrí la puerta de par en par sin tan siquiera llamar. El silencio se hizo al momento. Mi padre parecía estar reunido con el padre de Brenda y para mi sorpresa ella también estaba allí. Alcé una ceja en su dirección. ¿Des de cuando esta tía estaba en las reuniones de negocios?

- ¿Se puede saber a qué has venido? -- preguntó Jaime en un gruñido.
- Necesito hablar contigo -- dije -- A solas.
- Ahora no puedo, estoy reunido, como puedes comprobar -- dijo señalando a sus invitados.
- Siento molestar, pero esto es importante -- insistí.
- No se preocupe -- dijo el padre de Brenda -- Nuestra conversación

puede aplazarse para otro momento.

- No será necesario -- dijo mi padre mirándome fijamente en una amenaza silenciosa -- Bruno puede esperar fuera a que terminemos tranquilamente.

Gruñí y apreté los puños a ambos costados. Mi padre siempre tenía que salirse con la suya.

Salí de su despacho y me senté en una de las sillas a esperar, si tardaban más de diez minutos volvería a entrar y esta vez no me iría.

Cinco minutos después la puerta de su despacho se volvió a abrir y aparecieron Brenda y su padre que se despedían de Jaime con un apretón de manos.

Cuando los invitados se fueron entré en el despacho, Jaime había vuelto a entrar dejando la puerta abierta. En cuanto la cerré mi padre atacó a bocajarro.

- Que sea la última vez que entras en mi despacho sin mi consentimiento -- gruñó.

- ¿Tienes algo que esconder? -- solté yo sin amedrentarme.

- Si ese fuera el caso no sería asunto tuyo.

- En eso te equivocas, formo parte de esta empresa, tengo parte de las acciones, te lo recuerdo.

- Ya, bueno, ¿a qué has venido?

- He recordado algo de mamá -- dije.

En cuanto la nombre Jaime se puso tenso.

- ¿Qué has recordado?

- Que alguien la disparaba -- dije.

Jaime tragó saliva y yo esperé una respuesta. Sus actos me decían que no iba mal desencaminado, pero él jamás me había dado esa versión.

- Eso no puede ser, tu madre esta viva en la otra punta del mundo, se le da bien huir -- me dijo.

- Tengo la sensación de que no me cuentas todo y tengo derecho a saberlo.

- Sabes lo mismo que yo, que se fue, y no ha vuelto, déjalo ya.

Como supe que no iba a sacar nada en claro acabé marchándome con la certeza de que mi padre me mentía, pero sin saber el motivo. ¿Había sido real mi sueño? No tenía ni idea. Necesitaba hablar con David y explicarle lo ocurrido así que me fui directamente hacía su casa.

Cuando llegué me abrió la puerta Mara. Ambos nos quedamos parados ante la sorpresa. David que no se había enterado apareció como dios le trajo

al mundo por el pasillo.

- Joder -- gritó al verme mientras se tapaba sus partes íntimas.

- Tápate por dios -- dije girándome.

Por suerte, Mara estaba vestida. A saber que tenían pensado hacer esos dos, y en que lugar.

Mara no parecía demasiado incómoda mas bien se lo estaba pasando en grande pues escuchaba su risa tras de mí, que poco a poco fue convirtiéndose en una carcajada.

- Creo que será mejor que me vaya -- comentó mientras aún se reía.

- No, ni hablar, él es quien se va a largar ahora mismo -- soltó David enfadado.

Me giré para encararle, a punto de arrearle un puñetazo. ¿Pero que clase de amigo tenía yo?

- No te preocupes, lo dejamos para otro día -- dijo Mara.

Mara se acercó a David que aún estaba en pelotas y tapándose sus partes con ambas manos. Mara le susurró algo al oído que no conseguí escuchar y el bufó, pero se conformó, se dieron un beso en los labios y salió del piso con una sonrisa.

- Voy a vestirme -- gruñó David.

Cuando David volvió al solón parecía más calmado.

- ¿Se puede saber que tenéis vosotros dos? -- pregunté.

- Nada -- se encogió de hombros -- follamos de vez en cuando, sin más.

- ¿Y por qué no me habías dicho nada?

- Es la amiga de Etnia, creía que no te sentaría bien.

- ¿Y desde cuando te preocupa lo que yo sienta? -- dije encarando una ceja.

Nunca me había ocultado ningún rollo, es más, se había liado alguna vez con la misma que yo y me lo había soltado sin más.

- A ti te gusta Mara más de lo que dices -- aseguré.

- Que va -- dijo haciendo un gesto despectivo con la mano -- Ni de broma.

- Si tú lo dices...

- ¿Quieres una cerveza? Iré a la cocina a por un par -- dijo sin esperar una respuesta.

Cuando llegó con las cervezas ambos nos sentamos en el sofá y empezamos a beber en silencio, no sabía como abordar el tema de mi sueño

pues aún tenía en mente lo suyo con Mara.

- Hoy he soñado con mi madre -- dije al fin y bebí un trago de cerveza.

Recordar el sueño me provocaba un nudo en el estómago.

David me miró, esperando a que siguiera.

- He soñado que la disparaban, delante de mí, ha sido muy real, casi como si fuera un recuerdo -- le dije.

- ¿Crees que tu madre está muerta? -- me preguntó.

- No sé que pensar. He vuelto a ir donde mi padre a preguntárselo, pero me ha contestado lo mismo de siempre, que se marchó.

- Y tú no le crees.

- Tengo la sensación de que hay algo que se me escapa.

David se quedó un rato pensando, en silencio, hasta que suspiró y dejó la botella encima de la mesa, había bebido poca cerveza y eso era raro en él, normalmente se la bebía toda de un trago.

- No sé porqué has soñado eso, pero si tienes la sensación de que tu padre te está mintiendo, después de lo que hemos descubierto, nada debería sorprendernos.

- ¿Crees que la mató él? -- pregunté entre aterrorizado y cabreado.

- Él personalmente seguro que no -- soltó -- Si tu madre realmente está muerta y él tiene algo que ver, seguro que mandó a alguien, tu padre no se mancharía las manos.

- Lo pones como si fuera un monstruo.

- Y quizás lo sea... A mi ya no me sorprende nada.

- No, no puede ser -- dije sacudiendo la cabeza -- Él no tendría nada que ver en eso, sí que la maltrataba, pero ¿matarla?

David se encogió de hombros. Yo me levanté del sofá y empecé a dar vueltas por el salón, incapaz de quedarme quieto, dándole vueltas al asunto. ¿Y si de verdad mi padre a parte de traficar también era un asesino? ¿Y si se había desecho de mi madre? ¿Por qué no deshacerse de mí también?

- Me va a explotar la cabeza -- gruñí.

De repente escuché a alguien murmurar y gruñir en una de las habitaciones. Me paré en seco y alcé una ceja hacía David que volvía a suspirar de nuevo sin tan siquiera levantarse del sofá.

- Es mi padre, se ha vuelto a quedar inconsciente -- dijo dando un largo trago de su cerveza.

- Esto tiene que acabar David, cualquier día te lo encontrarás muerto

y lo sabes.

- ¿Y qué quieres que haga? -- dijo derrotado.

- Ya sabes lo que quiero, que lo metas en un centro de desintoxicación.

- No quiero que pagues sus gastos, no es tu problema.

- Está bien, vamos a hacer una cosa, yo pagaré los gastos ahora, y tú me lo irás devolviendo poco a poco, tómatelo como un préstamo.

David me miró. Por primera vez parecía que se estaba pensando mi oferta.

- ¿Sin intereses? -- me preguntó a modo de broma con una pequeña sonrisa.

- Si te pones plasta todavía te los cobro -- le dije siguiendo la broma.

- Está bien -- suspiró -- Hablaré con él y le convenceré.



# CAPÍTULO 25.

# Etnia

ooooo

Mi padre me había llamado por si me podía quedar con mi hermana aquel día, habíamos quedado que me la traería a casa, por suerte aquel día tenía fiesta y podía pasarlo entero con ella. Mara había ido a abrir su tienda, que parecía que empezaba a echar sus frutos, me alegraba mucho por ella.

Estaba acabando de prepararme cuando escuché el timbre y fui a abrir. Mi hermana se abalanzó sobre mí, abrazándome con fuerza. Cada vez estaba más alta, ahora ya me llegaba por encima del ombligo.

- Llegaremos sobre las siete de la tarde, pasáoslo bien -- me dijo mi padre.

Nos dio un beso a cada una y se marchó.

Celia fue directa al sofá y se sentó con sus libros de dibujar sobre las piernas.

- ¿Qué vamos a hacer hoy? -- me preguntó muy animada.

- ¿Qué quieres hacer?

- ¡Podemos ir al Campo Grande a ver los pájaros! -- dijo emocionada -- Y dar de comer a los pájaros y montarnos en la barca y...

- Frena -- le dije cuando vi que empezaba casi a hiperventilar -- Vale, vale, iremos al Campo Grande.

- ¡Yupi! -- gritó levantándose y tirando todos los cuadernos.

No pareció importarle que todas sus cosas quedaran desparramadas por el suelo, estaba eufórica y me costó hacer que se calmara y se pusiera a recoger antes de salir.

Cuando llegamos al Campo Grande Celia echó a correr por la entrada donde se apilaba la gente. Tuve que correr detrás de ella para alcanzarla. Celia se paró justo en la zona del lago donde un hombre subido a una barca invitaba a los visitantes a montarse.

- Vamos a montar, vamos a montar, vamos a montar -- repetía una y otra vez.

- Tranquila, hay mucha cola, vamos a dar una vuelta y luego volvemos.

La cogí de la mano para hacerla caminar, pues se quería quedar allí mirando como los demás daban su pequeño paseo por el lago.

Pasamos la mañana dando de comer a las aves que allí habitaban, estaban acostumbradas al tracto con los humanos y sabían que allí recibirían su ración

de comida, así que era fácil encontrarlas por los caminos al acecho de algún turista. Pasado un rato montamos en la barca del lago para que Celia se callara, pues había estado todo el paseo insistiendo en que quería montarse.

Cuando salimos del Campo Grande fuimos a comer a una pizzería cercana.

- ¿Qué prefieres pasta o pizza? -- le pregunté cuando tuvimos la carta en la mano.

- No sé -- dijo poniéndose el dedo índice en la boca como si eso pudiera hacerla pensar mejor.

- Yo creo que me pediré una pizza mediterránea -- dije para ver si así la inspiraba.

- Pues yo quiero otra -- dijo.

Sonreí. Siempre se le antojaba lo que pedían los demás, nunca pedía algo ella primero.

Al salir del restaurante le propuse ir a ver a Mara a la tienda pues no se encontraba demasiado lejos de allí y así dábamos otro paseo.

Cuando llegamos Mara estaba atendiendo a una señora mayor y había algunas personas más en la tienda mirando sus diseños. En cuanto nos vio entrar nos saludó con la mirada y una sonrisa mientras no dejaba de atender a su nueva cliente. Nosotras esperamos pacientemente a que acabara, aunque Celia estaba más nerviosa y no paraba de mover los pies a mi lado, como si mi mano agarrándola fuera lo único que la mantenía en el sitio, pues cuando la señora se apartó del mostrador y yo solté la mano de Celia, ésta se abalanzó sobre Mara para abrazarla.

- Hola pequeñaja, ¿cómo estás? ¡Cuánto tiempo! -- le dijo correspondiendo al abrazo.

- Muy bien -- dijo Celia efusiva -- nos hemos montado en las barcas del Campo Grande -- le explicó Celia pegando saltitos.

- ¡Qué divertido! Ya podríais haberme esperado, la próxima vez voy con vosotras.

- ¿Qué tal todo? -- le pregunté yo.

- Genial, he tenido varias ventas y un encargo para un vestido de novia a medida -- dijo ilusionada.

- Me alegro -- le dije de corazón.

Estuvimos un rato más en la tienda, haciendo compañía a Mara mientras algunos clientes más entraban y salían.

Finalmente le dije a Celia que era hora de irse para casa, pues se nos había hecho más tarde de lo que pensaba y nuestro padre tendría que estar a

punto de venir a recogerla. Nos despedimos de Mara con un "prepara la cena esta noche que vendré cansada" de su parte. La miré de reojo enfadada. Desde que había abierto la tienda parecía que me había convertido en su chacha personal. No me importaba, pero me daba rabia que se regocijara cada vez que podía.

Al día siguiente me levanté justa de tiempo. ¡La maldita alarma no había sonado! Parecía que no había enchufado el móvil bien y se había quedado sin batería. Cuando me levanté quedaban treinta minutos para entrar al trabajo. Gruñí y me vestí rápidamente. Puse a cargar el móvil en condiciones y salí disparada con una coleta mal hecha. No había tenido tiempo ni de peinarme en condiciones.

Llegué al bar jadeando. Cuando entré el jefe ya estaba allí y estaba junto a una chica que no había visto nunca explicándole algo de la caja registradora.

- Hombre, ya has llegado, Etnia, te presento a Raquel, tu nueva compañera -- me dijo.

- Encantada -- dije.

La muchacha me respondió con una sonrisa algo tímida.

Yo me dirigí a la parte trasera para dejar mis cosas mientras mi jefe acababa de explicarle todo lo necesario.

Cuando salí, Laura ya había llegado y estaba hablando con Raquel animadamente. Me saludó cuando me vio y se dirigió también a la parte trasera para dejar sus cosas.

- ¿Has trabajado antes de camarera? -- le pregunté.

- Sí, algunos veranos trabajo en la Mejillonera.

- Entonces trabajar bajo presión es lo tuyo -- le dije riéndome.

La Mejillonera era un bar de tapas del centro, era tan conocido que siempre estaba a reventar fuera invierno o verano. Muchas veces había visto a la gente tomar algo fuera o incluso esperando en la puerta.

- Verás que esto es mucho más tranquilo -- le comenté.

Raquel sería mi nueva compañera todos los días, al igual que lo había sido Mara en los últimos tiempos.

Cuando todos los comensales habían salido, les dije a Laura y Raquel que ya podían irse, pues solo quedaba cerrar la caja y aquello era mi responsabilidad.

- Nos vemos mañana Etnia -- me dijo Laura despidiéndose.

- Hasta mañana -- la siguió Raquel.

- Hasta mañana chicas, buen trabajo.

Me puse a acabar la faena para salir lo antes posible. Tenía ganas de llegar a casa y descansar. Aquel día Mara me había dicho que cerraría tarde, pues era viernes y prefería aprovechar hasta las últimas personas que pasearan por la calle, así que lo más probable es que cenara sola. Llevaba diez horas en el bar y la verdad es que estaba agotada.

Cuando ya tenía todo casi terminado escuché como se abría la puerta de la entrada. Alcé la vista para decirle a la persona que ya habíamos cerrado cuando le vi. Bruno.

- ¿Qué haces aquí? -- le pregunté sorprendida.

- ¿No te alegras de verme? -- me dijo con una sonrisa canalla acercándose a la barra.

- Claro que me alegro -- le dije con una sonrisa de oreja a oreja -- Solo que me ha sorprendido.

- Había pensado en venirme a buscar e invitarte a cenar a casa -- me dijo.

- ¿Cocinas tú? -- le pregunté chinchándole.

- Por supuesto -- me dijo muy seguro.

Me reí, y acabé de colocar todo para poder marcharme cuanto antes.

## CAPÍTULO 26.

# Bruno

ooooo

Cuando salimos lo hicimos sin cogernos de la mano. Etnia se había acurrucado sobre si misma mientras se calentaba las manos con su aliento. Le ofrecí ir directamente a mi apartamento ya que había dejado la calefacción puesta y podíamos cocinar alguna cosa.

Cuando llegamos a Etnia le dio un escalofrío y yo me reí. Estaba adorable, tenía la nariz roja por el frio y los labios cortados, me dieron ganas de lamérselos y tuve que morderme la lengua.

- Que calorcito, menos mal -- dijo mientras se quitaba la chaqueta.

- Había dejado la calefacción puesta.

- ¿Lo tenías todo pensado? -- me preguntó con picardía.

- Por supuesto, tengo hasta los ingredientes preparados para que cocinemos.

- ¿Cocinemos? -- dijo asustada.

- Pues claro, los dos.

- Yo no sé cocinar -- dijo tímida.

- Entonces, haré de profesor -- dije con orgullo.

Etnia me siguió no muy convencida. Yo ya había preparado todo, tenía pensado hacer un cordero asado al horno con guarnición de verduras asadas. Había dejado todo encima de la encimera y el cordero ya cortado encima de la bandeja del horno.

- Como el cordero ya lo tengo preparado solo habrá que lavar y cortar las verduras -- le expliqué.

Abrí varios cajones para sacar los utensilios necesarios y le pasé una tabla de cortar y un cuchillo junto a varios calabacines.

- ¿Cómo tengo que cortarlos? -- preguntó indecisa.

Parecía que tenía delante a una rana para diseccionar, su cara era todo un poema y no pude evitar reírme, lo que hizo que me ganara una mirada asesina de su parte.

- No le quites la piel, solo ambas puntas y córtalo en trozos ni muy pequeños ni muy grandes, como tu veas.

- ¿Así? -- me preguntó cortando el primer trozo.

- Sí, muy bien.

Estuvimos cortando las verduras un buen rato. Cuando terminó de los calabacines le pasé las dos berenjenas mientras yo acababa con las cebollas y

las patatas.

La observé mientras cortaba las verduras, lo hacía con cuidado como si temiera hacerse daño o no hacerlo del todo bien.

Me concentré nuevamente en acabar de cortar las patatas cuando la escuché pegar un pequeño grito. Me giré rápidamente y vi como salía la sangre de su dedo índice. Dejé todo lo que estaba haciendo al instante, tirando el cuchillo al suelo y me acerqué rápidamente.

- ¿Estás bien? -- le pregunté cogiéndole la mano con cuidado.

Observé la herida detenidamente, no parecía demasiado profunda pero la sangre era muy escandalosa y no paraba de salir. Cogí un papel de cocina y se lo enrollé en el dedo con cuidado.

- Siéntate en la silla que voy a por el botiquín -- le dije.

Etnia no comentó nada y me hizo caso al instante. Cuando llegué con el botiquín estaba sentada mirándose la herida.

- No ha sido para tanto -- me dijo.

- Ya, pero déjame que te lo cure igualmente, si no, se te puede infectar.

Empecé a curarla con cuidado, centrándome en herida y haciéndolo poco a poco para que no le doliera. De tanto en tanto profería alguna queja cuando le escocía, pero se portó muy bien y aguantó hasta que terminé.

- Ale, ya está -- le dije cuando le cerré la tiritita.

La miré, Etnia miraba mi mano detenidamente y poco a poco fue alzando la vista hasta mirarme a los ojos. No sé que se me pasó por la cabeza en ese momento, quizás fue su dulce mirada o sus labios medio abiertos, pero no pude evitar acercarme y besarla. Al principio fue un beso cálido, lento y sin separar mis labios, no quería que se asustara de buenas a primeras. Poco a poco noté como se relajaba y alcé mi mano para acariciar su rostro y a la vez abrir mis labios. Para mi gozo Etnia correspondió al beso al instante. Me rodeó con sus brazos y abrió la boca invitándome a seguir.

Nos levantamos y empezamos a caminar sin soltarnos hasta el dormitorio. Aún no sé como llegamos sin tropezarnos. Cuando noté tras de mí el límite de la cama me separé un poco de ella. Tenía los labios rojos e hinchados y los ojos vidriosos por el deseo.

- Si quieres parar este es el momento, no sé si luego podré parar -- le dije.

- No quiero parar -- contestó.

Se cogió la parte de abajo del jersey y sin esperar a nada más se lo alzó,

lanzándolo a algún rincón de la habitación. Sus pechos, rodeados por un sujetador de encaje negro me saludaron. Me mordí el labio mientras Etnia parecía no querer parar. Se llevó las manos detrás de la espalda y se deshizo de la única prenda que me separaba de sus senos.

Acerqué mis labios a sus aureolas y empecé a lamerlas y chuparlas mientras con la mano libre masajeaba su otro pecho. Etnia arqueó su espalda hasta tal punto que tuve que sujetarla para que no se cayera. Sus gemidos hicieron que me pusiera duro al instante y que mi único pensamiento fuera penetrarla de una puñetera vez, pero tenía que controlarme. No quería que nuestra primera vez fuera a lo bruto, primero quería que se corriera para después poder penetrarla duro y fuerte.

Nos giré a ambos para colocarla encima de la cama. Solté sus pechos para repartir besos por su abdomen lentamente. La observé de mientras, tenía los labios entreabiertos y los ojos cerrados mientras su respiración y sus gemidos no paraban.

Bajé lentamente sus pantalones y sus braguitas y cuando tuve su feminidad a la vista empecé a acariciarla con mis dedos para posteriormente lamerla lentamente mientras ella se deshacía en mis brazos. Seguí el ritmo de su respiración, acelerando de tanto en tanto, metiendo un dedo y luego dos, mientras no dejaba de lamer su clítoris que ya estaba endurecido mientras mi polla no dejaba de apretarme el pantalón. Me dolía tanto que estaba a punto de perder el control. Le metí tres dedos más y entonces explotó, sus gemidos se hicieron más fuertes y su cuerpo quedó lacho bajo el mío.

- Aún no he acabado contigo -- le dije mientras ella intentaba recuperar el aliento.

Me bajé los pantalones, dejando mi dureza por fin en libertad y acerqué mi polla a su feminidad.

La penetré poco a poco, con miedo a hacerla daño, pero estaba tan abierta y mojada para mí que entré con facilidad, después de aquello no lo dudé, y aceleré el ritmo de mis investidas hasta que ambos volvimos a corrernos, esta vez, juntos.

Estuvimos un buen rato en la cama, recuperando el aliento y luego fuimos a acabar de hacer la cena. Cenamos en el comedor tranquilamente, hablando de nuestro día a día. Etnia me explicó como le había ido con su nueva compañera y yo me pregunté si explicarle todo lo que había averiguado de mi padre, no quería preocuparla y aunque sabía que estaba metido en cosas turbias todavía no tenía pruebas al cien por cien de que realmente fuera él y no le estuvieran



usando, así que opté por callar y hablarle de otras cosas, como del estado del padre de David, que ya había ingresado en la clínica y llevaba un par de días.

Cuando terminamos de cenar recogimos y nos pusimos a ver una película acurrucados en el sofá. Sentir su cuerpo pegado al mío hizo que se me pusiera dura nuevamente. Tuve que moverme un poco para que no lo notara, iba a parecer un completo salido.

Pasé toda la película en tensión, con temor a que se moviera más de la cuenta y me rozara. No me enteré de nada y cuando quise darme cuenta salían los créditos y los anuncios posteriores. Cogí un cojín antes de que Etnia se incorporara del todo y me mirara. Si se dio cuenta de mi movimiento no lo demostró.

- Que sueño que tengo -- dijo con un bostezo.

- Vayámonos a dormir pues, aunque yo necesito una ducha antes, una manía -- dije.

- ¿Quieres que te acompañe? -- me preguntó sugerente.

Mi polla reaccionó al instante y tuve que apretar más el cojín para que no se notara.

- ¿Estás segura? -- pregunté algo indeciso.

- Te espero dentro -- me dijo.

La vi dirigirse hacia la habitación donde había el baño mientras se despojaba de la camiseta y la lanzaba a la puerta de la habitación. No lo dudé más y me levanté mientras me iba desvistiendo por el camino. Sería la mejor ducha de mi vida.

Me desperté desorientado. Tenía todo el cuerpo sudado. Miré a mi alrededor sin comprender donde me encontraba.

- ¿Estás bien? -- escuché.

Me giré de repente, y entonces la vi. Etnia tenía el pelo alborotado y me miraba entre somnolienta y preocupada. Entonces empecé a ubicarme. Recordé la noche anterior, antes de tumbarnos en la cama, en la ducha, un escalofrío de placer me recorrió y a punto estuve de decirla si volvíamos a repetirlo para olvidarme de aquel sueño, pero comprendí que en mi estado y por su cara, sería una propuesta un poco extraña.

- He tenido una pesadilla, tranquila -- le dije.

- ¿Puedo saber de qué era? -- me preguntó.

Entonces volví a recordarlo, esta vez era mucho más nítida. El arma apuntándonos a mi madre y a mí, el arma disparándose y dando a mi madre y yo llorando sobre su cuerpo y al girarme un pelo canoso, luego despertarme.

Parecía que el sueño avanzaba, pero sin llegar a comprenderlo.

Noté las manos de Etnia acariciándome la espalda intentando infundirme ánimos.

- Des de hace unos días sueño con mi madre, con su muerte -- le dije, ella mantuvo en el silencio, esperando a que continuara -- En mi sueño alguien la dispara, no logro ver quien es, pero tengo la sensación de que es como un recuerdo.

- ¿Quieres decir que tu madre no te abandonó? -- me preguntó calmada.

- Eso he creído siempre, es lo que contaba mi padre, pero tengo la sensación de que siempre me ha estado engañando.

- ¿Y quien crees que la mató?

Me callé, porque decirlo en voz alta lo convertía en real y porque si le decía que creía que era mi padre tendría que contarle todo lo demás, porque si no iba a quedar como un completo paranoico. ¿Pero no lo quedaba ya contándole que dudaba de la veracidad de las palabras de mi padre por un simple sueño?

Decidí que lo mejor era contarle todo, así que empecé desde el principio, desde mi falta de recuerdos desde el accidente, hasta mis descubrimientos en los camiones con David.

- ¿Por eso no viniste a la inauguración de Mara? -- me preguntó triste -- Podrías haberme dicho la verdad.

- ¿Me hubieras creído?

- Probablemente no, hubiera dudado...

- ¿Y ahora me crees?

- Te creo.

# CAPITULO 27.

# Etnia

ooooo

Salí de casa de Bruno más contenta que unas castañuelas, había sido una tarde y una noche increíbles. Aunque ese sentimiento de alegría se entremezclaba la preocupación. Aún daba vueltas a lo que me había contado sobre su padre, me había parecido una persona déspota y egocéntrica, ¿pero un traficante? ¿Un asesino? Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Y yo había estado en su mansión. ¿Toda aquella gente también sería como él?

Crucé la calle para dirigirme hacia mi casa cuando un mal presentimiento se adueñó de mí. Me giré para comprobar que todo estaba en orden. No había demasiada gente por la calle y todo parecía estar tranquilo. Seguí caminando con la sensación en mi cuerpo que hizo que poco a poco empezara a caminar más deprisa. Giré en una bocacalle y un coche negro giró tras de mí. Me volteé lentamente mientras no dejaba de caminar y entonces lo supe, esos hombres me miraban fijamente, eché a correr y el coche aceleró. ¿Por qué no había nadie por la calle? Cuando iba a volver a girar el coche se paró cortándome el paso y la puerta trasera se abrió. Otros dos hombres me esperaban dentro. Me giré para correr, pero esos hombres eran más rápidos que yo, me taparon la boca y me arrastraron hasta la oscuridad.

Me había desmayado. Solo recordaba intentar huir y como las manos de aquel hombre me agarraban con fuerza para arrastrarme al interior del vehículo, luego, nada.

Observé el lugar en el que me encontraba. Era una nave, estaba en una habitación pequeña, sin ningún colchón, pero deducía que era una habitación pues el habitáculo era de un tamaño parecido. No había ninguna ventana a parte de la que se encontraba en la puerta.

Intenté levantarme para acercarme a la puerta, pero mis piernas fallaron y me hicieron caerme. Me arrastré por el suelo para llegar, estaba cansada y mi cabeza me pesaba, pero era capaz de comprender lo que había ocurrido, me habían secuestrado, aunque no sabía quien ni porqué.

Llegué a la única salida de mi encierro e intenté incorporarme apoyándome en el picaporte. Con gran esfuerzo conseguí ponerme de pie y asomarme por la pequeña ventana. No podía ver demasiado, pues mi campo visual estaba limitado, tan solo un pasillo estrecho. Intenté escuchar algo, pero aquellas paredes o estaban insonorizadas o todo estaba en silencio, tan solo se escuchaba el sonido de la ventilación. Intenté buscar algo a mi alrededor que

me pudiera ayudar para abrir la puerta, pero no había nada, literalmente. Tan solo las cuatro paredes con aquella puerta.

No sé cuanto tiempo pasé sin escuchar nada. Ya no sabía ni en que posición ponerme. En aquel momento estaba sentada justo enfrente de la puerta, pero apoyada en la pared más alejada. Me dolía la espalda horrores por no hablar del culo. Entonces vi una sombra al otro lado de la puerta y escuché como metían las llaves en el cerrojo. Me levanté de un salto. Y dos hombres con los rostros al descubierto entraron. Uno de ellos llevaba una bandeja con un vaso de agua, nada más. Me lo plantó en el suelo sin pronunciar palabra mientras el otro esperaba en la puerta.

- ¿Quiénes sois? -- les pregunté.

No contestaron. Se iban a ir cuando eché a correr hacia la puerta, no me dio tiempo a llegar que me la cerraron en los morros.

- ¿Qué queréis de mí? -- grité.

Pero los hombres ya se marchaban por el pasillo. Me giré para mirar el agua, que sin darme cuenta había tirado al suelo. Genial.

Intenté contar los minutos que iban pasando, pero sin reloj ni luz solar era muy difícil. Calculé que habrían pasado unas tres horas cuando volvieron a entrar en la sala. Eran los mismos hombres. Uno de ellos frunció el ceño al ver el vaso de agua por el suelo.

- ¿Así es cómo nos agradeces que te cuidemos? -- me dijo enfadado.

- ¿Ahora secuestrar se le llama así? -- le dije.

El hombre estuvo a punto de abalanzarse sobre mí, pero su compañero le paró justo a tiempo.

- Te traeremos otro vaso de agua, y más vale que esta vez te lo bebas, no queremos que te deshidrates.

Los hombres volvieron a salir de la habitación. Esta vez ni había intentado ir hacia ellos, hacía mi salida. ¿De que serviría? Para poder escapar me tendrían que sacar ellos mismos de la habitación y entonces, quizás, tuviera una oportunidad.

Esta vez tardaron menos en volver, calculé que unos veinte minutos. Volvieron a venir los mismos y el que antes había entrado volvió hacer lo propio, dejó la bandeja en el suelo ante mi atenta mirada y se cruzó de brazos.

- Bébetelo -- me ordenó.

- ¿Y si no quiero?

El hombre se acercó rápidamente hacia mí y me asestó un guantazo. Me llevé la mano a la zona en la que me había pecado horrorizada.

- Bébetelo o te lo haré tragar a la fuerza -- me gruñó.

- Relájate -- le dijo su compañero -- No queremos que le quede ninguna marca.

El hombre apretó los dientes y yo me acerqué al vaso lentamente sin apartar la mirada de él, aún temía que se volviera a abalanzar sobre mí. Me bebí el vaso de un trago.

- Buena chica -- me dijo.

Se acercó y yo di un paso atrás, asustada. Pero tan solo me quitó el vaso de la mano, cogió la bandeja y salieron de la habitación.

Cuando me desperté estaba adolorida por todo el cuerpo, me había pegado un buen golpe en la cabeza al caer desplomada. Intenté levantarme, pero todo me daba vueltas y tenía el estómago revuelto. ¿Qué me habían dado? Aquella insistencia porque bebiera agua era probablemente porque contenía alguna droga, pero ¿cuál? No tenía ni idea. Ojalá estuviera aquí Muño, seguramente él tendría más ideas sobre drogas y sus consecuencias, pero estaba sola. ¿Qué estarían haciendo los demás? ¿Qué estarían haciendo mis padres? ¿Cuánto tiempo había pasado desde mi secuestro? No tenía muy claro si ya había pasado un día completo o todavía no.

Mientras seguía intentando luchar para que mi cuerpo reaccionara la puerta volvió a abrirse, y los mismos hombres de siempre entraron, pero esta vez no llevaban ningún vaso con agua. Se acercaron a donde estaba, intenté huir, pero mi cuerpo no parecía estar por la labor de hacer caso a mi cerebro. Era como una muñeca laxa, a la que podían manejar a su antojo. Ambos hombres me levantaron al vuelo y me obligaron a caminar como buenamente podía. Salimos al pasillo y pude comprobar que había más habitaciones como la mía, aunque no podía ver su interior ni si estaban ocupadas.

Al final entramos en una sala amplia y mi corazón se paró al comprobar que se trataban de camas, separadas por cortinas donde los sonidos de llantos y gemidos se intensificaban. Empezamos a caminar y yo no pude evitar ir mirando por aquellas camas donde vi a mujeres solas llorando y en otras a una mujer laxa con un hombre follándosela sin compasión. ¿Dónde narices me encontraba?

Los hombres se pararon en una de las camas que estaba vacía y me empujaron a ella, obligándome a sentarme. Cogieron una de las esposas que colgaban en el cabezal y me ataron a ella para después desaparecer.

Estuve un buen rato allí, sola, tan solo acompañada por los sonidos grotescos de las otras camas. Justo en la de al lado era también silencio, la

chica debía de haberse dormido o quizás estaba con la vista fija en algún punto intentando que su mente no se encontrara en aquel lugar.

Entonces la puerta de aquella enorme sala se abrió y unos pasos más fuertes se escucharon. Parecía de alguien seguro de si mismo. Escuché alguna exclamación y algún grito ahogado hasta que los pies de quien fuera se pararon justo en la cama de al lado. Tan solo podía ver la punta de sus zapatos que parecían ser de alta gama, y un poco del pantalón de traje de color negro. La chica había ahogado un grito al verle, pero el hombre no parecía prestarla atención, estaba hablando con el otro hombre que le acompañaba, dándole órdenes. Entonces apareció por detrás de la cortina y se giró para mirarme. Mi corazón se paró en aquel instante y el horror llegó como un huracán.

- Hola Etnia -- me saludó.

- Hola Jaime -- conseguí pronunciar.

Había querido que sonara más como un gruñido que como un pequeño balbuceo, pero la droga que me habían metido parecía que también me afectaba al habla porque no era capaz de soltarle todo aquello que me venía por la cabeza.

- Aquí es donde te quería ver desde hace tiempo, lejos de mi hijo y a mi merced -- soltó.

# CAPÍTULO 28.



# Bruno

ooooo

Llevaba un par de días reuniéndome con Guillermo. El día anterior nos habían interrumpido por una llamada que había recibido mi amigo y se había tenido que ir de improviso. Hoy habíamos quedado en mi casa, como casi cada día para que me explicara lo que había descubierto esta vez. Yo estaba de los nervios, había notado por teléfono como Guillermo estaba nervioso y pocas cosas le incomodaban, así que lo que había descubierto tenía que ser algo gordo.

Cuando Guillermo llegó a casa se sentó en el sofá con cuidado, como si temiera que cualquier movimiento brusco por su parte iniciara la Segunda Guerra Mundial. Aquello me puso más nervioso, él no solía comportarse de esa manera tan extraña nunca.

- ¿Quieres una cerveza? -- le pregunté.

- ¿Tienes algo más fuerte? ¿Un güisqui quizás? -- me preguntó.

Fruncí el ceño extrañado. Eran las once de la mañana, ¿y me pedía un güisqui? Asentí y me dispuse a prepararle uno con hielo mientras yo me cogía una cerveza de la nevera.

Le tendí su copa mientras le daba un largo trago a mi cerveza.

- Será mejor que te sientes -- me dijo.

- ¿Qué has descubierto?

- Algo que no te va a gustar.

Guillermo se puso a colocar los papeles encima de la mesa, eran papeles sueltos junto con unas fotos de los camiones y su cargamento, la droga.

Aquello no me sorprendía, así que esperé a que Guillermo me lo explicara.

- He hablado con la policía, están investigando a tu padre y tenemos a un infiltrado en la empresa.

Me quedé callado, asimilando que había sido yo quien había propiciado aquella situación, estaba seguro de que mi padre tenía el mando de toda aquella situación, pero ¿y si me equivocaba? Había enviado a mi padre a la boca del lobo.

- El infiltrado es quien nos ha enviado estas fotos, pero tenemos más.

Guillermo abrió otra carpeta que traía en su maletín. En ella había fotos de mi padre junto a una chica joven medio desnuda. Guillermo empezó a extender todas las fotos sobre la mesa, encima de las de las drogas. En ella salían

chicas en camas atadas o amordazas, se veía claramente que estaban drogadas, en otras salían con otros hombres, y en algunas incluso mi propio padre. Me levanté incapaz de seguir mirando y me froté el pelo. Aquello no podía estar pasando.

- Siento todo esto Bruno, pero tu padre está en el ajo hasta el fondo, es más, según nuestro infiltrado, es el jefe de toda esta operación.

- ¿Me estas diciendo que mi padre es un traficante de drogas? ¿Y de personas?

Guillermo ni siquiera me contestó. Se limitó a mirarme atentamente. Por extraño que pareciera nada de aquello me sorprendía.

Inesperadamente recibí una llamada. Miré el teléfono y no conocía el número, aún así lo cogí.

- ¿Bruno? Soy Mara, la amiga de Etnia -- dijeron.

- Ah, hola Mara, ¿pasa algo? -- aquella llamada me extrañó muchísimo.

- ¿Estás con Etnia?

- No -- dije frunciendo el ceño -- Hace dos días que no la veo.

- ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

- ¿A qué viene esa pregunta? -- no entendía nada -- En la cena de hace dos días.

- No ha vuelto a casa -- soltó.

- ¿Cómo que no ha vuelto a casa? -- dije más alto de lo que pretendía.

- Ni tampoco coge el teléfono, sus padres tampoco la han visto, esto es muy extraño, ni tan siquiera ha ido a trabajar -- su voz cada vez era más nerviosa, estaba seguro de que le faltaba poco para ponerse a llorar.

Miré a Guillermo que instintivamente llevó su mirada a las fotos de las chicas. No podía ser. Mi padre no sería capaz de hacerle eso a ella. ¿Verdad?

- Mara no te preocupes, yo me ocuparé de todo, la encontraré -- le aseguré.

Ella asintió y me prometió que si se enteraba de algo me lo diría, lo mismo que le prometí yo. Colgué con un nudo en el estómago. Tenía que hablar con mi padre.

- ¿Crees que la tiene él? -- me preguntó.

- No lo sé, pero tengo que preguntárselo.

- Me pondré en contacto con la policía, y con el infiltrado -- dijo recogiendo las cosas.

- Ten cuidado -- me advirtió.

No tardé ni media hora en llegar a la empresa. Sabía que mi padre tenía que estar en su despacho así que me dirigí hacia allí ignorando los saludos y las quejas de la secretaria. Abrí la puerta de su despacho sin llamar y me quedé parado al comprobar que no había nadie. Aquello era muy extraño, pues mi padre siempre estaba en su despacho y más a aquellas horas. De todas maneras, no quise desaprovechar la oportunidad y cerré la puerta lentamente. Bajé todas las persianas de los ventanales para que nadie mirara y cerré el pestillo. Por suerte la secretaria parecía haberse cansado de seguirme con sus taconazos de más de diez centímetros, o eso, o estaba llamando a seguridad. Fuese como fuese pensaba fisgonear en sus cosas a ver si encontraba algo que le delatara de sus chanchullos, aunque Guillermo ya tenía pruebas suficientes para inculparle necesitaba saber si en su despacho tenía algo, quizás algo que me indicara donde estaba Etnia.

Abrí todos los cajones y rebusqué por todas partes, pero no había absolutamente nada que me llamara la atención. Entonces me centré en su portátil, lo abrí, pero al encontrarme con la contraseña no supe que hacer. Me puse a probar diferentes opciones, su cumpleaños, el día que se fundó la empresa, mi cumpleaños... Pero nada de aquello me dejaba entrar en el aparato, por lo que decidí dejarlo, pues solo me quedaba una oportunidad y lo bloquearía.

De repente, alguien llamó a la puerta.

- Señor Bruno, sabemos que está usted ahí, abra la puerta inmediatamente, no puede estar en el despacho de su padre -- dijo una de las voces.

Supe al instante que se trataba del jefe de seguridad. No le contesté. Me dirigí a la puerta para abrir el pestillo, pues no tenía manera de salir de allí si no era por esa puerta y esos hombres no se iban a mover de ahí.

Los hombres no se molestaron en ser agradables. Me cogieron por el brazo y me arrastraron fuera del despacho. En aquel momento me fijé que no había nadie en aquella planta. Todas las mesas estaban vacías. Fruncí el ceño, pues no me había enterado en que momento se había largado toda la gente y aquello era cada vez más extraño.

- Queréis soltarme, joder -- les dije zafándome de ellos de un empujón -- Se caminar solo.

No me contestaron. Me dispuse a salir de aquel edificio para ir a casa de mi padre para ver si estaba allí, cuando los hombres volvieron a agarrarme con fuerza y me empujaron hacia la escalera de incendios.

- Pero que cojones -- dije.

No pude decir nada más. Iba a girarme para pegarles un puñetazo y largarme de allí cuando un golpe seco hizo que todo se volviera negro.

## CAPÍTULO 29.

# Etnia

ooooo

Jaime se había ido después de soltarme aquella prenda. Ahora volvía a encontrarme a solas sentada en la camilla con una de las manos amarrada al cabezal de la cama. Por lo menos había tenido la decencia de cerrar todas las cortinas por lo que nadie podía verme si pasaban por el pasillo. Y lo prefería. No tenía muy claro como escogían a que chica violar, quizás ya estaba pactado de ante mano, quizá se recorrían el pasillo como si fuéramos un maniquí en un escaparate, la verdad, no me importaba, mientras nadie entrara por aquellas cortinas estaba bastante tranquila.

No sabía cuanto tiempo había pasado desde que se habían marchado, pero todo parecía estar bastante tranquilo. Tan solo se escuchaba algún sollozo lejano y algún que otro gemido, tan apartado que seguramente estarían al fondo de la sala. Pensé en intentar mantener contacto con alguna de mis vecinas. La de la derecha no había pronunciado ningún sonido en todo el día. Ni sollozo, ni gemido, ni suspiro, nada. No sabía si estaba despierta o dormida, probablemente ni me contestaría, pero quería probarlo. Me levanté de la cama y me acerqué lo máximo que las esposas me permitían a la cortina que no separaba.

- ¡Ei! -- Llamé - ¿Estás ahí? Soy la chica de al lado.

No hubo respuesta. Ni siquiera escuché un leve movimiento del somier que me dijera que por lo menos estaba despierta y miraba hacia la cortina, o que me había oído.

- ¡Oye! ¿Me escuchas? -- suspiré -- Tan solo quiero hablar un poco, no nos van a escuchar.

Escuché un mínimo movimiento. El somier crujió y las sábanas se movieron, estaba segura de que ahora si me miraba, aunque no contestó.

- Bueno, ya veo que no quieres hablar, tan solo quería saber como te llamabas y cuanto tiempo llevabas aquí.

- ¿Y para qué quieres saberlo? -- me contestó una voz ronca, rasposa.

Parecía que no había hablado en semanas. Pronunciar aquello debió costarla pues lo siguiente que escuché fue su tos.

- Para poder entender un poco mejor este sitio -- le contesté.

- Este sitio es el infierno, es lo único que tienes que saber.

No dijo nada más. Intenté que siguiera hablando, que me dijera su nombre, pero no hubo más conversación. Intenté vislumbrar su rostro en mi cabeza,

pero cuando había entrado no me había fijado en todas las caras, tan solo en las escenas grotescas que sucedían en cada cama, por lo que mi compañera era una chica sin rostro y sin nombre.

No sé cuanto tiempo estuve allí, en completo silencio. Había escuchado la puerta abrirse varias veces. Incluso algún grito de alguna chica. Escuché a un hombre colocar algo en la cama de al lado y como la chica tragaba sin rechistar. Seguí en silencio hasta que un hombre entró en mi habitáculo. Me puse tensa al instante y le miré detenidamente. Llevaba una pequeña bandeja con un vaso de agua. Me la colocó encima de la cama y se marchó. Yo miré el agua con detenimiento y después a mi alrededor. Ni de coña iba a beberme eso. Cogí el vaso y lo lancé encima del colchón en una esquina. Luego lo tapé con la sábana y deseé que no se diera cuenta cuando viniera a recogerlo.

Al poco rato volvió el mismo hombre, cogió la bandeja con el vaso ya vacío y salió sin percatarse de la mancha oscura del colchón. Suspiré aliviada.

No tuve tiempo a relajarme que un par de hombres entraron de nuevo. Todo mi cuerpo se tensó cuando los vi acercarse decididos. Me soltaron las esposas y me cogieron por los brazos con fuerza, empujándome para salir de allí.

- ¿A dónde me lleváis? -- les pregunté.

No hubo respuesta. Salimos por la misma puerta que habíamos entrado, aunque la sala aquella vez estaba más silenciosa. La mayoría de las chicas parecían dormidas.

- ¡Soltadme! -- grité.

Intenté forcejear para que me soltaran, sin éxito.

- Ésta no ha bebido el agua -- soltó el de la izquierda.

- Camina, y cállate de una vez -- gruñó el de la derecha.

No insistí más. Aunque consiguiese zafarme de aquellos dos no sabía donde estábamos, así que tampoco iba a encontrar una salida.

Caminamos por los mismos pasillos que la otra vez, vimos a más hombres que saludaban con las cabezas a sus compañeros y ni siquiera me miraban a la cara. Me percaté de que era a la única que habían movido, pues no había ninguna chica más a la que hubieran sacado de aquella sala.

Llegamos a una puerta grande custodiada por un hombre armado hasta las cejas. Nos paramos a pocos metros y el hombre accionó un dispositivo que hizo que la puerta se abriera, para mi sorpresa se abría hacía el exterior. No se veía bien, pues parecía que era de noche. Tan solo las farolas iluminaban el camino. Me percaté de que había un camión a pocos metros y los hombres me

empujaron hacia allí mientras el hombre de la puerta habría la parte trasera del vehículo.

- ¡Sube! -- me ordenaron a empujones.

Les hice caso aún sin entender a donde me llevaban. No veía nada del interior y cuando quise reaccionar escuché la puerta del camión cerrarse en un golpe seco y la oscuridad completa me invadió.

Me quedé unos instantes parada asimilando donde me encontraba e intentando acostumbrar mi vista a la negrura.

Un quejido me sobresaltó. No estaba sola. El corazón empezó a bombearme deprisa, no sabría decir si había sido un quejido humano o animal.

- ¿Hay alguien ahí? -- pregunté.

Nadie contestó.

Me concentré en escuchar a mi alrededor y entonces me di cuenta de que se oían respiraciones, no una sola, si no varias, por todo el remolque. ¿Tenían animales ahí dentro? Me pregunté. Aunque me extrañó, pues no se olía nada.

Se volvió a escuchar otro quejido, decidí moverme lentamente. Busqué la pared del remolque y empecé a andar a tientas hasta que choqué con algo y a punto estuve de tropezarme.

Palpé la pared mientras me agachaba para llegar a la altura de lo que había chocado cuando toqué una cabellera. Era una persona que ni tan siquiera se inmutó. De repente, abrieron otra vez la puerta, sobresaltándome. La luz de la farola se metió del todo en el remolque deslumbrándome, tuve que cerrar los ojos y tapármelos con la mano para ver. Ví como arrastraban a una chica en la seminconsciencia y la soltaban al remolque mientras cerraban tras de ella, volviendo a sumir todo en la oscuridad.

Estaban trasladándonos. Pero ¿a dónde? Y, ¿por qué?

- ¿Estás bien? -- le pregunté a la chica que había entrado.

Un balbuceo fue toda la respuesta. Intenté acercarme a ella con cuidado. Cuando choqué con ella me di cuenta de que estaba semi sentada, parecía que quería incorporarse, aunque su cuerpo no le ayudaba.

- Será mejor que te sientes -- le dije.

Otro balbuceo.

Suspiré.

Aquello iba a ser difícil, parecía que era la única que tenía su cerebro en perfectas condiciones, todas las chicas del camión estaban drogadas, prácticamente en la inconsciencia. ¿Cuántas seríamos?

Decidí sentarme al lado de esta nueva chica, pues si volvían a abrir el

camión y me veían de pie sospecharían que no estaba drogada y seguro que no era nada bueno.

No sé cuanto tiempo estuvimos ahí encerradas. Empecé a acostumbrarme a la negrura poco a poco. La chica de mi lado se había quedado dormida y su cabeza se había apoyado sobre mi hombro. Me di cuenta de que tenía el pelo corto. En el remolque debía de haber unas veinte chicas. El fondo no lo veía del todo bien, así que tampoco podía asegurarlo.

El sonido de varios pasos me sobresaltó. De repente se empezaba a escuchar mucho jaleo fuera. Pisadas corriendo y voces frenéticas que no conseguía comprender. Alguien subió a la cabina del camión de un portazo y el remolque empezó a temblar. Habían encendido los motores. ¿A dónde íbamos? La chica que estaba a mi lado pareció despertarse de repente. Miró alrededor alterada y empezó a temblar.

- Tranquila, no va a pasar nada -- le dije en un susurro.

La chica me miró, pero no estaba segura de que me hubiera entendido, pues su mirada estaba vacía, como si no me viera.

El camión empezó a moverse, primero poco a poco, pero después aceleró y me caí para atrás. Algunas otras chicas también se cayeron. El camión cada vez aceleraba más e inesperadamente giró tan bruscamente que varias de nosotras rodamos y algunos gritos inundaron el lugar. ¿Qué narices estaba pasando?

El motor rugía con furia. Había intentado levantarme, pero era imposible cada vez que intentaba hacerlo volvía a caer, así que opté por arrastrarme hasta una de las paredes del remolque y apoyarme allí para no ir balanceándome. Cada vez que el camión giraba bruscamente me caía de lado y apretaba los puños con fuerza como si eso fuera a lograr que me mantuviera quieta en el mismo sitio.

Inesperadamente el camión dio un frenazo tan fuerte que el remolque derrapó por el asfalto, haciendo que varias de nosotras rodáramos o nos deslizáramos hasta el otro lado. Uno de mis brazos se quedó retorcido de tal manera que tuve que ahogar un grito, me golpeé un costado y cuando quise mover el brazo un dolor punzante me lo impidió. Estaba segura de que me lo había dislocado. Fantástico. Por lo menos el camión parecía haberse parado.

La puerta del remolque se abrió y un policía apareció apuntando al interior. Noté como todo el ambiente se tensaba. El hombre nos apuntó con una linterna, entonces vi a todas las chicas, sus rostros pálidos y sus ropas, o su poca ropa más bien.



- Salid, ya estáis a salvo -- nos dijo.

Fui a levantarme cuando un disparo nos alertó a todos. El policía desapareció de nuestra vista para asomarse, supongo al lado de la cabina.

- ¡Quietos! -- le escuchamos gritar.

Otro disparo. La chica de mi lado se encogió más en si misma si eso era posible. Otro hombre apareció delante de las puertas, pero no era un policía.

- Salid de aquí, nos vamos -- nos ladró.

Todas las chicas se levantaron a duras penas, muchas de ellas llorando, otras con la cabeza agachada. La de mi lado estaba temblando. Yo las vi salir a todas, una a una.

- Vosotras, levantaos ya -- nos rugió.

Me levanté, e intenté ayudar a la otra chica a hacerlo también, pues no parecía muy por la labor.

- ¡Vamos! -- gritó fuera de sí.

- Tienes que levantarte -- le susurré -- Vamos, puedes hacerlo.

La chica hizo un pequeño amago y yo la empujé hacia arriba con el único brazo que podía mover para que se levantara. Ambas caminamos hasta la salida. El sol estaba en todo su esplendor.

Bajamos del remolque y entonces los vi, los policías muertos en el suelo. Las chicas estaban subiendo a otra furgoneta. El hombre nos empujó para que camináramos más deprisa. Estábamos en una carretera secundaria por lo que no pasaba ningún otro coche. ¿Cuánto tardarían en darse cuenta de que sus compañeros estaban muertos?

- O os dais prisa o os disparo aquí mismo, ¡vamos! -- gritó.

Me empujó en el hombro dislocado y me doblé de dolor, parándome en seco. La chica, que iba agarrada a mí se tropezó y cayó al suelo. Me giré, temerosa. El hombre ya nos estaba apuntando con la pistola. No lo dudó. Disparó. Todo mi cuerpo se tensó, pero me di cuenta de que no era a mí a quien había disparado. Miré lentamente hacia abajo, donde la chica tenía los ojos abiertos sin vida. La sangre salía por la cabeza formando un charco que poco a poco se acercaba hacia mis pies.

Una sirena me sacó del shock. La policía se acercaba. El hombre se acercó a mi corriendo y me cogió por el brazo bueno, saltando a la chica con una agilidad asombrosa. Me arrastró hasta la furgoneta justo cuando la policía aparecía al final de la carretera. Sabía que no podía subir a aquella furgoneta, así que hice una locura. Justo cuando me soltó para que me subiera me giré y le empujé con todas mis fuerzas, fui directa a intentar coger la pistola, sabía

que difícilmente se la conseguiría quitar, pero por lo menos ganaría el tiempo suficiente. El hombre forcejeó conmigo unos segundos, me empujó y caí al suelo golpeándome la cabeza con el coche. Pero el dolor no fue importante. El hombre me apuntó con la pistola y cuando creí que la dispararía otro disparo se escuchó en la lejanía. El hombre se quedó estático mirándome para después mirarse la camiseta que empezaba a empaparse de sangre. Cayó de una forma grotesca.

Habían venido varios coches de policía. Otro coche se escuchó en la lejanía parecía que habían entrado por el otro lado de la calle, rodeándonos.

- ¡Alto ahí! -- gritó uno de los policías.

- Ponga las manos en alto -- gritó otro.

Yo cerré los ojos con fuerza. Deseando que cuando los abriera todo hubiera terminado. Me dolía la cabeza, el brazo y todo el cuerpo.

- ¿Está usted bien? -- escuché a alguien.

Abrí los ojos lentamente, era un policía. Entonces me percaté que las chicas bajaban de la furgoneta con la ayuda de más policías. Asentí. Incapaz de pronunciar ninguna palabra. Me ayudaron a levantarme y nos llevaron a una ambulancia, que ni me había enterado de que había llegado. Cuando subí a la ambulancia los paramédicos me hicieron un montón de preguntas que contesté como pude. Solo quería irme a casa.

## CAPÍTULO 30.

# Bruno

ooooo

Cuando me desperté estaba atado a una silla. Me dolía la cabeza y me costó acostumbrarme a la luz de la sala. Por un momento me pregunté donde estaba, pero rápidamente me acordé de lo que había pasado. Habían secuestrado a Etnia y estaba seguro de que mi padre tenía algo que ver. No tardé en darme cuenta de que tenía a Jaime justo delante, sentado despreocupadamente sobre su escritorio. Tampoco tardé en notar a los guardaespaldas a mis lados, y no estaban allí para protegerme a mí.

- No pensaba que serías tan blando hijo mío -- dijo Jaime con sorna.

Gruñí y le miré fijamente.

- Tampoco quería llegar a esto, pero últimamente te estás entrometiendo demasiado en mis cosas.

- ¿Llegar a qué? -- le pregunté.

- Dios, hijo mío, a veces dudo de que realmente tengamos la misma sangre.

Mi padre se bajó del escritorio y empezó a caminar hacia mí.

- ¿Te crees que soy idiota? -- gruñó cerca de mí -- Ya sé que has estado viniendo alguna noche a figonear por la empresa.

- Empresa que también es mía -- solté.

- ¿Y eso quién lo dice? -- me dijo con una sonrisa arrogante - ¿Te crees que iba a dejar la empresa a un borracho?

Fruncí el ceño. Aún tenía la preocupación de aquella noche. Tan solo me había bebido un par de whisky solo con hielo, aunque no solía hacerlo, dudaba que hubiera sido para estar tan borracho, pero nunca había pensado demasiado en ello.

- No bebí tanto.

- Puede, pero fue suficiente para dejarte en coma -- dijo con indiferencia.

Otra sospecha empezó a crecer en mí.

- ¿Metiste algo en mis copas? -- pregunté.

- ¿Acaso estaba yo en aquel bar?

- No necesitas estar para controlar todo, y ambos lo sabemos.

Su sonrisa de suficiencia me lo confirmó. ¡Hijo de puta! Por su culpa yo y Celia habíamos estado en coma. Aquella niña podía haber muerto y le importaba una mierda. Intenté zafarme de los agarres para levantarme y

pegarle un puñetazo, pero era imposible, así que desistí, mirándole con rabia.

- Ultimamente he tenido un sueño un poco extraño -- empecé a decir -

- Soñaba con que alguien disparaba a mi madre, pero eso no es posible, ¿verdad?

Noté como se tensaba, por un momento creí que le había puesto nervioso, pero se recompuso con facilidad y su rostro imperturbable volvió a resurgir.

- Sabes perfectamente que tu madre se marchó y te abandonó.

- ¿Y lo hizo por voluntad propia? -- insistí.

- ¿A caso importa?

- ¡Pues claro que importa! -- grité e intenté levantarme.

Un par de manos grandes me sujetaron con fuerza como si las cuerdas no fueran suficiente agarre.

- Bien, te lo contaré.

Jaime retrocedió y me dio la espalda, cuando volvió a girarse su sonrisa me provocó un escalofrío.

- Tu madre era una zorra que no dejaba de meterse en mis asuntos, estaba dispuesta a ir a la policía para contar lo que hacía con mi negocio si no dejaba que os marcharais. Pero yo la conocía bien, sabía que en cuanto salierais por la puerta iría igualmente a la policía, y no podía permitir que me arruinara.

- ¿Así que la mataste? -- gruñí.

- Yo no disparé el gatillo si te refieres a eso.

- No, pero pagaste para que lo hicieran, tu nunca te mancharías las manos, ya tienes a varios idiotas que lo hacen por ti.

- Nos vamos entendiendo.

- ¿Dónde está su cuerpo? -- pregunté.

- Lo quemé. No hay cuerpo.

De la rabia me levanté con silla incluida, fui tan rápido que sus guardaespaldas no tuvieron tiempo de cogerme antes de que le asestara un golpe en las rodillas con la silla. No era exactamente lo que tenía ganas de hacer, pero al verle arrodillarse de dolor y esa mueca, fue suficiente, por el momento.

- Te mataré -- le amenacé.

Sus guardaespaldas me cogieron y me obligaron a volver a sentarse mientras mi padre se levantaba a duras penas y se apoyaba en el escritorio para sostenerse en pie.

- Bueno creo que la conversación padre e hijo a terminado, me

hubiera gustado que las cosas fueran diferentes entre nosotros, pero eres como tu madre, demasiado curioso.

- Hijo de puta -- gruñí.

- Matadle cuando salga, y no dejéis ni rastro.

Mi padre pasó por mi lado sin inmutarse dispuesto a salir de aquel despacho sin mirar atrás. Uno de los guardaespaldas sacó su pistola y me apuntó a la cabeza. Le miré a los ojos. Eran tan imperturbables como los de Jaime, todos cortados por el mismo patrón.

- ¿Dónde está Etnia? -- pregunté antes de que se marchara.

- De camino hacía algún país árabe, a los iraquís les gusta mucho las chicas sumisas.

- Entonces te has equivocado de chica, Etnia será muchas cosas, pero desde luego no es nada sumisa -- le dije con una sonrisa.

- Entonces no se lo pondrán fácil, y será un problema para ella.

Escuché como quitaban el seguro de la pistola y volví a mirar al hombre que iba a matarme. Solo esperaba que Guillermo hubiera llegado a tiempo y que Etnia estuviera a salvo.

Un crujido nos hizo girarnos a todos. El de la pistola apuntó a la entrada donde la puerta había salido disparada golpeando a mi padre y tirándolo al suelo. De la entrada varios policías entraban armados. El guardaespaldas armado empezó a disparar, pero a la segunda vez ya tenía una bala en la cabeza. El otro también cayó a los pocos minutos.

Uno de los policías se acercó a donde estaba y me desató. Otros cogían a mi padre del suelo y le ponían las esposas mientras Jaime se revolvía intentando salir de aquello. El policía que me había desatado intentó ayudarme a caminar, pero le dije que estaba bien, que podía hacerlo solo.

Me acerqué a Jaime antes de que lo sacaran de la sala.

- Si le ha pasado algo a Etnia, la cárcel será el menor de tus problemas.

El policía empujó a Jaime para que saliera de la sala y yo les seguí poco después. Todo el edificio estaba lleno de policías, los empleados habían desaparecido, esperaba que no todos fueran unos corruptos.

Al salir me sorprendió todo el despliegue que se había formado, unos diez coches de policía, con un par de ambulancias. Busqué a Guillermo entre la multitud, pero antes de localizarle vi a alguien. Etnia venía corriendo hacia mí, tenía el brazo en cabestrillo y una venda en la cabeza. Al llegar a mi altura se lanzó sobre mí y me abrazó con su brazo bueno. Yo correspondí al abrazo

gustoso y con cuidado de no hacerla daño.

- ¿Estás bien? -- le pregunté, preocupado.

Ella asintió con la cabeza. Iba a preguntarle como se había hecho todo aquello cuando Guillermo apareció por detrás.

- Me alegro de que estés bien -- me dijo.

- Fue él Guillermo, él mandó que mataran a mi madre -- le dije.

Noté como Etnia se tensaba a mi lado, pero no dijo nada. Guillermo asintió comprendiendo.

- Sobre aquello no tenemos pruebas, no sé si podremos culparlo de ello, pero de lo que si podemos es de el contrabando de droga y mujeres. Irá a la cárcel para el resto de su vida.

Sabía que tenía razón. Me gustaría que también le culparan de la muerte de mi madre, pero no había cuerpo, habían pasado muchos años, no teníamos ninguna prueba a parte de mi palabra.

- Por cierto, tienes una novia muy guerrera, tendría que estar en el hospital, pero se ha empeñado en que no iría hasta que no comprobara que estabas bien -- Guillermo sonrió a Etnia y se marchó.

- Te llevaré al hospital -- le dije.

- Estoy bien -- insistió.

- Eso que lo diga un médico.

Ella bufó, pero me siguió hasta el coche. De camino hasta mi vehículo vi como metían a mi padre en un coche policía. Pasé de largo sin mirar atrás.

## EPÍLOGO.

## 6 meses después

ooooo

- Le declaro culpable por contrabando de drogas, contrabando de mujeres y explotación sexual, la sentencia dictamina treinta años de cárcel sin fianza.

Bruno y yo nos apretamos la mano con fuerza al final de la sala. Por fin se había acabado todo. Jaime se pasaría mucho tiempo en la cárcel. Como bien había dicho Guillermo había sido imposible culparle de la muerte de la madre de Bruno, pero por lo menos, se le podía culpar de todo lo demás.

Cuando salimos del juzgado Mara y David nos estaban esperando apoyados en su coche. Los cuatro nos saludamos.

- Ei chicos -- escuché a alguien llamarnos.

Muño y su ligue venían en la lejanía.

- Aparcar por aquí es una mierda -- dijo Muño.

- ¿Cómo ha ido? -- preguntó David.

- Ya se ha acabado, irá a la cárcel, al igual que todos sus cómplices -- contestó Bruno.

Bruno y yo nos fuimos al apartamento de él. Necesitábamos pasar el resto del día tranquilos para nosotros dos. Ambos nos estábamos planteando dejar nuestros respectivos pisos para comprarnos algo juntos, pero aún estábamos buscando. A Mara le parecía bien, ella todavía no quería irse a vivir con David, decía que su relación no era tan seria como la nuestra, aunque yo tenía mis dudas sobre ello. De momento, Mara quería buscar otra inquilina para que le ayudara con el alquiler.

Cuando mi padre se enteró del secuestro estuvo a punto de darle un puñetazo a Bruno, no fue hasta poco después cuando le expliqué la realidad de todo, que comprendió que Bruno no tenía nada que ver, ni tan siquiera había sido el culpable real de atropellar a Celia. Al final, poco a poco, ha ido aceptando a Bruno, al igual que mi madrastra, aunque ella siempre ha sido mucho más comprensiva. Y Celia por supuesto no le sorprendió cuando le dijimos que éramos pareja, pues ella ya lo sabía de antemano.

Ahora solo esperaba ver que nos tenía deparado el destino.